ARTHUR CONAN DOYLE

Historias de la antigüedad



«Historias de la Antigüedad» reúne una serie de relatos consagrados a dilucidar o esclarecer algún determinado pasaje histórico acaecido en tiempos remotos, como la retirada de la última legión romana afincada en Bretaña; el destino heroico de la última galera de la flota fenicia acosada por naves romanas frente a las costas de Cartago; la llegada de los hunos, como un enjambre espantoso, atravesando las suaves llanuras que se extienden a orillas del Danubio; la mutilación de la Venus de Praxíteles a manos de un furibundo cristiano de nuevo cuño; el encuentro fuga zen el templo de Melmoth, en la ciudad de Tiro, de Ulises, rey de Ítaca, y David, rey de los judíos. En definitiva, se trata de piezas de un género que han cultivado con acierto autores como Marcel Schwob o Borges.

Arthur Conan Doyle

Historias de la antigüedad

El Club Diógenes - 26

ePub r1.0
Titivillus 14-11-2021

Arthur Conan Doyle, 2006
Traducción: Amando Lázaro Ros

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

LA ÚLTIMA LEGIÓN

Ponto, el virrey romano, estaba sentado en el atrio de su villa-palacio a orillas del Támesis, y contemplaba perplejo la cédula de papiro que acababa de desenrollar. Tenía en pie ante él a un italiano bajito, moreno, cuyos negros ojos estaban turbios de falta de sueño, y cuyas facciones aceitunadas parecían aún más oscuras por el polvo y el sudor. Era el mensajero que había traído la cédula. El virrey tenía clavados en él los ojos y, sin embargo, no le veía, de tan preocupada como estaba su mente con aquella orden repentina y completamente inesperada. El efecto que le había producido era el de que la tierra firme se había hundido bajo sus pies. Su vida y toda la obra de su vida se derrumbaban de manera irreparable. Al fin dijo con voz áspera y tajante:

—Está bien. Puedes retirarte.

El mensajero saludó y salió del vestíbulo tambaleándose. Un servidor britano, de cabellos rubios, se adelantó a recibir órdenes.

—¿Está ahí el general?

—Está esperando, excelencia.

—Hazle pasar entonces, y déjanos solos.

Unos minutos después, Licinio Crasso, jefe de las fuerzas britanas, se reunió con su superior. Era un hombre corpulento y barbudo, que vestía toga civil blanca orlada de la púrpura patricia. Sus facciones rudas y decididas, tostadas, con surcos de arrugas y cicatrices de las largas guerras africanas, se cubrieron de una sombra de ansiedad al mirar con ojos interrogadores el rostro estirado y ceñudo del virrey.

—Excelencia, me temo que hayáis recibido malas noticias de Roma.

—Las peores que podían esperarse, Crasso. Ya nada tenemos que hacer en Bretaña. Ni siquiera sabemos si podremos defender la Galia.

—¡San Albus nos valga! ¿Se trata de órdenes concretas?

—Aquí las tenéis, con el sello del mismo emperador.

—Pero ¿por qué? Oí rumores, aunque me parecieron demasiado increíbles.

—Lo mismo me ocurrió a mí la semana pasada, e hice azotar al individuo que los propagó. Pero las palabras con que está redactada la orden no pueden ser más claras: «Traiga a todos los hombres de las legiones, a marchas forzadas, para ayudar a salvar el Imperio. No dejéis en Bretaña ni una sola cohorte». Tales son las órdenes que he recibido.

—Pero ¿a qué se deben?

—Dejarán que perezcan los miembros para que el corazón se mantenga más fuerte. La vieja colmena germana está a punto de enjambrar una vez más. Avanzan nuevas hordas de bárbaros desde Dacia y Escitia. Harán falta todas las espadas para defender los pasos de los Alpes. No pueden dejar en holganza las tres legiones que hay en Bretaña.

El soldado se encogió de hombros.

—Cuando las legiones se marchen, ningún romano se sentirá con vida segura en este país. A pesar de todo cuanto hemos hecho, no es menos cierto que el país no está con nosotros, y que lo conservamos por la espada, tal como lo conquistamos.

—Sí, todos los hombres, mujeres y niños de sangre latina tienen que retirarse con nosotros a la Galia. Las galeras nos esperan ya en Portos Dubris. Dad en el acto las órdenes pertinentes, Crasso. La legión Valeriana, al retirarse de la muralla de Adriano, puede traer con ella a los colonos norteños. La Joviana puede hacer lo mismo con las gentes del Oeste, y los de la Batavia pueden dar escolta a los de Oriente si se congregan en Camboricum. Cuidad de ello.

Hundió por un momento el rostro entre las manos y dijo:

—Es una cosa horrenda arrancar de raíz un árbol tan magnífico.

—Dejando así mayor espacio para que crezcan las hierbas silvestres —comentó con amargura el guerrero—. Dios mío, ¿en qué acabarán estos pobres británicos? Cuando el último lictor romano haya vuelto la espalda, no habrá de costa a costa una tribu que no se arroje a la garganta de la tribu vecina. Incluso hoy cuesta bastante trabajo impedir que estos arrebatados siluros no saquen las espadas de sus vainas.

—Que la jauría se pelee entre ella hasta que gane el mejor sabueso —dijo el gobernador romano—. Por lo menos, el vencedor conservaría las artes y la religión que nosotros les hemos traído, y Bretaña sería un solo país. No; quienes nos sucedan en el gobierno de este país serán la fiera del Norte y los lobos del otro lado del mar, el salvaje pintarrajeado de más allá de las murallas y el pirata sajón de la otra orilla del agua. Allí donde nosotros salvamos, ellos degollarán; donde nosotros construimos, ellos incendiarán;

donde nosotros plantamos, ellos destrozarán. Pero la suerte está echada, Crasso. Cumpliréis las órdenes.

—Los mensajeros saldrán con ellas antes de una hora. Esta misma mañana llegó la noticia de que los bárbaros penetraron por la vieja brecha de la muralla y que sus avanzadas penetraron hacia el Sur, hasta Vinovia.

El gobernador se encogió de hombros y dijo:

—Esas cosas ya no son de nuestra incumbencia.

De pronto una sonrisa amarga cruzó su rostro aguileño, completamente afeitado, y preguntó:

—¿A quién creéis que recibiré en audiencia esta mañana?

—Lo ignoro.

—A Caradoc, a Regnos y a Célticos, el de Icenia. Como tantos bretones de los más ricos que han sido educados en Roma, me expusieron sus planes acerca del gobierno de este país.

—¿Y en qué consisten esos planes?

—En que sean ellos mismos quienes gobiernen.

El guerrero romano se echó a reír, y al saludar, antes de girar sobre sus talones, dijo:

—Pues van a poder actuar a su gusto. Adiós, Excelencia. Para vos y para mí se acercan tiempos duros.

Una hora después la delegación británica era conducida a presencia del gobernador. Eran hombres buenos y leales, hombres que defendían la causa del país con todo su corazón y con cierto peligro para ellos. La defendían tal como ellos la entendían. Al mismo tiempo, no dejaban de comprender que bajo el régimen benigno y bienhechor de Roma sus espaldas y sus cuellos no corrían peligro mientras no pasasen de las palabras a los hechos. Comparecieron, serios y un poco avergonzados, ante el trono del virrey. Célticos era un íbero bajito, moreno y de barba negra. Caradoc y Regnos eran hombres de elevada estatura y mediana edad, del tipo británico, de un rubio blondo. Los tres vestían, según la moda latina, toga amarilla con muchos pliegues, en lugar de los calzones y túnica típica de sus compatriotas más isleños.

—Veamos —dijo el gobernador.

—Hemos venido —dijo valientemente Célticos— en calidad de portavoces de un gran número de compatriotas nuestros, con el propósito de hacer llegar por vuestro intermedio al emperador y al Senado de Roma una petición, instándoles a que adopten la política de permitir que gobernemos este país de acuerdo con nuestras normas antiguas.

Se detuvo, como esperando algún exabrupto en respuesta a tamaña temeridad; pero el gobernador se limitó a mover la cabeza afirmativamente, como invitándole a que prosiguiese, y aquél continuó:

—Mucho antes de que César pusiese el pie en Bretaña, teníamos leyes propias, que cumplían las finalidades para las que se hicieron desde la época en que nuestros antepasados llegaron del país de Ham. No somos niños entre las naciones, porque nuestra historiase remonta, según nuestras tradiciones, mucho más allá quela déla misma Roma, y nos irrita el yugo que nos habéis impuesto.

—¿No son justas nuestras leyes? —preguntó el gobernador.

—El código de César es justo, pero no deja de ser el código de César. Nuestras leyes habían sido hechas para nuestros propios usos y de acuerdo con nuestra propia situación, y desearíamos que nos fueran restituidas.

—Habláis el romano como si os hubieseis criado en el Foro; vestís la toga romana; lleváis los cabellos sujetos por una cinta, al estilo romano. ¿No son estos dones de Roma?

—Aunque nos imbuyésemos de todo el saber y de todas las artes de Roma y de Grecia, querríamos seguir siendo Bretaña y ser gobernados por bretones.

El virrey sonrió, y dijo:

—Por la cruz de Santa Elena, que si hubieseis hablado de esta manera a alguno de mis antecesores paganos, allí habríais acabado de politiquear. El que os hayáis atrevido a presentaros delante de mí y decir lo que habéis dicho será para siempre una prueba de la benignidad de nuestro gobierno. Pero yo desearía cambiar con vosotros algunas impresiones acerca de la petición que me hacéis. Bien sabéis que este país no constituyó nunca un reino único, sino que vivió bajo el mando de muchos jefes y dividido en muchas tribus que guerreaban entre sí. ¿De verdad deseáis que vuelva ese estado de cosas?

—Eso fue en los malos tiempos del paganismo, en la época de los druidas y del bosque de robles, Excelencia. Pero en la actualidad nos une un evangelio de paz.

El virrey movió la cabeza negativamente, y dijo:

—La cosa resultaría más fácil si todo el mundo pensase de la misma manera. Quizá esta bendita doctrina de la paz os ayude muy poco cuando tengáis que enfrentaros con hombres fuertes que siguen adorando al dios de la guerra. ¿Qué haríais frente a los pictos del Norte?

—Vuestra Excelencia sabe que muchos de los más valerosos legionarios llevan sangre británica. Éstos son nuestra defensa.

—Pero en lo que fracasaríais sería en las cuestiones de disciplina, de energía para el mando, de conocimiento de la guerra, de ímpetu para la acción. Vivisteis demasiado tiempo apoyándoos en las muletas.

—Quizá vengan tiempos duros; pero cuando hayamos pasado por ellos, Bretaña volverá a ser lo que era.

—No, se verá sometida a un amo distinto y mucho más tiránico —dijo el romano—. Ya los piratas hormiguean por la costa oriental. Si no fuese por nuestro conde romano de las costas sajonas, desembarcarían mañana mismo. Veo, en efecto, que llegará el día en que Bretaña pueda ser una nación única, pero eso será porque vosotros y vuestros compañeros habréis sido muertos o perseguidos hasta las montañas del Oeste. Todo entrará en la caldera de fundición, y si ha de salir de ella una Albión mejor, será al cabo de largos tiempos de guerra, y ni vosotros ni vuestro pueblo pintaréis ni poseeréis nada de ella.

Regno, el celta joven y buen mozo, sonrió y dijo:

—Con la ayuda de Dios y de nuestra mano derecha esperaremos mejores cosas. Dadnos la oportunidad, y nosotros haremos el gasto.

—Sois como hombres que no tienen salvación —dijo con tristeza el virrey —. Veo este anchuroso país, con sus jardines y sus huertos, con sus hermosas villas y sus ciudades fortificadas, con sus puentes y sus carreteras, obra todo de Roma. Seguramente que todo ello pasará sin dejar rastro, lo mismo que si se tratase de un sueño, y estos trescientos años de orden establecido no dejarán huella alguna. Sabed que se hará tal y como deseáis, y que hoy mismo han llegado las órdenes para que las legiones abandonen el país.

Los tres bretones cambiaron entre sí miradas de asombro. Su primer impulso fue de júbilo insensato, pero pronto surgieron las dudas y la reflexión.

—Es ésta una noticia maravillosa —dijo Céltico—. Hoy es el día más grande para nuestra nación. ¿Cuándo se marchan las legiones, Excelencia, y qué tropas quedarán para protegernos?

—Las legiones se marchan inmediatamente —dijo el virrey—. Sin duda, os colmará de alegría saber que antes de un mes no habrá en esta isla un solo soldado romano, ni quedará un solo hijo de Roma, cualquiera que sea su edad, condición y sexo, si puedo llevármelo conmigo.

Los rostros de los bretones se ensombrecieron, y Caradoc, hombre grave y reflexivo, habló por primera vez:

—Esto significa demasiada precipitación, Excelencia —dijo—. Hay mucho de verdad en lo que Vuestra Excelencia ha dicho de los piratas. Desde

mi villa, situada cerca del fuerte de Arderida, vi la semana pasada ochenta de sus galeras, y sé muy bien que se lanzarán sobre nosotros igual que cuervos sobre un buey moribundo. Durante muchos años nos será imposible mantenerlos alejados.

El virrey se encogió de hombros y dijo:

—Eso es ya asunto vuestro. Roma tiene que mirar por sí misma.

De las caras de los británicos se borraron los últimos vestigios de alegría. El porvenir había surgido de pronto ante ellos con claridad, y se echaban atrás ante sus perspectivas.

—Corre por el mercado el rumor de que los bárbaros del Norte han irrumpido por la brecha de la muralla. ¿Quién les va a impedir que sigan avanzando? —preguntó Céltico.

—Vos y vuestros amigos —contestó el romano.

Cada vez se aclaraba más el porvenir, y en los ojos de los comisionados apareció el terror ante aquella visión.

—Pero, Excelencia, si las legiones se marchasen ahora, tendríamos antes de un mes a los escoceses en York, y a los del Norte en el Támesis. Podríamos organizamos bajo la protección de Roma, y dentro de algunos años sería todo más fácil para nosotros; pero no ahora, Excelencia, no ahora.

—¡Vaya, hombre! Desde hace años venís atronándonos los oídos y alborotando al pueblo. Ahora se os da lo que pedíais. ¿Qué más queréis? Dentro de un mes seréis tan libres como lo erais antes que César pusiese el pie en vuestras playas.

—Por amor de Dios, Excelencia, olvidad nuestras palabras. No habíamos meditado bastante en el asunto. Mandaremos mensajeros a Roma. Cabalgaremos nosotros mismos al paso de los correos. Nos echaremos a los pies del emperador. Nos arrodillaremos ante el Senado y suplicaremos que permanezcan las legiones.

El procónsul romano se levantó de su asiento e hizo señal de que daba por terminada la audiencia, diciendo:

—Haced lo que os parezca bien. Yo y mis hombres partimos para Italia.

* * *

Y como lo dijo, lo hizo. Antes de que la primavera madurase en verano, se oían las pisadas de las tropas por la vía Aurelia, camino de los pasos de Liguria, en tanto que todas las carreteras de la Galia estaban cubiertas de carros y galeras que transportaban a los refugiados britano-romanos en su fatigoso viaje hacia la patria lejana. Pero antes de que transcurriese otro verano había muerto Céltico, desollado vivo por los piratas, que clavaron su

piel sobre la puerta de una iglesia, cerca de Caistor. También Regno era cadáver, porque le ataron a un árbol y le asaetaron cuando los hombres pintados vinieron al saqueo de Isca. Unicamente Caradoc había quedado con vida, y mientras él era esclavo de EIda, el rojo rey caledomo, su mujer era la amante de Mordred, el jefe salvaje de los cimros del Oeste. La hermosa tierra de Bretaña estaba cubierta de sangre, ruinas y cenizas desde la destruida muralla del Norte hasta Vectis, en el Sur. Al cabo de largas épocas volvió a estar más bella que nunca, aunque, según el romano había anunciado, ni los bretones ni nadie de su raza entró en posesión de la herencia de lo que había sido propiedad suya.

LA ÚLTIMA GALERA

Mutato nomine, cüte, Britannia, fabula narratur

Era una mañana de primavera del año 146 antes de Cristo. La costa norteafricana, con su ancha orla de doradas arenas, su verde cinturón de gráciles palmeras y su fondo de colinas escarpadas, rojas y desnudas, brillaba como un país de ensueño, envuelta en la luz opalina. Salvo un estrecho borde de espuma de un blancor de nieve, el Mediterráneo se extendía azul y sereno hasta donde alcanzaba la vista. No había en toda su vasta extensión nada que rompiese la monotonía, fuera de una única galera que navegaba lentamente, desde la dirección de Sicilia, con rumbo al puerto lejano de Cartago.

Vista de lejos, era una embarcación espléndida y majestuosa, de color rojo vivo, doble hilera de remos escarlata, y su ancha vela ondulante teñida de púrpura de Tiro, mientras que en sus baluartes brillaban las aplicaciones de bronce. De su proa se proyectaba un espolón de bronce, de tres puntas, y en el puente de popa se alzaba una gran imagen dorada de Baal, el dios de los fenicios, hijos de Canaán. En lo alto del único mástil, por encima de la inmensa vela, ondeaba la bandera con franja de tigres de Cartago. Navegaba la galera sobre la superficie de las aguas como un majestuoso pájaro escarlata, con pico de oro y alas de púrpura, y era, vista de lejos, una imagen de fuerza y de belleza.

¡Pero acerquémonos a ella y mirémosla! ¿Qué significan esos negros chorreones que manchan sus blancas cubiertas y ensucian sus escudos bronceados? ¿Por qué los remos, largos y colorados, se mueven a destiempo, irregulares y convulsivos? ¿Por qué faltan algunos en las troneras, y otros están rotos, con bordes dentados y amarillos, y por qué dos de las tres puntas del espolón de bronce están rotas y retorcidas? ¡Hasta la alta imagen de Baal muestra señales de golpes y está desfigurada! Todo indica que esta embarcación ha pasado por alguna prueba dolorosa y ha vivido un día de terror que ha dejado en ella sus huellas profundas.

Y ahora, situémonos en la cubierta misma y contemplemos desde más cerca a los hombres que tripulan la galera. Tiene dos puentes, el delantero y el posterior, mientras que en el combés, a cielo abierto, están las dos hileras de asientos superpuestos, en los que los remeros, dos por cada remo, tiran hacia atrás y hacia delante en su inacabable tarea. Por todo el centro corre una estrecha plataforma, por la que van y vienen los capataces, látigo en mano, azotando sin piedad al esclavo que se retrasa, aunque sólo sea un instante, para quitarse el sudor que corre por su frente. Pero de estos esclavos —¡fijémonos en ellos!—, unos son prisioneros romanos, otros sicilianos, muchos son negros de Libia, pero todos se encuentran en el último grado de agotamiento; sus labios, llenos de negras costras y sonrosados por la espuma sangrienta del esfuerzo; mueven brazos y espaldas mecánicamente, al ritmo de la voz áspera del primer capataz. Sus cuerpos, de todos los colores entre el marfil y el ébano, están desnudos hasta la cintura, y todas las espaldas sudorosas muestran las señales de los látigos irritados de sus guardianes. Pero no son aquellos los que han hecho brotar la sangre que enrojece los asientos y que colorea el agua salada que corre por debajo de sus pies maneados. En sus pechos y en sus hombros desnudos se observan grandes heridas recién abiertas, tajos de espada y golpes de punta de lanza, de los que brota la sangre carmesí, mientras que muchos remeros yacen encogidos y exánimes, atravesados sobre los bancos, sin que puedan preocuparles nunca más los látigos que siguen restallando por encima de ellos. Ahora podemos comprender el porqué de las troneras sin remo y de los remos caídos al costado de la embarcación.

No estaba la tripulación en mejores condiciones que sus esclavos. Se veían tirados por los puentes a los heridos y a los moribundos. Los que todavía permanecían en pie eran sólo una pequeña parte, y en su mayoría estaban tumbados y exhaustos en el puente de proa: unos pocos, los más cuidadosos, componían sus escudos destrozados, tensaban sus arcos o limpiaban la cubierta de las señales del combate. Sobre una plataforma, en la base del mástil, se encontraba el piloto que gobernaba la embarcación, con la mirada fija en el lejano cabo de Megara, que cubría el lado oriental de la bahía de Cartago. En el puente de popa se encontraban reunidos algunos oficiales, silenciosos y meditabundos, mirando de tiempo en tiempo a dos hombres de su propia categoría que permanecían apartados y absortos en un vivo diálogo. Uno de ellos, alto, moreno, enjuto, de puros rasgos semitas y de miembros gigantescos, era Magro, el célebre capitán cartaginés, cuyo nombre seguía inspirando terror en todas las costas, desde la Galia hasta el Euxino. El

otro, un hombre moreno, de barba blanca, que pregonaba valor y energía indomables por todos los vigorosos rasgos de su cara angulosa y aguileña, era el político Gisco, que llevaba en sus venas la más noble sangre púnica, *sufeta* de túnica purpúrea, y dirigente del partido político que, entre el egoísmo y la pereza de sus conciudadanos, había permanecido despierto, esforzándose por levantar el espíritu público y por despertar la atención de todos hacia el peligro cada vez mayor que Roma representaba. Ambos hombres, sin dejar de conversar, miraban continuamente con interés y ansiedad hacia la línea del horizonte, por el lado del Norte. El más anciano decía con voz y expresión de tristeza:

—Con seguridad que hemos sido sólo nosotros los que se han salvado.

—Yo no abandoné el fragor de la pelea en tanto que vi un barco nuestro en cuyo socorro acudir —contestó Magro—. Así y todo, nos zafamos, según pudisteis ver, igual que un lobo que tiene en ambos flancos las mandíbulas de sendos sabuesos. Los perros romanos han quedado con los mordiscos de lobo sobre sus carnes para demostrarlo. Si una sola galera, además de la nuestra, hubiese logrado ponerse a salvo, estaría con toda seguridad ahora a nuestro lado, puesto que el único lugar de salvación para ella es Cartago.

El más joven de los dos guerreros miró ansiosamente hacia delante, en dirección al cabo lejano que señalaba el emplazamiento de su ciudad nativa. Se distinguía ya la colina baja y boscosa, salpicada de blancas villas, que eran otras tantas mansiones de ricos fenicios. Por encima de todas esas villas, como un punto resplandeciente contra el pálido azul del cielo matinal, brillaba el techo de bronce de la ciudadela de Birsa, que coronaba la ciudad construida en sus laderas.

—Pueden distinguirnos ya desde sus torres de vigía —dijo—. Aunque sea desde lejos, verán que ésta es la galera del negro Magro. Pero ¿quién entre todos ellos adivinará que somos los únicos supervivientes de aquella flota magnífica que hace menos de un mes zarpó entre el estrépito de las trompetas y el redoble de los tambores?

El patricio sonrió amargamente y dijo:

—Si no fuese por nuestros gloriosos ascendientes y por nuestro amado país, la nación reina de los mares, quizá me alegrase en lo más profundo de mi corazón de esta derrota sobrevenida a una generación vanidosa y débil. Tú has pasado tu vida en los mares, Magro. No sabes lo que nos ha ocurrido a nosotros, los que vivíamos en tierra. Pero yo he visto crecer esa enfermedad que ahora nos lleva a la muerte. Yo y otros hemos ido muchas veces a la plaza del mercado para arengar al pueblo, y hemos sido recibidos con pellas de

barro como premio por nuestros esfuerzos. Muchas veces he señalado hacia Roma, y les he dicho: «Fijaos en los hombres de ese pueblo, todos los cuales se ejercitan en las armas, sintiendo cada uno el orgullo y el sentimiento del que cumple con un deber. ¿Cómo podéis esperar hacerles frente, vosotros que os refugiáis detrás de tropas de mercenarios?». Un centenar de veces se lo dije.

—¿Y qué contestaron ellos? —preguntó el pirata.

—Roma estaba muy lejos y no la veían, de modo que para ellos no tenía importancia —contestó el anciano—. Unos se preocupaban únicamente del comercio; otros, de conseguir votos, y otros, de obtener ganancias del Estado, pero ninguno fue capaz de ver que ese Estado, del que procedía todo, se hundía y marchaba a su fin. Es como si las abejas disputasen entre ellas a cuál le correspondía la cera y a cuál la miel, cuando ya estaba encendida la antorcha que había de reducir a cenizas la colmena con todo lo que dentro de ella había. «¿No somos los reyes del mar? ¿No fue Aníbal un hombre ilustre?». Esas eran sus exclamaciones, porque vivían siempre en el pasado y cerraban los ojos al porvenir. Antes de que se ponga hoy el sol habrá quien se arranque los cabellos y se rasgue los vestidos; pero ¿qué adelantaremos ahora con ello?

—Es un triste consuelo saber que Roma no es capaz de retener lo que ha conquistado.

—¿Por qué dices eso? Cuando nosotros seamos destruidos, Roma será la reina del mundo.

—Durante algún tiempo, y sólo durante algún tiempo —contestó Magro con gravedad—. Es posible que sonrías cuando te diga cómo llegué a saber eso que afirmas. Había en aquella parte de las islas del Estado que se mete muy hondo en el mar, una mujer sabia, y yo escuché de sus labios muchas predicciones, las cuales han resultado ciertas. Me habló con claridad de la caída de nuestro país, e incluso de esta batalla que acabamos de librar. Entre los pueblos salvajes que viven al Oeste de la tierra del Estado existen gentes que poseen una extraña sabiduría.

—¿Y qué anunció acerca de Roma?

—Que ella también caería, lo mismo que nosotros, debilitada por sus riquezas y por sus divisiones internas.

Gisco se frotó las manos y dijo:

—Esto hace, por lo menos, más llevadera nuestra caída. Pero ya que nosotros hemos caído y que Roma caerá, ¿qué nación podrá llegar a ser la reina de los mares?

—También eso se lo pregunté —contestó Magro*—, y para que me contestase le regalé mi cinturón de Tiro con la hebilla de oro. A decir verdad, fue un pago excesivo para lo que ella me contó, pues seguramente resultará fallido aunque acierte en todo lo demás. Me aseguró que andando el tiempo sería su propio país, esa isla envuelta en nieblas, en la que unos salvajes pintarrajeados apenas son capaces de remar en piraguas de cuero desde una punta de tierra a otra punta de tierra, la que acabará empuñando el tridente que Cartago y Roma habrán dejado caer de sus manos.

La sonrisa que aleteaba por las despiertas facciones del viejo patricio se apagó súbitamente, y sus dedos apretaron la muñeca de su compañero. Este contrajo todo su cuerpo, adelantó la cabeza y clavó sus ojos de halcón en la línea del horizonte por el lado del Norte. Esa línea recta azul se vio rota por dos puntos negros.

—¡Galeras! —susurró Gisco.

Toda la tripulación las había visto, y se agolpó a lo largo de las amuras de estribor, señalando con la mano y hablando deprisa. Por un momento desapareció la tristeza de la derrota y corrió de grupo en grupo un runruneo de júbilo al pensar que no estaban solos, que alguien más se había salvado, igual que ellos, de la gran carnicería.

—Por el espíritu de Baal —exclamó el negro Magro—, jamás habría creído que pudieran abrirse paso peleando a través de aquel cinturón de enemigos. ¿Será el joven Amílcar en su *África*, o será quizá Beneva, en su galera siria azul? Nosotros tres, con otros, podríamos formar una escuadra y hacerles frente todavía. Si seguimos nuestra ruta, se nos unirán antes que contorneemos el espolón del dique.

La maltrecha galera avanzó lentamente, y las dos recién aparecidas avanzaron con mayor rapidez desde el Norte. Distaban ya pocas millas del cabo cubierto de verdor y las blancas casas que flanqueaban la gran ciudad africana. Se distinguía ya en el cabo un negro grupo de ciudadanos que esperaban. Gisco y Magro seguían vigilando con los ojos medio cerrados a las galeras que se iban acercando. De pronto, el atezado contramaestre libio se abalanzó hacia la proa con dientes rechinantes y ojos ardientes, y gritó, dando con su brazo largo y delgado golpes que parecían puñaladas en dirección al Norte:

—¡Son romanas! ¡Son romanas!

Se hizo un inmenso silencio a bordo de la gran embarcación, oyéndose únicamente el oleaje de las aguas y el rítmico roce y golpe de los remos.

—Por los cuernos del altar del dios, que creo que ese hombre está en lo cierto —gritó el viejo Gisco—. Fíjate cómo se lanzan sobre nosotros con furia de halcones. Traen toda su tripulación y todos sus remeros en pleno.

—Madera lisa, sin pintar —dijo Magro—. Fíjate cómo resalta el amarillo cuando le da el sol.

—Ymás allá, debajo del mástil, ¿no se ven esos puentes malditos que han inventado para lanzarse al abordaje?

—De modo que no quieren que quede ni una sola —dijo Magro con risa amarga—. No ha de volver ni siquiera una galera al puerto de la vieja reina del mar. Bien; por mi parte lo prefiero. Por mí, detendríamos los remos y los esperaríamos.

—Piensas como un hombre —contestó el viejo Gisco—. Pero la ciudad nos necesitará en los tiempos que van a llegar. ¿Qué ganaremos con que la victoria de los romanos sea completa? No, Magro: que sigan los esclavos remando como nunca han remado, sin pensar en nuestra propia salvación, pero pensando en la conveniencia del Estado.

El gran barco rojo avanzó, cabeceando con esfuerzo, igual que un ciervo cansado y jadeante que busca refugio huyendo de sus perseguidores, en tanto que las dos galeras estrechas y acometedoras avanzaban desde el Norte, cada vez más y con mayor velocidad. Ya el sol de la mañana resplandecía sobre las filas de los yelmos romanos por encima de los baluartes, y brillaba en la ola de plata que cada aguda proa levantaba al cortar las aguas tranquilas y azules. Las dos galeras se acercaban por momentos, y el toque largo y agudo de las trompetas romanas resonaba con mayor fuerza en los oídos.

* * *

Una gran muchedumbre de cartagineses, que habían salido presurosos de la ciudad al correr la noticia de que había galeras a la vista, se agolpaba en la cima de los acantilados de Megara. Ricos y pobres, nobles y plebeyos, blancos fenicios y morenos cabileños, permanecían contemplando con el aliento en suspenso el espectáculo que se ofrecía ante sus ojos. La galera púnica, a unos centenares de pies por debajo del acantilado, se había aproximado tanto a tierra que podían distinguir a simple vista las manchas de la batalla que contaban su triste historia. También los romanos avanzaban de tal manera que la galera de Cartago iba a verse interceptada ante las mismas caras de la multitud, sin que ésta pudiera levantar una sola mano para defenderla. Unos lloraban, presas de impotente dolor; otros maldecían con ojos centelleantes y puños cerrados, y otros, de rodillas, alzaban *sus* manos suplicantes a Baal; pero ni las plegarias, ni las lágrimas y maldiciones, podían

deshacer el pasado y mejorar el presente. Aquella galera destrozada y reptante significaba que la flota cartaginesa había sucumbido. Estas otras dos embarcaciones que avanzaban como flechas significaban que las manos de Roma se acercaban ya a sus gargantas. Detrás de aquellas dos galeras vendrían otras muchas, con las innumerables huestes entrenadas de la gran república, señora en la tierra desde hacía mucho tiempo, y que ahora dominaba también los mares. Dentro de un mes, de dos, de tres a lo sumo, los ejércitos de Roma harían acto de presencia. ¿Qué podían hacer para detenerlos las multitudes sin adiestrar de Cartago?

—Bueno; por lo menos sabremos ser hombres valerosos con las armas en la mano.

—¡Insensato! —le contestó el otro—. ¿No es precisamente esa manera de hablar la que nos ha traído al borde de la ruina? ¿Qué significa un hombre valeroso, sin adiestrar en las armas, frente a otro hombre valeroso adiestrado en ellas? Cuando os veáis frente a una legión romana que avanza barriéndolo todo con su impulso, veréis en qué consiste la diferencia.

—¡Pues entonces, adiestrémonos!

—¡Demasiado tarde! Para convertir a un hombre en soldado se necesita un año entero. ¿Dónde estaréis vos, dónde estará nuestra ciudad de aquí a un año? Sólo hay para nosotros una posibilidad de salvación. Quizá si renunciamos a nuestro comercio y a nuestras colonias, si nos despojamos de todo lo que nos llevó a nuestra grandeza, los conquistadores romanos no apretarán su mano contra nuestra garganta.

La última lucha marítima de Cartago llegaba rápidamente a su desenlace delante mismo de aquella multitud. Bajo sus mismos ojos, las dos galeras romanas se habían lanzado para colocarse a cada lado de la embarcación del negro Magro. Ambas le habían abordado; pero él, al verse perdido, había lanzado desesperadamente las uñas corvas de sus anclas por encima de las regalas de las galeras enemigas, sujetándolas a la suya propia con mano de hierro, mientras que a fuerza de martillo y de palanca abría grandes agujeros en el casco de ésta. La última galera púnica no sería jamás remolcada hasta el puerto de Ostia, para espectáculo de excursionistas ociosos de Roma. Se hundiría en sus propias aguas. El alma negra y feroz de su capitán pirata se encendía al pensar que no se hundiría él solo en las profundidades del mar de su patria.

Cuando los romanos se dieron cuenta de quién era el adversario con el que tenían que entendérselas, era ya demasiado tarde. Sus soldados, que habían invadido los puentes de la galera púnica, sintieron que la obra de madera se

hundía y cedía bajo sus pies. Corrieron para ganar otra vez sus propios barcos, pero también éstos se veían arrastrados hacia el fondo, sujetos por el abrazo de moribundo de la gran galera roja. Se hundían, se hundían sin remedio. La cubierta de la embarcación de Magro estaba ya inundada por las aguas, y las romanas, arrastradas hacia ella por los férreos lazos que las sujetaban, se iban ladeando, con una amurada debajo de las olas, y la otra levantada por los aires. Trabajaban como locos por librarse del abrazo de muerte de la galera púnica. Ya ésta había desaparecido bajo las aguas, hundiéndose cada vez más rápidamente, debido al mayor peso, y las embarcaciones romanas se iban escorando arrastradas por aquélla. Se oye de pronto el estallido de un tremendo desgarre. Una de las galeras romanas ve arrancado todo un costado de su casco de madera, y luego, mutilada, desmembrada, recobra su posición y se queda desamparada sobre las aguas. Por fin, un brillo amarillento en medio de las aguas azules indica el lugar en que la galera consorte ha sido arrastrada a su destrucción en el férreo abrazo mortal de su adversaria. La bandera de Cartago, con franja de tigres, se ha hundido bajo los remolinos del agua, para no volver a ondear jamás sobre la superficie de los mares.

Aquel mismo año flotó una gran nube durante diecisiete días sobre la costa africana: una densa nube negra que era el negro sudario de la ciudad que ardía en llamas. Al cabo de los diecisiete días, los arados romanos cruzaron de parte a parte las ruinas chamuscadas, y sobre éstas se vertió sal en señal de que Cartago no volvería nunca más a levantarse. A lo lejos, un rebaño de gentes desnudas y hambrientas contemplaban desde las montañas lejanas la llanura desolada que había sido en tiempos la más hermosa y la más rica de la tierra. Comprendieron demasiado tarde que es una ley de los cielos la de que el mundo pertenezca a los valerosos y a los abnegados, y que quienes tratan de eludir los deberes de la virilidad se vean pronto despojados del orgullo, de la riqueza y del poder, que son los premios que reciben quienes saben ser hombres.

A TRAVÉS DEL VELO

Era un hombre corpulento de la frontera, de abundantes greñas y de cara pecosa, que descendía por línea directa de un clan cuatrero de Liddesdale. A pesar de tal ascendencia, era un ciudadano todo lo serio y correcto que podía pedirse: concejal de Melrose, uno de los ancianos de la iglesia y presidente de la sucursal que tenía en el pueblo la

Asociación Cristiana de Jóvenes. Se apellidaba Brown, y como «Brown and Handiside» figuraba en el rótulo que había sobre la puerta de la gran tienda de ultramarinos en la calle Mayor. Su mujer, Maggie Brown, se llamaba Armstrong antes de su boda, y descendía de una antigua familia de campesinos de las soledades de Teviothead. Era pequeña, morena, de ojos negros y con un temperamento nervioso raro en una escocesa. No habría podido encontrarse mayor contraste entre el hombre corpulento tostado y la mujercita de pelo negro, y sin embargo ambos eran de la tierra, hasta donde alcanzaba la memoria de los hombres.

Cierto día —era el primer aniversario de su boda— habían ido juntos en coche a visitar las excavaciones del fuerte romano de Newstead. El lugar no era demasiado pintoresco. Desde la ribera norteña del Tweed, en el punto mismo en que el río forma curva, se extiende en suave declive una parte de tierra cultivable. Estaba ahora cruzada de trincheras excavadas, y se veía aquí y allá el retazo de una vieja obra de sillería, que indicaba el lugar en que se hallaban los cimientos de las antiguas murallas. Había sido un establecimiento militar de gran importancia, porque el campamento tenía cincuenta acres de extensión, y el fuerte quince. Como el señor Brown conocía al agricultor propietario de la tierra, todo les resultó fácil. Guiados por él, invirtieron las largas horas de un atardecer veraniego en inspeccionar las trincheras, los pozos, las murallas y toda la extraña variedad de objetos hallados que esperaban ser enviados al Museo de Antigüedades de Edimburgo. Aquel mismo día se había extraído de la tierra la hebilla de un cinturón de mujer; el dueño de la finca estaba dando explicaciones del mismo, cuando su mirada fue a fijarse en la cara de la señora Brown, y le dijo al marido:

—Su buena señora parece cansada. Quizá hiciesen bien en descansar un poco antes de que sigamos adelante.

Brown miró a su mujer. Desde luego estaba muy pálida, y sus ojos negros brillaban de manera extraña.

—¿Qué te ocurre, Maggie? Te has cansado mucho. Creo que es hora de que volvamos.

—No, no, John, sigamos adelante. Esto es maravilloso. Parece un país de ensueño. Siento todas estas cosas muy dentro y muy cerca de mí. ¿Cuánto tiempo permanecieron aquí los romanos, señor Cunningham?

—Mucho, señora. Si viese los estercoleros, con los restos de la basura, comprendería que tuvo que pasar muchísimo tiempo para llenarlos.

—¿Y por qué se marcharon?

—Pues, verá, señora: por lo visto se marcharon porque no tuvieron otro remedio. Las gentes de estos alrededores no podían aguantarlos más y se levantaron y quemaron el fuerte. Puede usted ver sobre las piedras las señales del fuego.

La mujer experimentó un rápido escalofrío, y dijo:

—Debió de ser una noche tremenda, una noche espantosa. Estaría el cielo rojo, y también estas piedras grises estarían al rojo vivo.

—Sí, yo creo que debían de estar rojas —dijo su marido—. Es una cosa rara, Maggie, y quizá sea debido a lo que acabas de decir; el caso es que me parece estar viendo todo lo ocurrido igual que una escena cualquiera de las que he visto en mi vida. La luz se reflejaba sobre las aguas.

—Sí, la luz se reflejaba sobre las aguas, y el humo se agarraba a la garganta; todos los salvajes daban alaridos.

El viejo campesino se echó a reír y dijo:

—La señora escribirá una novela acerca del antiguo fuerte. Lo he enseñado ya a muchos, pero nadie se ha explicado con tal claridad. Hay personas que tienen esa facultad.

Habían avanzado paseando por el borde de un foso de muralla, y a su derecha abría sus fauces un pozo. El granjero dijo:

—Este pozo tenía quince pies de profundidad. ¿Qué creen que extrajimos del fondo del mismo? Pues verán: extrajimos el esqueleto de un hombre que tenía a su lado una lanza. Creo que cuando murió la estaba empuñando. Pues bien, ¿qué hacía un hombre con una lanza dentro de un agujero de catorce pies? No lo enterraron, porque esa gente quemaba a sus muertos. ¿Cuál es su conclusión, señora?

—Saltaría al fondo para librarse de los salvajes —dijo la mujer.

—Sí, eso es bastante probable, y a uno de los profesores de Edimburgo no se le ocurrió explicación mejor. Me gustaría que estuviese usted aquí, señora, para responder con esa facilidad a todas las dificultades. Aquí tienen el altar que encontramos la semana pasada. Hay una inscripción. Me han dicho que está en latín, y que quiere decir que los hombres de este fuerte dan gracias a Dios por haberlos salvado.

Examinaron la piedra antigua y gastada. En lo alto de la misma se veían dos «*W*», profundamente talladas.

—¿Qué significan estas dos «*W*»? —preguntó Brown.

—Nadie lo sabe —contestó el guía.

—*Valeria Victrix*— dijo dulcemente la señora.

Su rostro estaba más pálido que nunca, y tenía la mirada perdida a lo lejos, como quien está mirando por las oscuras naves de las bóvedas de los siglos.

—¿Y qué es eso? —preguntó su marido con interés.

Ella tuvo un sobresalto, como si despertase de un sueño, y preguntó:

—¿De qué hablábamos?

—De esas dos «*W*» que hay en la piedra.

—Sin duda son las iniciales de la legión que levantó el ara.

—Sí, pero tú dijiste cómo se llamaba.

—¡Ah!, ¿sí? ¡Qué cosa más absurda! ¿Cómo voy a saber yo el nombre de esa legión?

—Dijiste no sé qué *Victrix*, según creo.

—Sería una corazonada. Este sitio me produce una sensación rarísima, como si yo no fuera yo misma, sino otra persona.

—De verdad que es un lugar muy extraño —dijo su marido, mirando a su alrededor con una expresión casi de miedo en sus decididos ojos grises—. A mí me ocurre lo mismo. Bien, señor Cunningham, vamos a darle a usted las buenas noches para regresar a Melrose antes de que oscurezca.

Ninguno de los dos logró sacudirse la extraña impresión que había dejado en ellos la visita a las excavaciones. Era como si de las húmedas trincheras se hubiese alzado algún miasma y se les hubiese metido en la sangre. Permanecieron durante toda la velada callados y pensativos; pero lo poco que hablaron demostraba que ambos estaban preocupados por lo mismo. Brown pasó una noche inquieta, durante la cual tuvo una pesadilla extraña y bien coordinada, tan vívida que se despertó sudando y temblando como un caballo asustado. Por la mañana, mientras desayunaban, trató de explicárselo a su mujer:

—Maggie, lo vi con la mayor claridad; con una claridad como jamás he sentido estando despierto. Tengo la impresión de que estas manos mías estuvieron manchadas de sangre.

—Cuéntamelo, cuéntamelo despacio —dijo ella.

—Cuando empecé a soñar, estaba fuera, tumbado en el suelo. Este era duro y con matas de brezos. A mi alrededor todo eran tinieblas; yo oía el roce y la respiración de hombres. Me pareció que tenía por todas partes una gran multitud, pero no pude ver a nadie. De cuando en cuando se oía un apagado tintineo de acero, y de pronto algunas voces cuchicheaban: «¡Chis!». Yo empuñaba una maza rugosa, que tenía cerca de la extremidad pinchos de hierro. Me palpitaba con rapidez el corazón, y tuve la sensación de que se me

venían encima momentos de gran peligro y emoción. Una vez dejé caer al suelo mi maza, y en torno a mí volvieron las voces a decir en la oscuridad: «¡Chis!». Alargué mi mano y toqué el pie de otro hombre que estaba tumbado delante de mí. A uno y otro lado había dos personas, pero no hablaban nada. De pronto empezamos todos a movernos. Toda la ladera de la colina parecía reptar hacia abajo. Al pie había un río y un puente de madera de altos arcos. Al otro lado del puente muchas luces, es decir, antorchas encima de un muro. Todos los hombres que reptaban se dirigieron hacia el puente. No se había oído ruido alguno, y reinaba un silencio de terciopelo. De pronto se oyó un grito en la oscuridad, el grito de un hombre que ha recibido súbitamente una puñalada en el corazón. Ese grito único se oyó aislado durante un momento, y poco después estalló el vocerío de un millar de gargantas furiosas. Yo eché a correr. Todos echaron a correr. Brilló una gran luz roja y el río parecía una cinta escarlata. Ahora pude ver a mis compañeros. Más que hombres parecían demonios, figuras salvajes vestidas de pieles, con el pelo y las barbas desgreñados. Estaban locos de furor, corrían saltando, con la boca abierta, agitando los brazos, mientras la roja luz se reflejaba en sus caras. También yo corrí, y lancé palabrotas a voz en cuello, igual que los demás. De pronto oí un gran crujir de maderas que me hizo comprender que habían sido derribadas las empalizadas. Oí fuertes zumbidos cerca de mis orejas y comprendí que disparaban flechas. Caí al fondo de una zanja y vi que desde lo alto me alargaban una mano. Me agarré a ella y me alzaron hasta lo alto. Miramos hacia el fondo, y vimos debajo de nosotros unos hombres plateados que mantenían en alto las puntas de sus lanzas. Algunos de los nuestros saltaron sobre las puntas, otros los siguieron, y matamos a los soldados antes de que pudieran sacar sus lanzas de los cuerpos de los primeros. Lanzaban gritos en una lengua extraña, pero no les dimos cuartel. Pasamos por encima de ellos lo mismo que una ola, pisoteándolos en el fango, porque eran pocos, y el número de los nuestros era incontable. Me encontré entre edificios, uno de los cuales estaba ardiendo. Vi que las llamas saltaban por encima del techo. Seguí corriendo, y me encontré solo entre los edificios. Alguien cruzó corriendo por delante de mí. Era una mujer. La agarré del brazo, le levanté la barbilla y la puse de cara al resplandor del fuego. ¿Quién te parece que era, Maggie?

La esposa humedeció sus labios resecos, y contestó:

—Era yo.

Él miró con sorpresa, y dijo:

—Eres buena adivina. Sí, eras tú precisamente. Compréndeme: no es que tuviese un parecido contigo, compréndeme, sino que eras tú, tú en persona. Vi

la misma alma en tus ojos asustados. Estabas pálida y parecías hermosa y admirable a la luz de las llamas. Yo sólo tuve un pensamiento: llevarte conmigo; guardarte únicamente para mí, en mi propia habitación, allá, al otro lado de las colinas. Me clavaste las uñas en la cara. Yo te eché a mi hombro y traté de salir del espacio iluminado por el edificio en llamas, para volver a meterme en la oscuridad. Entonces ocurrió algo que es de lo que mejor me acuerdo. Pero, Maggie, estás enferma. ¿Quieres que me calle? ¡Válgame Dios! Tienes la misma expresión en tu cara que la que tenías anoche durante mi sueño. Lanzaste un grito, y él salió corriendo a la luz del fuego. Traía la cabeza descubierta; sus cabellos eran negros y rizados; empuñaba en la mano una espada desnuda, corta y ancha, poco más que un puñal. Me tiró un golpe de punta, pero tropezó y cayó al suelo. Yo te sostuve con una mano, y con la otra…

La esposa se había puesto en pie de un salto, con la cara contorsionada, y gritó:

—¡Marcos! ¡Mi bellísimo Marcos! ¡Oh, bestia! ¡Eres una bestia!

Se oyó un estrépito de tazas de té en el momento en que ella caía hacia delante sin sentido, tropezando en la mesa.

* * *

Jamás hablaron acerca de aquel incidente extraño y aislado en su vida matrimonial. Parece que por un instante se había levantado una punta del velo pasado, y que hubiesen recordado alguna extraña escena instantánea de una vida olvidada. Pero el velo volvió a caer, para no levantarse nunca más. Viven su estrecha rutina: él en su tienda y ella en su hogar. Sin embargo, desde aquel atardecer veraniego en las cercanías del ruinoso fuerte romano, se han ido formando a su alrededor horizontes nuevos y más amplios.

LA LLEGADA DE LOS HUNOS

La situación de la cristiandad a mediados del siglo IV era un escándalo y una vergüenza. Los que durante el largo periodo de persecuciones habían sido sufridos y humildes se habían convertido con el triunfo en intolerantes, agresivos y desatentos. El paganismo no había muerto aún, pero desaparecía rápidamente, contándose sus más fíeles defensores entre la aristocracia conservadora de las grandes familias, por un lado, y entre los ignorantes pobladores de las aldeas o pagos, de los que la fe agonizante había tomado su nombre. Entre ambos extremos, la inmensa mayoría de las gentes razonables había abandonado la creencia en la pluralidad de los dioses para adoptar la de un Dios único, y había rechazado para siempre las creencias de sus antepasados. Pero al abandonar los vicios del politeísmo habían perdido también sus virtudes, entre las cuales se destacaban la tolerancia y la alegría religiosas. La seriedad valerosa de los cristianos los había impulsado a examinar y definir todos los detalles de su teología; pero sin una autoridad central que pudiera pulsar esas definiciones, surgieron numerosas herejías que sostenían teorías rivales, y esa misma firmeza de convicciones propia de cristianos hizo que las herejías, que contaban con fuerte número de adeptos, tratasen, por móviles de conciencia, de imponer sus creencias a los grupos menos numerosos, y todo el Oriente cristiano quedó sumido en luchas y confusiones.

Alejandría, Antioquía y Constantinopla fueron otros tantos centros de guerra teológica. Todo el norte de África se vio desgarrado por la pugna de los donatistas, que propagaban su cisma con mazas de hierro y al grito de guerra de: «¡Loado sea Dios!». Pero todas estas controversias locales subalternas no eran nada comparadas con la inmensa pugna entre los católicos y los arríanos, que dividió en dos bandos las poblaciones, y hasta las familias, desde la aldea hasta el palacio. Las doctrinas rivales de unidad de esencia del Padre y del Hijo (*Homoousian)* y de similitud de esencia del Padre y del Hijo (*Homoiousian*), cuyas diferencias metafísicas eran tan tenues que apenas podían expresarse, levantó a unos obispos en contra de otros, y a unas

congregaciones frente a otras. Se derramaron a torrentes, de uno y otro lado, la tinta de los teólogos y la sangre de los fanáticos, y los apacibles discípulos de Cristo se horrorizaron viendo que se abusaba de su fe y se la convertía en arma de desórdenes y derramamientos de sangre tan oprobiosos como jamás se habían visto en la historia religiosa del mundo. Muchos de los cristianos más valerosos, escandalizados y doloridos por lo que veían, huyeron al desierto de Libia o a las soledades del Ponto, para esperar allí, entregados a una vida de abnegación y de oración, la segunda venida que se suponía inminente. Pero ni siquiera en los desiertos podían verse libres de los ecos de la lucha lejana, y los eremitas mismos increpaban furiosos desde sus cuevas a los viajeros que pasaban por delante de ellas si los creían contaminados de las doctrinas de Atanasio o de Arrio.

A esa clase de eremitas pertenecía Simón Melas, del que ahora escribo. Creyente en la Trinidad y católico, se sentía dolorido por los excesos de la persecución de los arrianos, que sólo podían compararse con los atropellos de los que esos mismos arríanos hicieron objeto a sus hermanos los católicos cuando, llegados al poder, se vengaron del trato recibido.

Cansado de toda aquella lucha, y convencido de que el fin del mundo estaba encima, abandonó su casa de Constantinopla y viajó hasta los asentamientos de los godos en Dacia, más allá del Danubio, buscando algún lugar en el que se viera libre de aquellas disputas inacabables. Avanzando siempre en dirección al Norte y al Este, cruzó el río que hoy llamamos Dniester, y allí, habiendo encontrado una colina rocosa que se alzaba en medio de una llanura inmensa, se preparó una celda cerca de la cima y se estableció para acabar su vida en la abstinencia y en la meditación. Había peces en el arroyo, abundaba la caza en el país, y se criaban por todas partes frutos silvestres, de manera que no necesitaba interrumpir indebidamente sus ejercicios espirituales para dedicarse a buscar el sustento del cuerpo físico mortal.

Había esperado encontrar absoluta soledad en aquel lejano retiro, pero esa esperanza fue vana. Antes de cumplirse una semana de su llegada y en un momento de curiosidad mundana, exploró los accesos de la alta y rocosa colina en que vivía. Abriéndose camino hacia un barranco en el que abundaban los olivos y los mirtos, llegó a una cueva en cuya boca se hallaba sentado un anciano de barba y pelo blanco e inválido, es decir, otro ermitaño igual que él. Tanto tiempo llevaba aquel desconocido en la soledad que ya casi había olvidado hablar; pero las palabras terminaron acudiendo con más libertad a su boca, y pudo informarle de que se llamaba Pablo de Nicópolis,

que era ciudadano griego y que se había marchado al desierto, él también, para salvar su alma y librarse de la contaminación de la herejía.

—Poco pensaba yo, hermano Simón —dijo—, que iba a encontrar a ninguna otra persona que viniese a lugares tan apartados con la misma santa finalidad. En todos estos años, y son tantos que perdí ya la cuenta, no vi jamás a un hombre, salvo algunos pastores que vagabundeaban muy lejos por la llanura.

Desde donde estaban sentados podían distinguir cómo la inmensa estepa, cubierta de ondulante hierba y brillando con un vivo color al recibir la luz del sol, se extendía hasta muy lejos tan llana y tan lisa como el mar, perdiéndose en el horizonte por el lado oriental. Simón Melas contemplaba el panorama con curiosidad, y dijo por fin:

—Dime, hermano Pablo, tú que llevas viviendo aquí tanto tiempo: ¿qué hay más allá, al final de la llanura?

El anciano movió la cabeza negativamente, y dijo:

—No hay nada al otro lado de la llanura, porque allí está el límite de la tierra que se extiende hasta la eternidad. Durante todos estos años he permanecido sentado contemplándolo, sin que jamás haya visto venir nada hacia aquí desde aquella dirección. Es evidente que si hubiese algo al otro lado de la llanura, habría venido, en un momento u otro, algún viajero de esa dirección. Más allá del gran río que hay enfrente se encuentra el puesto romano de Tiras; pero desde aquí hasta él hay un largo día de viaje, y jamás vino nadie a turbar mis meditaciones.

—¿En qué meditas, hermano Pablo?

—Al principio meditaba en muchos santos misterios; pero ahora, desde hace veinte años, he pensado continuamente en la naturaleza del Logos. ¿Qué piensas tú, hermano Simón, sobre este problema tan vital?

—Sobre ese punto no caben discusiones. El Logos es con seguridad el nombre que San Juan empleó para señalar a la Divinidad.

El viejo ermitaño lanzó un áspero grito de furor, y su rostro moreno y ajado se convulsionó de ira. Echó mano a la gruesa garrota que guardaba para ahuyentar a los lobos, y la blandió amenazador contra su compañero, gritando:

—¡Largo de aquí! ¡Largo de mi celda! ¿He vivido yo aquí tanto tiempo para que venga a mancillarla un miserable trinitario, un discípulo de ese granuja de Atanasio? Desdichado idólatra, aprende de una vez para siempre que el Logos es en verdad una emanación de la Divinidad, y que no es en

ningún sentido igual o coeterno con él. Fuera de aquí, digo, o te saltaré los sesos con mi garrota.

Fue inútil querer razonar con el furioso arriano, y Simón se retiró triste y asombrado de que el espíritu de la lucha religiosa rompiese la pacífica soledad del desierto en el límite extremo de la tierra conocida. Con la cabeza inclinada y el corazón dolorido descendió por el barranco, trepó otra vez hasta su propia celda, que quedaba cerca de la cima, con el propósito de no volver a visitar jamás a su convecino el arriano.

Vivió, pues, allí Simón Melas durante un año, entregado a la soledad y a la oración. No había razón para que nadie llegase jamás hasta aquel punto, el más apartado en que vivía el hombre. Sin embargo, un joven oficial romano, Cayo Crasso, cabalgó en cierta ocasión un día de distancia desde Tiras y trepó a lo alto de la colina para hablar con el anacoreta. Era de familia ecuestre y seguía firme en su fe y en la vieja religión. Miró con interés y sorpresa, pero también con algo de repugnancia, las disposiciones ascéticas de aquella humilde habitación, y preguntó:

—¿A quién agradáis viviendo de esta manera?

—Demostramos con ello que nuestro espíritu es superior a la carne —contestó Simón—. Si vivimos malamente en este mundo, creemos que cosecharemos ventajas en el mundo venidero.

El centurión se encogió de hombros.

—Entre nuestra gente hay filósofos, los estoicos y otros, que defienden esa misma idea. Cuando yo servía en la cohorte Heruliana, de la cuarta legión, estuvimos acuartelados en la misma Roma y frecuenté mucho a los cristianos; pero jamás aprendí de ellos nada que no hubiese aprendido ya de mi padre, hombre al que en vuestra arrogancia llamaríais pagano. Es cierto que nosotros hablamos de muchos dioses, pero hace ya muchísimos años que no los tomamos en serio. Nuestras ideas sobre la virtud, el deber y la vida noble son idénticas a las vuestras.

Simón Melas movió negativamente la cabeza, y dijo:

—Si a vosotros os faltan los libros sagrados, ¿con qué guía contáis que dirija vuestros pasos?

—Si leyeseis a nuestros filósofos, y muy especialmente al divino Platón, os convenceríais de que existen otros guías que pueden llevarlo a uno hacia idéntico fin. ¿Leísteis por casualidad el libro escrito por nuestro emperador Marco Aurelio? ¿No descubre en el mismo todas las virtudes que el hombre puede tener, aunque él desconociese vuestro credo religioso? ¿Habéis estudiado, asimismo, las palabras y los actos de nuestro digno emperador

Juliano, bajo cuyo mando servía en mi primera campaña, cuando la expedición de aquél contra los persas? ¿Dónde podría hallarse un hombre de mayores perfecciones?

—Esta conversación no conduce a nada, y no estoy dispuesto a proseguirla —dijo Simón con severidad—. Aprovechaos, mientras aún os queda tiempo, y abrazad la verdadera fe, porque el fin del mundo es inminente, y cuando llegue no habrá compasión para quienes han cerrado sus ojos a la luz.

Diciendo esto, volvió a su reclinatorio y a su crucifijo, en tanto que el joven romano bajaba por la ladera de la colina, absorto en sus pensamientos. Luego montó a caballo y cabalgó hasta el lejano puesto romano. Simón le siguió con la mirada hasta que su casco bronceado fue sólo un puntito de luz en el borde de la llanura, por el lado de Occidente; era el primer rostro de hombre que había visto en todo aquel largo año, y en ocasiones su corazón anhelaba escuchar la voz y ver el rostro de los seres de su especie.

Transcurrió otro año, en el que, salvo los cambios de tiempo y la lenta mutación de las estaciones, todos los días se parecieron. Al abrir Simón *sus ojos* cada mañana, veía la misma línea gris que iba madurando hasta convertirse en roja por el lejano Oriente; luego surgía el brillante disco rojo por encima de aquel horizonte lejano que ninguna criatura viviente había cruzado hasta entonces. El sol ascendía con lentitud por la bóveda inmensa de los cielos, y el eremita regulaba su horario de plegaria y de meditación según se movían de un lado para otro las sombras proyectadas por las negras rocas que se alzaban por encima de su celda. No había nada en la tierra que atrajese sus miradas o que distrajese su atención, porque la verdeante llanura que se extendía a sus pies se mostraba un mes y otro mes tan desierta como el cielo por encima de su cabeza.

Iban, pues, pasando las largas horas, hasta que el disco rojo se hundía por el otro horizonte, y el día se cerraba con la misma luminosidad de un gris perla con que había empezado. En una ocasión se cernieron en vuelos circulares durante algunos días sobre la colina solitaria dos cuervos, y en otra ocasión llegó desde la dirección del Dniester un águila blanca pescadora, que dejó oír sus chillidos por encima de la cabeza del ermitaño. Se veían a veces manchas rojas sobre la llanura verde, en la que pastaban los antílopes; y con frecuencia aullaba un lobo en la oscuridad, desde la base de las rocas. Así fue la monótona vida de Simón Melas, el anacoreta, hasta que llegó el día de la ira.

En un día de finales de primavera del año 375 salió Simón de su celda con su calabaza en la mano, para coger agua del manantial. La noche se echaba encima, el sol se había ocultado, pero un último rayo de luz sonrosada descansaba en el pico rocoso que sobresalía de la colina, por el lado más lejano de la habitación del anacoreta. Al salir Simón de debajo de su refugio, la calabaza se le cayó de la mano y permaneció mirando, atónito.

En el picacho que tenía enfrente se veía a un hombre en pie, igual que silueta negra en la luz del ocaso. Era una figura extraña, casi deforme; bajo de estatura, cargado de espaldas, de voluminosa cabeza, corto de cuello, y con una larga pértiga que sobresalía de entre sus hombros. Permaneció, con la cara echada hacia delante y el cuerpo inclinado, avizorando con gran atención por la llanura del lado del Oeste. Un instante después desapareció, y el pico negro y solitario se destacó rígido y desnudo contra el débil resplandor que aún se distinguía por el Oriente. Luego cerró la noche, y todo quedó envuelto en tinieblas.

Simón Melas permaneció largo rato desconcertado, preguntándose quién podría ser aquel desconocido. Él había oído hablar, como todos los cristianos, de los malos espíritus que merodeaban en torno de los ermitaños de la Tebaida y de las márgenes del desierto de Etiopía. La extraña configuración de aquel ser solitario, su negro perfil y su actitud atenta de merodeador le produjeron el efecto de una bestia rapaz y feroz más que de un hombre, y contribuyeron a hacerle creer que había encontrado por fin uno de aquellos vagabundos del infierno, de cuya existencia, en aquella época de fe robusta, estaba tan seguro como de la suya propia. Pasó gran parte de la noche entregado a la oración, con la vista fija constantemente en el poco elevado arco de la puerta de su celda, cuya cortina, de vivo color púrpura, estaba bordada de estrellas. Algún monstruo agazapado, alguna abominación con cuernos, podía en cualquier momento asomar sus ojos para contemplarle a él: Simón se aferró con un llamamiento frenético a su crucifijo, porque su debilidad humana desmayó ante semejante pensamiento. Pero su cansancio se sobrepuso al fin a sus temores y, dejándose caer en su yacija de hierba seca, durmió hasta que la brillante luz del día le hizo despertar.

Era más tarde de lo que acostumbraba levantarse y el sol se hallaba ya muy alto en el horizonte. Al salir de su celda miró hasta el picacho de roca, pero éste se hallaba desnudo y silencioso. Empezó a creer que aquella figura sombría y extraña que le había sobresaltado tanto había sido algún sueño o visión crepuscular. Su calabaza se hallaba en el mismo lugar en que se le había caído y la recogió con el propósito de llegar hasta el manantial. Pero

repentinamente tuvo la sensación de algo extraordinario. El aíre todo vibraba de sonidos. Un murmullo indefinido, inarticulado, runruneante, le llegaba de todas partes, apagado, pero espeso y fuerte; unas veces crecía, otras se achicaba, repercutiendo entre las rocas o muriendo en vagos murmullos, pero sin dejar en ningún momento de hacer acto de presencia. Miró con desconcierto y asombro por el cielo azul y sin nubes. Después trepó al pináculo de roca que se alzaba encima de él y, protegiéndose en su sombra, contempló atentamente la llanura. Ni en sus más insensatos sueños se había imaginado jamás un espectáculo semejante.

Toda la inmensa extensión estaba cubierta de hombres a caballo, de centenares, millares y decenas de millares de jinetes que cabalgaban lentos y en silencio, brotando del ignorado Oriente. Era un pataleo multitudinario de cascos de caballos el que producía en sus oídos aquel apagado temblor. Algunos se hallaban tan próximos a él cuando los miró desde su altura, que podía ver con toda claridad los caballos delgados y fuertes, y las figuras extrañas y encorvadas de los atezados jinetes, sentados en la parte delantera sobre bultos deslucidos e informes, con sus cortas piernas colgando sin estribos y balanceando sus cuerpos con la misma seguridad que si formasen parte del animal mismo. Pudo distinguir en los que estaban más cerca el arco y la aljaba, la lanza larga y la espada corta, con el lazo enrollado a espaldas del jinete, todo lo cual le dio a entender que no se trataba de una horda de vagabundos desamparados, sino de un ejército formidable puesto en marcha. Su vista fue avanzando de unos a otros, cada vez más lejos; pero aquel cuerpo monstruoso de caballería acababa en la línea del horizonte, que vibraba de movimiento. Ya la vanguardia había dejado atrás la isla roqueña en que vivía Simón, y entonces fue cuando comprendió que por delante de su vanguardia marchaban exploradores aislados que iban conduciendo al ejército y que la noche anterior había visto a uno de aquéllos.

El ermitaño, fascinado por aquel espectáculo asombroso, permaneció durante todo el día agazapado a la sombra de las rocas, y durante todo el día el mar de jinetes siguió avanzando por la llanura que quedaba a sus pies. Simón había visto los muelles de Alejandría hormigueantes de gente, había contemplado la multitud que cubría el hipódromo de Constantinopla, pero jamás se había imaginado una muchedumbre como la que ahora desfilaba ante sus ojos, surgiendo por la línea del horizonte oriental que él había considerado como el límite de su mundo. De cuando en cuando, la densa riada de jinetes se veía interrumpida por rebaños de yeguas de vientre y de potrillos, conducidos por guardias a caballo; otras veces, los rebaños eran de ganado

vacuno; otras, eran hileras de grandes carros cubiertos con toldos de pieles; pero de nuevo, después de cada interrupción, surgían los jinetes por centenares, por millares y por decenas de millares, cabalgando lentamente, ininterrumpidamente, siempre en silencio, desde el Oriente hasta el Occidente. Acabó el largo día, se esfumó la luz, cerraron las sombras, pero el ancho e inmenso caudal de hombres siguió fluyendo.

Pero la noche le ofreció un espectáculo nuevo y todavía más extraño. Simón había observado que muchos de los caballos que eran conducidos en rebaño llevaban sobre sus lomos fajos de leña, y ahora comprendió cuál era su finalidad. Brillaron en las tinieblas por toda la inmensa llanura puntitos rojos que fueron haciéndose mayores y que resplandecieron, por fin, convertidos en ondulantes columnas de llamas. Las hogueras se extendían, tanto al Este como al Oeste, hasta que la lejanía las convertía en simples puntitos de luz. En las inmensidades del firmamento, por encima de su cabeza, brillaban estrellas blancas, y por la gran llanura que tenía a sus pies lucían estrellas rojas. Y desde todas partes subía el murmullo de voces, apagado y confuso, mezclado con el mugir de los bueyes y los relinchos de los caballos.

Simón había sido, antes de abandonar el mundo, guerrero y hombre de negocios, de modo que comprendió con claridad el significado de todo cuanto acababa de ver. La historia le enseñaba que el mundo romano había sido asaltado por enjambres renovados de bárbaros, surgidos de las tinieblas exteriores, y que el imperio oriental, en los cincuenta años de existencia transcurridos desde que Constantino trasladó la capital del mundo a las orillas del Bosforo, se había visto atormentado de idéntica manera. Estaba familiarizado con los jépidos y con los hérulos, con los ostrogodos y con los sármatas. Lo que este centinela avanzado de Europa había visto desde la colina solitaria era un nuevo enjambre que se lanzaba contra el Imperio, un enjambre que sólo se distinguía de los demás por su volumen, enorme e increíble, y por el aspecto extraño de los guerreros que lo integraban. Sólo él, entre todos los hombres civilizados, conocía la proximidad de aquella sombra espantosa que avanzaba como una enorme nube tempestuosa desde las profundidades desconocidas del Oriente. Pensó en los pequeños puestos romanos que se extienden a lo largo del Dniester, en el derruido muro daciano del emperador Trajano, que quedaba a espaldas de ellos, y en las poblaciones desperdigadas e indefensas que vivían ajenas al peligro por toda la abierta llanura que se extendía hasta las orillas del Danubio. ¡Si él pudiera darles la señal de alarma! ¿No sería precisamente con esa finalidad el haberle guiado Dios hasta la soledad?

De pronto se acordó de su convecino, el ermitaño arriano que vivía en una cueva de la colina, situada más abajo de la suya. En algunas ocasiones había tenido durante el último año visiones rápidas de su figura, alta y encorvada, paseando por los alrededores para ver si había caído alguna presa en las trampas que ponía a las codornices y a las perdices. En una de esas ocasiones ambos se habían encontrado en el arroyo, pero el viejo teólogo le hizo seña de que se alejase, igual que si fuera un leproso. ¿Qué pensaría ahora de este acontecimiento tan sorprendente? Con seguridad que en un momento así podían olvidarse las diferencias que los separaban. Descendió furtivamente por la ladera de la colina, y se dirigió a la cueva de su compañero ermitaño.

Pero al acercarse a ella reinaba un terrible silencio, y el corazón del ermitaño católico se angustió ante la mortal quietud que dominaba el pequeño valle. En la abertura de las rocas no brillaba luz alguna. Entró en la cueva y llamó, pero no obtuvo respuesta. Entonces, valiéndose del pedernal, acero y hierba seca, que empleó en lugar de yesca, produjo una chispa y, soplando, la convirtió en llama. El viejo ermitaño yacía de bruces, en el suelo, y sus blancos cabellos estaban empapados de rojo. Roto en pedazos delante de él estaba el crucifijo con que le habían destrozado el cráneo. Simón cayó de rodillas a su lado, estirando sus miembros contorsionados y rezando el oficio de difuntos; de pronto se oyó el pataleo de caballos que subían por la pequeña hondonada que conducía hasta la celda del ermitaño. La hierba seca se había apagado y Simón se agazapó tembloroso en la oscuridad, murmurando plegarias a la Virgen para que le diese fuerzas.

Quizá el recién venido había visto brillar una luz, o quizá sus camaradas le habían hablado del anciano al que habían asesinado, y fuese su curiosidad la que le llevaba a dicho lugar. Detuvo su caballo en la parte exterior de la cueva, y Simón, agazapado en las sombras del interior, pudo verle perfectamente al claror de la luna. Se dejó caer de su silla al suelo, sujetó la brida a una raíz, y luego se puso a mirar con gran atención por la boca de la celda. Era un hombre muy pequeño, muy fornido, de cara morena, con tres cicatrices en cada mejilla. Tenía los ojillos hundidos, y parecían negros agujeros en la cara pesada, aplastada y barbilampiña. Sus piernas eran cortas y muy torcidas, y se balanceaba torpemente cuando caminaba.

Simón estaba agazapado en el rincón más oscuro, y tenía aferrada en la mano la misma garrota nudosa con que el difunto teólogo le había amenazado en otra ocasión. En el momento en que aquella cabeza repugnante avanzaba inclinada dentro de la oscuridad de la celda, descargó la garrota con toda la fuerza de su brazo derecho, y luego, al caer el salvaje herido hacia delante, de

cara al suelo, volvió una y otra vez a golpearle con furia, hasta que la figura informe quedó inmóvil y desmadejada. El primer asesinado de Europa y el primer muerto asiático yacían bajo el mismo techo.

Las venas de Simón latían estremecidas por el desacostumbrado júbilo de la acción. Toda la energía acumulada en aquellos años de reposo acudió en torrente en el momento que fue necesaria. En pie en la oscuridad de la celda, distinguía, igual que en un mapa de fuego, las líneas de la inmensa hueste bárbara, la del río, la posición hacia donde caían los puestos romanos, la manera que él tendría de darles la señal de alerta. Esperó silencioso en la sombra hasta que desapareció la luna. Entonces saltó sobre el caballo del muerto, lo guió cañada abajo, y se lanzó al galope por la llanura.

Había a uno y otro lado de su camino hogueras encendidas, pero Simón se apartó de los círculos de luz. Vio, al pasar, alrededor de las hogueras, el círculo de guerreros durmientes, y las largas líneas de caballos sujetos al jinete. Legua tras legua se alargaba aquel inmenso campamento. Por fin llegó a la llanura abierta que le condujo hasta el río, y ya las hogueras de los invasores no eran sino rescoldo tenue sobre el negro firmamento oriental. Simón atravesó la estepa, cada vez más rápidamente, igual que una hoja de árbol vuela en ráfagas por delante de la tormenta. Cuando el alba blanqueaba el cielo a sus espaldas, brillaba también sobre la superficie del ancho río que tenía delante; Simón azotó a su cabalgadura, metiéndola por las aguas de poca profundidad, hasta que empezó a nadar en el caudal profundo y amarillo.

* * *

Así fue como vio el joven centurión romano Cayo Crasso, cuando hacía su ronda matinal en el fuerte de Tiras, a un jinete solitario que, saliendo del río, se dirigía hacia él. Cansados y exhaustos, empapados de agua y manchados de polvo y sudor, jinete y caballo habían llegado al último límite de su resistencia. El romano los veía avanzar muy asombrado, y acabó reconociendo al ermitaño del desierto oriental en la figura destrozada y tambaleante, de cabellos desgreñados y ojos enloquecidos. Corrió a su encuentro y llegó a tiempo de recogerle en sus brazos cuando rodó de la silla de su caballo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó—. ¿Qué noticia trae?

Pero el ermitaño no pudo hacer otra cosa que apuntar en dirección al sol naciente y murmurar:

—¡A las armas! ¡A las armas! ¡Ha llegado el día de la ira!

El romano, mirando hacia el horizonte a través del río, distinguió una sombra inmensa que avanzaba lentamente por la llanura lejana.

LA CONTIENDA

El año 66 del Señor, hallándose en aquel entonces el emperador Nerón en el año vigesimonoveno de su vida y en el decimotercero de su reinado, zarpó para Grecia con la más extraña compañía y con el propósito más singular que tuvo nunca monarca alguno. Embarcó y salió de Puteoli con diez galeras, llevando una gran cantidad de decoraciones pintadas y otros adminículos de teatro; iba acompañado de gran número de caballeros y de senadores a quienes temía dejar en Roma, y que estaban destinados a morir en el transcurso de sus andanzas. Entre su séquito se encontraba Natos, su profesor de canto; Cluvios, hombre de voz monstruosamente voluminosa, encargado de gritar a voz en cuello los títulos del emperador, y un millar de jóvenes adiestrados en el arte de aplaudir al unísono siempre que su señor cantaba o representaba en público. Su adiestramiento había sido tan perfecto que cada cual tenía asignado un papel especial. La misión de algunos consistía únicamente en hacer oír un apagado y profundo murmullo de admiración muda. Otros tenían que palmotear con entusiasmo. Otros, fuera de sí, daban alaridos, pateaban y golpeaban con sus bastones en los bancos. Otros —y eran los más eficaces— habían aprendido de un habitante de Alejandría a lanzar juntos una nota musical larga y desmayada, que dominaba a toda la concurrencia. Ayudado por esos admiradores mercenarios, Nerón esperaba confiado que regresaría a Roma como portador de las guirnaldas que las ciudades griegas ofrecían a quienes en libre competencia triunfaban en el canto. Navegando por el Mediterráneo en su gran galera dorada, con dos bandos de remeros, el emperador permanecía el día entero en su camarote, acompañado de su profesor, ensayando desde la mañana hasta la noche las composiciones que había elegido. Un esclavo nubio le daba frecuentes masajes en la garganta, con aceite y bálsamo, para prepararlo para la gran prueba que le esperaba en el país de la poesía y del canto. Le reglamentaban la comida, la bebida y los ejercicios físicos igual que si se tratase de un atleta que se estuviese entrenando para una contienda o desafío, y en las habitaciones imperiales

resonaba continuamente el punteado de su lira acompañando a las notas estridentes de su voz.

Ahora bien: vivía en aquellos tiempos un griego, pastor de cabras, llamado Policles, que cuidaba y era en gran parte propietario de un rebaño que pacía en las extensas laderas de las colinas, cerca de Heroca, que cae ocho kilómetros al norte del río Alfeo, a no mucha distancia de la célebre Olimpia. Ese individuo era conocido en todo el país como hombre de extraordinarias dotes y de un carácter muy singular. Era poeta, y había sido coronado dos veces por sus versos, y era un músico para el que tocar los instrumentos era cosa tan natural, que resultaba más fácil hallarlo sin su cayado que sin su arpa. Hasta durante sus solitarias vigilias invernales en los collados la llevaba siempre terciada a la espalda, y ella le ayudaba a pasar las largas horas, de modo que había llegado a ser parte de él mismo. Era, además, hermoso, atezado y expresivo, con una cabeza de Adonis, y en cuanto a fuerza nadie podía competir con él. Pero todas esas cualidades las echaba a perder su carácter, porque era tan dominador que no toleraba que nadie se le opusiera ni contradijese. Por esta razón, andaba siempre indispuesto con todos sus convecinos, y, cuando le acometía alguno de sus arrebatos, era capaz de pasarse meses enteros seguidos en la choza de piedra que tenía en las montañas, sin querer saber nada del mundo, y viviendo tan sólo para su música y para sus cabras.

Cierta mañana de primavera del año 67, Policles condujo, con ayuda de su muchacho Doros, su rebaño de cabras hasta unos pastizales nuevos desde los que se distinguía a lo lejos la ciudad de Olimpia. Contemplando la ciudad desde la montaña, el pastor se quedó sorprendido al ver que había techado una parte de su célebre anfiteatro, como si se estuviese representando alguna función.

Como vivía alejado del mundo y de toda noticia, Policles no podía imaginarse lo que sucedía, porque sabía perfectamente que hasta dos años más tarde no habían de celebrarse los juegos de Grecia. Se trataría, sin duda, de algún certamen poético o musical del que ninguna noticia había tenido. Si era así, quizá hubiese alguna probabilidad de conquistar los votos de los jueces; en todo caso, a él le gustaba escuchar las composiciones y admirar la ejecución de los grandes cantores que se reunían en tales ocasiones. Llamó, pues, a Doros, dejó a su cargo el rebaño, y se alejó presuroso con el arpa a la espalda, para ver qué ocurría en la ciudad.

Cuando llegó Policles a los suburbios, los encontró desiertos; pero todavía se sorprendió más cuando, al llegar a la calle mayor, no vio una sola persona.

En vista de ello, apresuró sus pasos y, al acercarse al teatro, llegó a sus oídos un runruneo apagado y constante que parecía anunciar la reunión de una inmensa concurrencia. Jamás se había imaginado, ni aun en sueños, un certamen musical organizado en escala tan enorme como aquél. A la entrada del edificio se apiñaban algunos soldados; pero Policles se abrió paso rápidamente entre ellos y se encontró en la orilla exterior de la muchedumbre que llenaba el gran espacio formado por el techado que cubría una parte del estadio nacional. Mirando en torno a él, Policles vio a gran número de convecinos a los que conocía de vista y que se apretujaban en los bancos sin apartar los ojos del escenario. Se fijó también en que había soldados a lo largo de los muros, y que todo un cuerpo de jóvenes de aspecto de extranjeros, con túnicas blancas y cabellos largos, ocupaban una gran parte del salón. Todo eso vio Policles, pero no pudo imaginarse su significado. Se inclinó hacia su convecino para preguntárselo, pero en el acto mismo le golpeó un soldado con el extremo de la empuñadura de su lanza, ordenándole en tono violento que se callase. El hombre al que Policles se había dirigido creyó que lo que éste le pedía era asiento; se apretó más contra el espectador que tenía al lado, y de este modo pudo el pastor acomodarse en el extremo del banco más próximo a la puerta. Desde ese momento concentró su atención en el escenario, en el que Metas, un conocido cantor de Corinto y viejo amigo de Policles, cantaba y representaba sin despertar grandes entusiasmos entre el auditorio. A Policles le pareció que no aplaudían a Metas lo que se merecía, y por eso rompió él a aplaudir ruidosamente, sorprendiendole el que los soldados le mirasen ceñudos, y el que todos sus convecinos le contemplasen con cierta sorpresa. Como era hombre de carácter enérgico y obstinado, aquello le impulsó a perseverar en sus palmoteos, porque vio que se alzaba en su contra el sentimiento general.

Pero lo que ocurrió a continuación dejó completamente atónito al poeta-pastor. Una vez que Metas de Corinto hizo su saludo y se retiró del escenario entre aplausos desganados y de puro compromiso, compareció en el escenario una figura extraordinaria que fue recibida con el más loco entusiasmo por una parte del auditorio. Era un hombre pequeño, grueso, ni viejo ni joven, con un cuello de toro y una cara redonda y pesada, que terminaba por delante en pliegues parecidos a los de la papada de un buey. Vestía una túnica absurda, corta y azul, sujeta a la cintura con un cinturón dorado. Traía al descubierto la garganta y el pecho, y sus piernas, cortas y gruesas, estaban desnudas desde los borceguíes hasta la mitad del muslo, que era hasta donde le llegaba la túnica. Su cabello estaba adornado con dos alas doradas, y esas mismas alas

adornaban sus talones, al estilo del dios Mercurio. Salió tras él un negro que llevaba una lira, y a su lado un funcionario lujosamente vestido que llevaba rollos de música. Aquella sorprendente figura cogió el arpa de las manos de su ayudante y se adelantó hasta el frente del escenario, desde donde saludó con una inclinación y sonrió al auditorio que le ovacionaba. «Este es algún cantante lechuguino que ha venido a Atenas», pensó para sus adentros PoÜcles; pero se dijo también que un auditorio de griegos sólo era capaz de hacer un recibimiento como aquél a un gran maestro de canto. Se trataría, seguramente, de algún cantor maravilloso cuya reputación había llegado hasta allí. Policles se acomodó en su asiento y se preparó para poner su alma en la música.

El cantante vestido de azul hirió varias cuerdas de su lira y, de pronto, rompió a cantar la *Oda de Níobe*. Policles se irguió en su banco y miró con ojos dilatados al escenario. La canción imponía una transición rápida desde una nota baja a una alta, y había sido elegida precisamente por esa dificultad. La nota baja la había dado el cantor como un gruñido, como un rumor sordo, como el ladrido profundo y discordante de un perro de mal genio. De pronto, el cantor levantó su rostro, irguió su rechoncha figura, se alzó sobre las puntas de los pies, y moviendo la cabeza, con las mejillas de color escarlata, emitió el alarido que aquel mismo perro habría dado si su amo hubiese interrumpido su gruñir de un puntapié. Mientras tanto, la lira punteaba y cencerreaba, unas veces adelantándose y otras con retraso sobre la voz del cantante. Pero lo que más asombro produjo a Policles fue el efecto que aquello ejerció sobre el auditorio. Los griegos eran todos críticos expertos, tan implacables en el silbar como generosos en el aplaudir. Muchos cantores, bastante mejores que aquel absurdo lechuguino, habían sido echados del escenario entre insultos y burlas. Ahora, en cambio, en el momento en que aquel hombre se detuvo y se enjugó el sudor que le corría por la cara regordeta, toda la concurrencia, como un solo hombre, estalló en un frenesí de aplausos. El pastor se llevó las manos a la cabeza, que le quería estallar, y creyó que perdía la razón. Con seguridad que todo aquello era una horrenda pesadilla musical y que no tardaría en despertarse y en reírse al recordarlo. Pero no; los personajes eran auténticos; los rostros, los de convecinos suyos; los aplausos que resonaban en sus oídos eran, sin duda alguna, obra de la concurrencia que llenaba el teatro de Olimpia. El coro gritaba a pleno pulmón, los susurradores cuchicheaban, los gritones bramaban, los que habían de dar golpes con los bastones descargaban éstos sobre los bancos, mientras que de cuando en cuando estallaba un ciclón sonoro de: «¡Incomparable! ¡Divino!», que brotaba de la falange bien

entrenada que dejaba oír sus aplausos, dominando con sus voces unidas todo el tumulto, igual que el zumbido del viento se oye por encima de los bramidos del mar. Aquello era una locura, una locura intolerable. Si se dejaba pasar aquello acabaría en Grecia toda justa apreciación de la música. La conciencia de Policies no le permitía permanecer callado. En pie encima de su banco, agitando las manos y alzando la voz, protestó con toda la fuerza de sus pulmones contra juicio tan desatinado del auditorio.

Al principio su actitud pasó casi inadvertida entre el tumulto reinante. El estruendo unánime que estallaba de nuevo a cada inclinación y mueca del fatuo músico ahogó la voz de Policies. Pero, gradualmente, los que estaban a su alrededor dejaron de palmotear y se le quedaron mirando con asombro. El silencio se fue propagando en círculos cada vez más amplios, hasta que toda la inmensa concurrencia se quedó muda contemplando con ojos dilatados a aquella criatura, salvaje y magnífica, que los insultaba desde lo alto de su banco próximo a la puerta.

—¡Idiotas! —gritaba—. ¿Qué es lo que aplaudís? ¿Qué es lo que ovacionáis? ¿A eso llamáis música? ¿Se va a llevar un premio esa colección de maullidos de gato? Ese mamarracho no sabe dar una sola nota. O estáis sordos o estáis locos, y yo por lo menos os digo que deberíais avergonzaros de vuestra insensatez.

Algunos soldados corrieron a hacerle bajar de su banco, y todo el auditorio quedó sumido en la mayor confusión, porque algunos de los más atrevidos aplaudieron las frases del pastor, mientras que otros gritaban que lo expulsasen del edificio. Mientras tanto, el aplaudido cantante, después de entregar la lira a su servidor negro, preguntaba a los que le rodeaban en el escenario a qué se debía aquel tumulto. Por último, avanzó hasta el frente del escenario un heraldo, que poseía una voz de enorme potencia, y anunció que si aquel loco individuo del fondo del salón, que parecía opinar de distinta manera que todo el resto del auditorio, quería subir al escenario, se le permitiría, si su audacia llegaba a tanto, dar una muestra de su propia capacidad, y que intentase mejorar la exhibición admirable y prodigiosa que todos los allí presentes habían tenido el honor de escuchar.

Policles saltó al oír el desafío y el auditorio le abrió paso para que se adelantase; un minuto después estaba en pie, con sus ropas descuidadas, empuñando en la mano su arpa maltratada por el tiempo, delante de la muchedumbre expectante. Templó primero una cuerda aquí y aflojó otra allí, hasta que todas sonaron con perfecta afinación. Entonces, entre un murmullo

de risas y de burlas de los romanos que ocupaban los bancos de las primeras filas, empezó a cantar.

No llevaba preparada ninguna composición, pero era un diestro improvisador y cantaba lo que le salía del corazón, solo por el goce de la música. Cantó al país de Elis, amado de Júpiter, en el que estaban entonces reunidos; cantó las laderas desnudas de sus grandes montañas; cantó a las sombras veloces de las nubes, al río tortuoso y azul, al aire puro de sus tierras altas, al frescor de los atardeceres y a las bellezas de la tierra y del cielo. Todo ello era sencillo e infantil; pero llegó a los corazones de los habitantes de Olimpia, porque les hablaba de la tierra que conocían y amaban. Sin embargo, cuando por fin bajó la mano, fueron pocos los que se atrevieron a aplaudir, y sus débiles voces quedaron ahogadas por una tempestad de silbidos y de gruñidos de sus adversarios. Policles retrocedió horrorizado ante una acogida tan fuera de lo corriente, y enseguida ocupó su lugar su rival vestido de azul. Si la primera vez lo había hecho mal, ahora lo hizo pésimamente. Sus chillidos, sus gruñidos, sus discordancias y sus cacofonías ásperas y chirriantes constituían un insulto al nombre mismo de la música. Sin embargo, cada vez que se detenía para recuperar el aliento o para enjugarse el sudor que le corría por la frente, estallaban por todo el auditorio nuevos truenos de aplausos. Policles hundió la cara entre las manos y suplicó a los dioses que le conservasen la razón. Después, una vez que cesó la espantosa actuación, y cuando las ovaciones rugientes demostraron que sin duda alguna se otorgaba la corona a aquel impostor, todos los sentimientos del alma de Policles se acallaron ante el de odio hacia aquella raza de idiotas, y ante el ansia de paz y de silencio de las tierras de pastos. Se precipitó por entre la masa de gente que esperaba a ambos lados y salió al aire libre. Su antiguo rival y amigo Metas de Corinto le esperaba con expresión de ansiedad en el rostro, y le dijo:

—¡Deprisa, Policles, deprisa! Mi caballo está atado detrás de aquel bosque. Es un animal gris, con los arreos rojos. Huye a uña de caballo, porque si se apoderan de ti, tendrás una muerte nada fácil.

—¿Una muerte nada fácil? ¿Qué quieres decir, Metas? ¿Quién es ese individuo?

—¡Júpiter me valga! ¿No lo sabías? ¿Dónde estuviste viviendo? ¡Es el emperador Nerón! No te perdonarán jamás lo que dijiste acerca de su voz. ¡Deprisa, o los guardias te alcanzarán!

* * *

Una hora después el pastor estaba ya muy lejos camino de sus montañas, y hacia ese mismo tiempo, el emperador, una vez que recibió la guirnalda de Olimpia por su canto de una perfección incomparable, averiguaba ceñudo quién era aquel insolente que había tenido la audacia de pronunciar críticas tan desdeñosas.

—Traédmelo aquí al instante, y que acuda Marco con su cuchillo y el hierro de marcar.

—Perdonad, gran César —dijo Arsenio Plato, el oficial de servicio—. No se encuentra a ese hombre, y circulan rumores muy extraños.

—¡Rumores! —exclamó el irritado Nerón—. ¿Qué quieres decir, Arsenio? Yo te digo que ese individuo era un advenedizo ignorante con aspecto de oso salvaje y voz de pavo real. Te digo también que entre la gente hay muchos tan culpables como él, porque yo, con mis propios oídos, les oí aplaudir cuando cantó aquella oda ridícula. He tenido por un momento la idea de pegar fuego a su ciudad para que no se olviden de mi visita.

—No es de admirarse, César, que ese hombre obtuviese sus votos —contestó el guerrero—, porque, a juzgar por lo que he oído decir, aunque él hubiese triunfado en el certamen, ello no habría resultado vergonzoso para Vuestra Excelencia.

—¡Aunque él hubiese triunfado! Estás loco, Arsenio. ¿Qué es lo que quieres decir?

—¡Nadie conoce a ese hombre, gran César! Vino de las montañas, y desapareció en el interior de las montañas. Habréis observado la belleza salvaje y extraña de su rostro. Se rumorea que el gran dios Pan se ha dignado por una sola vez contender contra un ser mortal.

—¡Naturalmente, Arsenio! ¡Estás en lo cierto! Ningún mortal se habría atrevido a desafiarme de ese modo. ¡Qué relato para contarlo en Roma! Que salga esta misma noche el mensajero, Arsenio, para llevar la noticia de cómo su emperador ha realzado en el día de hoy el honor de Roma en Olimpia.

EL PRIMER ARGUMENTO

Ex ovo omnia

Cuando usted abandonó Bretaña con su legión, mi querido Crasso, le prometí escribirle de cuando en cuando, siempre que saliese un mensajero para Roma, y que le tendría al corriente de cuantas cosas de interés pudieran ocurrir en este país. Personalmente, me alegro mucho de haberme quedado aquí cuando se marcharon las tropas y tantos ciudadanos nuestros. Aunque la vida es ruda y el clima infernal, sin embargo, y gracias a los tres viajes que he hecho al Báltico para comprar ámbar, y a los precios excelentes a que me lo han pagado aquí, pronto me encontraré en situación de poder retirarme, para pasar mi ancianidad debajo de mi propia higuera e incluso para comprar quizá una pequeña villa en Baiae o en Posueli, donde pueda embeberme bien el sol, después de las constantes brumas de esta isla condenada. Ya me estoy viendo en mi pequeña granja, y me preparo leyendo las *Geórgicas*, pero cuando oigo caer la lluvia y aullar el viento, veo a Italia muy muy lejos.

En mi carta anterior le informé de cómo marchaban las cosas en este país. Estas pobres gentes que durante siglos habían renunciado al ejercicio de las armas porque nosotros los defendíamos, se encuentran ahora totalmente desamparados ante los pictos y los escoceses, bárbaros del Norte que llevan el cuerpo tatuado y que dominan todo el país, haciendo lo que se les antoja. Mientras no pasaron del Norte, esta gente del Sur, que es la más numerosa y también la más civilizada entre los británicos, no se preocupó; pero ahora esos bandoleros han llegado hasta Londres, y las perezosas gentes de estas regiones tienen que despertarse. Su rey, Vortigern, no sirve para nada que no sea la bebida y las mujeres; por eso envió mensajeros hasta el Báltico para conseguir que vengan algunos germanos del Norte, con la esperanza de que sean para él una ayuda. Malo es tener un oso en casa, pero yo no creo que mejoren las cosas si se hace entrar en ella, además, una manada de lobos feroces. Ahí es donde aparece en el escenario este vuestro humilde amigo. En

el curso de mi comercio de ámbar aprendí la lengua sajona, y por esa razón marché a toda prisa hasta las costas de Kent, a fin de encontrarme allí cuando llegasen nuestros nuevos aliados. Mi llegada coincidió con la aparición de la primera de sus embarcaciones, y deseo hablarle de mis aventuras. Resulta perfectamente claro para mí que el desembarco en Inglaterra de estos germanos guerreros ha de tener una importancia histórica, y creo que por ello la inteligencia despierta de usted no se fatigará si trato del asunto con algún detalle.

Fue, pues, el día de Mercurio que siguió inmediatamente a la festividad de la Ascensión de Nuestro Bienaventurado Señor cuando yo me encontraba en la orilla izquierda del río Támesis, en el sitio en que éste desemboca en un ancho estuario. Hay allí una isla llamada de Thanet, que era el sitio elegido para el desembarco de nuestros visitantes. Apenas me había apartado de la orilla, cuando surgió una gran embarcación encarnada, que es, según parece, la primera de las tres, que venía a velas desplegadas. De lo alto de su mástil colgaba el caballo blanco, que es el pabellón de estos piratas, y el barco aparecía repleto de hombres. El sol brillaba luminoso, y la gran embarcación color escarlata, con velas de blancura de nieve y una hilera de relucientes escudos colgados de su costado, ofrecía en aquella dilatada superficie azul un cuadro de belleza insuperable.

Avancé inmediatamente hacia ellos en una lancha, porque se había convenido que ninguno de los sajones pisaría tierra hasta que el rey hubiese hablado con sus jefes. Llegué hasta el costado del barco, que tenía en la proa un dragón dorado y una hilera de remos a cada lado. Al levantar la vista descubrí una fila de cabezas cubiertas con cascos que me estaban contemplando; entre ellas vi, con gran sorpresa y satisfacción, la de Eric el *Moreno*, con el que yo realizaba todos los años negocios de venta. Me acogió cordialmente cuando subí a cubierta, y se convirtió luego en mi guía, mi amigo y mi consejero. Esto me sirvió de gran ayuda con los bárbaros, porque su carácter los hace muy fríos y reservados, a menos que uno de ellos responda por usted, después de lo cual suelen mostrarse muy cordiales y hospitalarios. Sin embargo, hagan lo que hagan, difícilmente evitan el que haya en su trato cierto asomo de superioridad, que entre las clases bajas se convierte en menosprecio, cuando tratan con un extranjero.

Fue una verdadera suerte que yo tropezase con Eric, porque éste pudo darme una idea de la situación antes de ser llevado ante la presencia de Kenna, el jefe de aquel barco. Supe por mi amigo que la tripulación estaba compuesta de hombres de tres tribus o familias: la de Kenna, la de Lanc y la

de Hasta. Cada una de estas tribus recibe su apellido, agregando las letras *ing* al del jefe, es decir, que los tripulantes de aquella embarcación se llamaban a sí mismos los Kennings, los Lancings y los Hastings. Durante mis viajes al Báltico pude observar que las aldeas recibían su nombre de la familia que moraba en ellas, sin mezclarse con las demás, de modo que si estas gentes ponen un pie en esta tierra, pronto veremos asentamientos, entre las actuales poblaciones británicas, con nombres de ese estilo.

La mayoría eran hombres muy fornidos, pelirrojos, rubios o de cabello castaño; de este último, en su mayoría. Vi con gran sorpresa entre ellos a varias mujeres. Contestando a una pregunta mía, me explicó Eric que ellos llevaban a sus mujeres siempre que podían, y que en lugar de constituir un estorbo, como ocurriría con nuestras damas romanas, son más bien camaradas y consejeras. Naturalmente que yo recordé más tarde que nuestro excelente y exacto Tácito observó ya esta característica de los germanos. Todas las resoluciones se adoptan en las tribus por mayoría de votos, y aunque todavía no se les ha concedido el voto a las mujeres, son muchos los que están a favor de hacerlo, y se cree que la mujer y el hombre tendrán, quizá pronto, idéntico poder dentro del Estado, aunque son muchas las mujeres adversarias de semejante innovación. Hice notar a Eric que era una suerte que se encontrasen a bordo varias mujeres, porque ellas podrían de ese modo hacerse compañía unas a otras; pero él me contestó que las esposas de los jefes no deseaban tratar a las de los oficiales inferiores, y que unas y otras se unían en contra de las mujeres de menor categoría, de modo que no podía hablarse de compañerismo entre ellas. Mientras me hablaba, me señaló a Edita, la mujer de Kenna, rubicunda y entrada en años, que se paseaba entre las demás con la barbilla muy alta, como si no existiesen para ella.

Mientras yo hablaba con mi amigo Eric, se produjo sobre la cubierta un súbito altercado, y gran número de hombres interrumpieron sus tareas, acudiendo en montón hacia el lugar de la disputa y demostrando en la expresión de sus rostros que el asunto les interesaba profundamente. Eric y yo nos abrimos camino entre los demás, porque yo tenía gran interés en informarme de todo cuanto me era posible acerca de la conducta y las maneras de aquellos bárbaros. Se produjo una disputa acerca de un niño, un hombrecito de ojos azules y pelo rubio ensortijado, que parecía muy divertido por la barahúnda que por su causa se había armado. A un lado del niño estaba un anciano de barba blanca y aspecto sumamente majestuoso, que daba a entender por sus gestos y ademanes que reclamaba al mocito para sí, mientras que al otro lado había un hombre enjuto, serio y lleno de ansiedad, que se

oponía con firmeza a que le arrebatasen al niño. Eric me cuchicheó al oído que el anciano era un alto sacerdote de la tribu, oficialmente encargado de los sacrificios a su gran dios Woden, y que el otro era un hombre de ideas algo distintas, no en lo referente a Woden, sino acerca de la manera como había que rendirle culto. La mayoría de la tripulación estaba de parte del anciano sacerdote; pero otros, que querían una mayor libertad de culto a su dios y el derecho a invocarlo con sus propias plegarias en lugar de repetir siempre las oficiales, se pusieron de parte del joven. La diferencia era demasiado profunda y demasiado antigua para que se curase entre hombres ya hechos y derechos, pero tanto unos como otros anhelaban llevar su punto de vista de una manera profunda al ánimo del niño. Por esa razón se mostraban el uno y el otro tan furiosos, y la disputa llegó a ser tan acalorada, que en uno y otro bando hubo partidarios que sacaron sus cuchillos cortos o *saxes*, arma de la que se derivó su nombre de sajones. En esto se abrió camino por entre la multitud un hombre valentón, pelirrojo, y cortó con voz de trueno la controversia, gritando:

—Vosotros, los sacerdotes, que discutís acerca de problemas que ningún hombre puede conocer, dais más trabajo a bordo de este barco que todos los peligros del mar. ¿Por qué no habéis de contentaros con que se rinda culto a Woden, tema en el que todos estamos de acuerdo, sin dar tanta importancia a las cuestiones pequeñas en que podemos opinar de distinta manera? Si se arma todo este barullo por la enseñanza de los niños, entonces prohibiré a uno y otro que los eduquéis, y tendrán que contentarse con lo que puedan aprender de sus madres.

Los dos irritados maestros se alejaron con expresión descontenta, y Kenna —porque éste era el que había hablado— ordenó que se lanzase un silbido para que toda la tripulación acudiese. Me satisfizo la libertad de maneras que se observaba entre aquella gente; aunque Kenna era su más alto jefe, no por eso le demostraron el respeto exagerado de los soldados de una legión ante su pretor, sino que le hablaron con respetuosa igualdad, lo que demostraba cuánta importancia daba cada cual a su dignidad de hombre.

Desde el punto de vista de nuestras normas romanas, lo que dijo a sus hombres estaba muy desprovisto de elocuencia, porque en sus palabras no había elegancias ni metáforas; pero eran, en cambio, concisas, enérgicas y que venían a punto. Por lo menos, se veía que sus oyentes las entendían con toda claridad. Empezó recordándoles que habían abandonado su propio país porque toda la tierra estaba ya ocupada, y que no había que pensar en volver al mismo, porque en ningún lugar podían vivir como hombres libres e

independientes. La isla de Bretaña estaba muy poco poblada y tenían la oportunidad de encontrar para cada uno de ellos casa propia.

—Vosotros, los Whitta —dijo, dirigiéndose a algunos de ellos por su nombre—, encontraréis una aldea que se llamará Whitting, y vosotros, los Bucka, cuidaremos de que tengáis la de Bucking, donde vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos os bendecirán por la gran extensión de acres que vuestro valor habrá ganado para ellos.

En su discurso no se aludió para nada a la gloria o al honor; pero dijo que sabía que todos cumplirían con su deber. Al oírlo golpearon todos ellos sus escudos con las espadas, de manera que los británicos que estaban en la orilla pudieran oír el estrépito. Acto seguido, los ojos del jefe se posaron en mí; me preguntó si era yo el mensajero de Vortigern, y al contestarle afirmativamente, me pidió que le acompañase a su camarote, donde Lanc y Hasta, los otros jefes, esperaban para celebrar consejo.

Imagíneme, mi querido Crasso, en el interior de un camarote de techo muy bajo, con aquellos tres corpulentos bárbaros sentados a mi alrededor. Vestían una especia de túnicas color azafrán, con una cota de mallas encima, y tenían ante ellos, encima de la mesa, sendos cascos, que llevaban a cada lado un cuerno de buey. Igual que muchos de los jefes sajones, tenían las barbas afeitadas, pero llevaban los cabellos largos, y sus bigotes, enormes y rubios, les caían hasta los hombros. En su trato son amables, lentos, y algo torpones; pero me imagino que su furor ha de ser por ello más terrible cuando se despierte.

Su inteligencia parece ser de índole muy práctica y positiva, porque empezaron en el acto a plantearme una serie de preguntas acerca del número de los britanos, de los recursos del reino, de la condición en que se encontraba su comercio y otros temas por el estilo. Acto seguido, se pusieron a trabajar sobre la base de los datos que yo les había dado, absorbiéndose de tal manera en su discusión que yo creo que hubo momentos en los que se olvidaron de mi presencia. Después de la debida discusión, se procedió a decidir entre ellos las resoluciones por mayoría de votos, y el que se encontraba en minoría se sometía siempre, aunque a veces lo hiciese de muy mal talante. En una ocasión, Lanc, que por lo general disentía de la opinión de los otros dos, amenazó con llevar el asunto al voto general de toda la tripulación. Existía un conflicto permanente en el punto de vista del que partían: mientras Kenna y Hasta anhelaban extender el poderío de los sajones, dándose mayor prestigio a los ojos del mundo, Lanc opinaba que debían pensar menos en conquistas y más en la comodidad y en el enriquecimiento de sus seguidores. Sin embargo,

a mí me pareció que en realidad era Lanc el más combativo de los tres, hasta el punto de que, incluso en tiempos de paz, necesitaba aquellas disputas con sus otros hermanos. Estos no parecían tenerle gran simpatía; cada uno de ellos, según saltaba a la vista, estaba orgulloso de su jefatura, y anhelaba emplear su autoridad, hablando siempre de la noble progenie de la que procedía; en cambio, Lanc, aunque igualmente bien nacido, se colocaba siempre en el punto de vista de la gente del pueblo, sosteniendo que los intereses de la mayoría eran superiores a los privilegios de algunos pocos. En una palabra, Crasso, si usted se imagina a un Graco pirata, de un lado, y a dos patricios saqueadores, del otro, comprenderá el efecto que me produjeron mis compañeros.

Observé en su conversación una particularidad que me tranquilizó mucho. Yo siento gran simpatía por estos británicos entre los que he pasado una gran parte de mi vida, y sólo les deseo buena suerte. Me resultó, por consiguiente, muy agradable ver que estos hombres insistían durante su conversación en que la única finalidad de su visita era el bien de los isleños. Todo cuanto podía significar ventajas para ellos quedaba relegado a segundo término. Yo no veía claro de qué manera podían concertarse estas protestas con el discurso en el que Kenna había prometido a cada uno de los hombres de la tripulación un centenar de *pieles* de tierra (cada piel equivale a ciento veinte acres); pero cuando les hice esta advertencia, los tres jefes se mostraron muy sorprendidos y dolidos de mis recelos, y me explicaron con buenas razones que, puesto que los británicos los necesitaban como una guardia, la mejor manera de prestarles ayuda era asentándose en su propio suelo, a fin de encontrarse siempre a mano para acudir cuando los necesitasen. Con el tiempo, dijeron, confiaban en educar y adiestrar a los indígenas, hasta el punto de que pudieran defenderse por sí mismos. Lanc habló con cierta elocuencia de la nobleza de la misión que habían tomado a su cargo, y los demás chocaron sus tazas de hidromiel (había sobre la mesa una jarra de esta desagradable bebida) en señal de que estaban de acuerdo.

Observé también cuán interesadísimos e intolerantes eran estos bárbaros en la cuestión religiosa. No sabían absolutamente nada de cristianismo, de modo que, aun sabiendo que los británicos eran cristianos, no tenían la menor idea acerca de sus creencias. A pesar de lo cual, y sin examinar éstas, empezaron dando por sentado que el culto que rendían a Woden era el único y verdadero, y, por consiguiente, este otro credo era absolutamente falso. «Esta miserable religión», «esta fea superstición», «este error doloroso», fueron algunas de las frases que emplearon refiriéndose al cristianismo. En lugar de

expresar compasión hacia quienes tenían la desgracia de estar mal informados en una cuestión de tanta trascendencia, sentían ira, y manifestaban con gran seriedad que no ahorrarían molestias para enderezar aquel entuerto; y al decir esas palabras, palpaban las empuñaduras de sus anchas y largas espadas.

Bien; mi querido Crasso, ya estará usted cansado de mí y de mis sajones. Le he trazado un breve boceto de este pueblo y de su manera de ser. Con posterioridad al comienzo de esta carta he visitado los otros dos barcos que han llegado, y como en ellos he descubierto las mismas características, no me cabe duda de que se trata de cualidades arraigadas en la raza. Por lo demás, son hombres valerosos, audaces y muy constantes en todo lo que emprenden; mientras que los británicos, aunque mucho más exaltados, carecen de la misma firmeza de propósitos; sus imaginaciones más vivas les sugieren siempre algún otro camino, y a sus arrebatos pasionales les sucede siempre una reacción. Cuando yo contemplé desde la cubierta del primer barco sajón la multitud excitada y ondulante de británicos que había en la playa, al contrastar su actitud con la de los hombres concentrados y silenciosos que había a mi lado, me pareció más peligroso que nunca haber llamado a unos aliados de esa clase. Tan fuertemente lo sentí, que me volví hacia Kenna, que miraba también hacia la orilla, y le dije:

—Antes de que hayan acabado ustedes su tarea, se habrán hecho los dueños de esta isla.

Los ojos de Kenna relampaguearon sin dejar de mirar el espectáculo, y dijo por fin:

—Quizá sí.

De pronto rectificó y, pensando que había ido demasiado lejos, agregó:

—Una ocupación temporal, nada más que eso.

UN ICONOCLASTA

Fue al rayar el alba de una mañana del mes de marzo del año 92 de la era cristiana. La larga Semita Alta se hallaba ya concurridísima de gente, vendedores y compradores, visitantes y paseantes, porque los romanos eran un pueblo tan madrugador que más de un patricio señalaba de preferencia las seis de la mañana como hora para recibir a sus clientes. Ésa era la buena tradición republicana seguida todavía por los más tradición alistas; ahora bien: dentro de las costumbres más modernas de la vida regalona, no era cosa extraordinaria una noche dedicada al festín y a los placeres. Por esa razón, ciertas personas que habían aprendido lo nuevo, pero seguían fíeles a lo antiguo, se encontraban con las horas superpuestas y tenían que dedicarse a los negocios del día sin siquiera una simulación de dormir, pasando directamente a esas actividades desde su noche de desenfreno, y abordando con el cerebro amodorrado y la cabeza pesada las diversas rutinas formulistas que ocupaban la vida de un caballero romano.

Eso le ocurría a Emilio Flacco aquella mañana de marzo. Él y su compañero, el senador Cayo Balbo, habían pasado la noche en una de aquellas tétricas veladas dedicadas a la bebida, y para las que el emperador Domiciano solía invitar a sus amigos selectos en el gran palacio del Palatino. Llegados a los umbrales de la casa de Flacco, los dos amigos permanecieron debajo del pórtico orlado de granadas que precedía al peristilo y, fiados en su mucha y ya probada discreción, se desquitaron de la reserva obligada que tuvieron que guardar durante el melancólico festín, dando rienda suelta a su espíritu crítico.

—Si diese de comer a sus invitados por lo menos… —dijo Balbo, un noble corto de estatura, de cara rubicunda, colérico, de ojos irritados con estrías amarillas—. Pero ¿qué nos dio? Por vida mía, que ya ni me acuerdo. Huevos de chorlito, un revuelto de pescado, algún ave y sus insustituibles manzanas.

—De todo lo cual él comió sólo las manzanas —dijo Flacco—. Hazle por lo menos la justicia de reconocer que si es cierto que da poco, quita todavía

menos. Nadie puede decir de él lo que se dijo de Vitelio, que sus clientes habían empobrecido al imperio.

—Desde luego que no; ni tampoco su sed, aunque la tiene grande. Aquel grueso vino de la Sabina que nos sirvió puede conseguirse por algunos sestercios el ánfora. Es el vino que beben los carreteros en todas las tabernas que hay al borde de los caminos. Yo rabiaba por beberme un vaso de mi generoso vino de Falerno, o el suave de Coan, embotellado el año en que Tito se apoderó de Jerusalén. ¿Será ya demasiado tarde para hacerlo? ¿Por qué no hemos de quitarnos del paladar el sabor de aquel áspero vino?

—No; es preferible que me acompañes y que te eches al cuerpo un trago de una bebida amarga antes de dedicarte a tus ocupaciones. Estéfano, mi médico griego, tiene una receta eficacísima para despejar la cabeza por la mañana. ¿Cómo? ¿Que te están esperando tus clientes? Bueno; te veré más tarde en el Senado.

El patricio penetró en el atrio de su casa, alegrado por flores raras y lleno de las melodías de extraordinarios pájaros cantores. A la entrada del vestíbulo, fiel a sus obligaciones matinales, le esperaba Lebs, su pequeño esclavo nubio, con túnica de blancura de nieve y turbante, una bandeja de vasos en una mano, y en la otra una botella de un líquido de color limón. El dueño de la casa se hizo llenar un cubilete de la bebida amarga y aromática, y estaba a punto de bebérsela cuando tuvo la súbita percepción de que algo muy grave ocurría en su casa, y su mano se detuvo en seco. Lo leía en todo cuanto le rodeaba…, en la mirada de temor del muchacho negro, en el rostro emocionado del guardián del atrio, en la tristeza y el silencio del pequeño grupo de familiares que con el procurador o mayordomo a la cabeza se habían congregado para recibir a su amo. Estéfano, el médico; Cleios, el lector de Alejandría; Promo, el camarero, volvían las caras a otro lado para esquivar la mirada interrogadora del señor.

—Por vida de Plutón, ¿qué os ocurre a todos vosotros? —gritó el atónito senador, cuyas libaciones nocturnas no habían contribuido a aumentar su paciencia—. ¿A qué vienen esas caras de abatimiento? Estéfano, Vácculo, ¿ocurre algo malo? Ven aquí, Promo, tú que eres el jefe del personal de mi casa. ¿De qué se trata? ¿Por qué esquiváis mirarme cara a cara?

El corpulento mayordomo, cuya cara gordinflona estaba asustada y amoratada de miedo, apoyó su mano en la manga del criado que había junto a él:

—Sergio es el responsable del atrio, mi señor. Él es quien debe contaros la terrible desgracia que ha ocurrido durante vuestra ausencia.

—No, quien lo hizo fue Dato. Hacedle venir, y que él mismo se explique —dijo Sergio con voz asustada.

La paciencia del patricio estaba agotada, y gritó exasperado:

—¡Habla enseguida, granuja! Si te callas un minuto más te haré arrastrar hasta el ergástulo, y allí, con los pies en el cepo y los grilletes en las muñecas, aprenderás a obedecer sin tardanza. Habla, digo; pero inmediatamente.

—Se trata de la Venus —tartamudeó el hombre—. De la Venus griega de Praxíteles.

El senador dejó escapar un grito de recelo y corrió al rincón del atrio en el que un templete, cerrado por un cortinaje de seda, guardaba la preciosa estatua, el más rico tesoro de su colección artística…, quizá de las de todo el mundo. Apartó de un tirón las colgaduras y se quedó mudo de ira ante la diosa ultrajada. La lámpara roja y perfumada que ardía siempre ante ella había sido rota y desparramado su contenido; el fuego del altar había sido apagado, la guirnalda de la diosa había sido arrojada a un lado con violencia. Pero, lo peor de todo, el intolerable sacrilegio, era que su bello cuerpo desnudo, de mármol pantélico lustroso, tan blanco y delicado como, cuando quinientos años antes, lo había tallado el inspirado griego, había sido brutalmente maltratado. Tres dedos de la mano graciosamente extendida le habían sido arrancados de un golpe, y yacían junto a ella en el pedestal. Una marca negra, por encima de su pecho delicado, mostraba el lugar en que un golpe había desfigurado el mármol. Emilio Flacco, el más fino y juicioso de los entendidos en arte de Roma, miraba la obra maestra desfigurada. Se había llevado la mano a la garganta y jadeaba y glogloteaba. Luego se volvió hacia sus esclavos, con el furor pintado en su rostro convulso; pero éstos, con gran asombro suyo, no le miraban a él, sino que se habían vuelto, adoptando actitudes del máximo respeto, hacia la entrada del peristilo. Se volvió él también y vio entonces quién era el que había entrado en su casa; desapareció instantáneamente su furor, y adoptó una actitud tan humilde como la de sus criados.

El recién llegado era un hombre de cuarenta y tres años de edad, completamente afeitado, de cabeza maciza, ojos grandes y saltones, nariz pequeña y recta, y el cuello de toro que constituía el rasgo característico de su raza. Había avanzado por el peristilo con andar fanfarrón y ondulante, como quien camina por su propia casa, y ahora se detuvo con las manos en jarras, mirando primero a los esclavos inclinados, y, por último, al amo de éstos, con una expresión medio divertida en su cara encendida y brutal.

—¿Cómo es eso, Emilio? —preguntó—. Yo tenía entendido que el personal de tu casa era el más ordenado de Roma. ¿Qué ocurre esta mañana?

—Nada malo puede ocurrimos ahora que el César se ha dignado venir a mi casa —dijo el cortesano—. Es ésta la más grata sorpresa que habéis podido prepararme.

—Se me ocurrió más tarde —dijo Domiciano—. Cuando tú y los demás os retirasteis no estaba de humor para dormir, y se me ocurrió tomar un poco el aire por la mañana viniendo hasta tu casa para ver esa Venus griega que posees y sobre la cual discurseaste con tal elocuencia entre libación y libación. Pero, a juzgar por tu aspecto y por el de tus servidores, creo que he elegido mal el momento.

—No digáis eso, querido señor; no digáis eso. Pero sí que es cierto que en el momento de vuestra bien venida llegada me encontraba en dificultades, precisamente, porque así lo han querido los hados, a causa de esa misma estatua en la que tan graciosamente os habéis dignado mostrar vuestro interés. Ahí la tenéis, y, como vos mismo podéis ver, ha sido rudamente maltratada.

—Por Plutón y todos los dioses del infierno, que si la estatua fuese mía, alguien iba a servir de comida a las lampreas —dijo el emperador, mirando alrededor con ojos furiosos a los esclavos encogidos—. Siempre fuiste demasiado compasivo, Emilio. Es voz general que las cadenas de tu ergástulo están roñosas por falta de uso. Pero esto pasa de la raya. Veamos cómo tratas el caso. ¿A quién juzgas responsable?

—El esclavo Sergio es el responsable, porque tiene el atrio a su cuidado —dijo Flacco—. Adelántate, Sergio. ¿Qué tienes que decir?

Avanzó tembloroso el esclavo hacia su amo:

—Perdonad, señor; pero el daño lo hizo Dato, el cristiano.

—¡Dato! ¿Quién es Dato?

—El *matulator*, el barrendero, mi señor. Yo ignoraba que perteneciese a esa horrenda secta, y de haberlo sabido no le habría permitido el acceso. Entró con su escoba para barrer la basura de los pájaros. Se fijó en la Venus, y se abalanzó súbitamente contra la estatua descargándole dos golpes con su escoba de madera. Nos precipitamos sobre él y lo arrastramos de allí, aunque, por desgracia, era ya demasiado tarde, porque el malvado le había roto ya los dedos a la diosa.

El emperador se sonrió malignamente, en tanto que el patricio empalidecía aún más de ira.

—¿Dónde está ese individuo? —preguntó.

—En el ergástulo, Excelencia, con la horca en el cuello.

—Traédmelo enseguida aquí y llamad a todo el personal de la casa.

Unos minutos después se agrupaba en el fondo del atrio la abigarrada muchedumbre que atendía a los servicios de la casa del gran noble romano. Allí estaba el arcano o contable, con la pluma o estilo detrás de la oreja; el zalamero catador, que probaba de todos los platos y bebidas, interponiéndose de ese modo entre su amo y el veneno, y junto a él su antecesor en el cargo, que había caído en un semiidiotismo desde que veinte años antes interceptó una bebida de Caniddia en la que se había puesto una dosis de datura; el bodeguero, al que habían sacado de entre sus ánforas; el cocinero, con su cucharón en la mano; el solemne *nomenclátor*, que anunciaba la llegada de cada huésped; el *cubiculario*, o acomodador, que cuidaba de llevarlos al lugar que les correspondía; el *silenciario*, que imponía la compostura en la casa; el *structor*, que preparaba las mesas; el *carpton* que trinchaba la comida; el *cinerario*, encargado de encender los fuegos; éstos, y otros muchos más, acudieron medio curiosos, medio asustados, a presenciar el juicio de Dato. Tras ellos un enjambre de chachareantes y gorjeantes Lalages, Marías, Cerusas y Amarilis, salidas de sus cuartos de lavar y de hilar, y que ahora, empinadas sobre las puntas de los pies, asomaban sus bellas y curiosas caras por encima de los hombros de los varones. Por entre aquella multitud cruzaron los pajes conduciendo en medio de los dos al culpable. Era éste un hombre pequeño, moreno, de pelo áspero, con barba enmarañada y ojos extasiados que resplandecían con alguna fuerte emoción interior. Llevaba las manos atadas a la espalda, y en el cuello el pesado yugo de madera y horca, que se colocaba a los esclavos rebeldes. Una mancha sanguinolenta que le cruzaba el carrillo demostraba que no había salido indemne de la trifulca anterior.

—¿Eres tú el barrendero Dato? —preguntó el patricio.

El interpelado se irguió con orgullo y dijo:

—Sí, yo soy Dato.

—¿Fuiste tú quién causó estos destrozos a mi estatua?

—Sí, yo los hice.

Había una franca audacia, que imponía respeto, en la forma de contestar de aquel hombre. La ira de su amo se tiñó de interés.

—¿Por qué obraste así? —preguntó.

—Porque era obligación mía.

—¿Y cómo iba a ser obligación tuya destruir una cosa que es propiedad de tu amo?

—Porque yo soy cristiano.

En su cara morena, los ojos se encendieron con un súbito relampagueo.

—Porque no hay otro Dios que el único y eterno, y todos los demás son piedras y leños. ¿Qué tiene que ver esta ramera desnuda con ese único Dios, al que el inmenso firmamento le sirve de túnica y la tierra de escabel? En servicio de ese Dios he destrozado la estatua.

Domiciano miraba sonriente al patricio, y le dijo:

—Perderás el tiempo con él. Estos cristianos siguen expresándose de ese modo incluso cuando están delante de los leones en el circo. Y si se ponen a disputar, ni todos los filósofos de Roma juntos son capaces de hacerlos callar. En mi propia cara se niegan a ofrecer sacrificios en honor mío. Jamás hubo gentes tan irrazonables. Si yo estuviese en tu caso, no me andaría con rodeos.

—¿Qué me aconsejaría el César?

—Esta tarde se celebran juegos. Yo exhibiré el nuevo leopardo cazador que el rey Juba me ha enviado desde Numidia. Quizá nos divierta este esclavo cuando sienta en sus talones el olfateo de la bestia hambrienta.

El patricio meditó un instante. Había sido siempre como un padre para sus servidores. Le dolía hasta pensar que pudiera ocurrirles un grave daño. Entonces, si aquel fanático declaraba su pesar por lo que había realizado, quizá le perdonase. Valía por lo menos la pena intentarlo. Por eso le dijo:

—Tu falta se castiga con la muerte. ¿Por qué no había de aplicarte ese castigo siendo así que has dañado esta estatua, que vale varios centenares de veces lo que tú? El esclavo miró fijamente a su amo y le contestó: —No le tengo miedo a la muerte. Mi hermana Cándida murió en el circo y yo estoy dispuesto a correr la misma suerte. Es cierto que he causado un daño a la estatua, pero me encuentro propicio a ofrecerle a cambio una cosa que vale infinitamente más. A cambio de ese ídolo roto le daré a conocer la verdad y el Evangelio.

El emperador soltó una carcajada, y dijo:

—No sacarás nada de él, Emilio. Conozco de mucho tiempo atrás a esta ralea. Está dispuesto a morir; ya oyes que lo dice él mismo. ¿Para qué vas a perdonarle?

El patricio dudaba todavía. Iba a realizar el último esfuerzo. Dijo a los dos guardianes:

—Libradlo de sus cadenas. Quitadle ahora el yugo del cuello. Así. Ya ves, Dato, que te he dejado libre para demostrarte que confío en ti. Ningún daño se te causará si reconoces tu error, y das así, a todo mi personal aquí reunido, un ejemplo mejor.

—¿Y de qué manera queréis que reconozca mi error? —preguntó el esclavo.

—Inclina tu cabeza ante la diosa y pídele que te perdone el daño que le has causado. Quizá ganes también de ese modo mi perdón.

—Ponedme, pues, delante de ella —dijo el cristiano.

Emilio Flacco miró triunfalmente a Domiciano. Había logrado por la amabilidad y el tacto lo que no había logrado el emperador por la violencia. Dato caminó hasta colocarse delante de la Venus mutilada. De pronto, de un tirón súbito arrebató a uno de sus guardianes la garrota, saltó sobre el pedestal y empezó a descargar golpes sobre la encantadora mujer de mármol. Se oyó un chasquido y luego un golpe sordo en el suelo. La diosa había perdido su mano derecha. Otro golpe furioso, y se quedó sin la izquierda. Flacco daba saltos y alaridos de horror, en tanto que sus servidores apartaban a la fuerza al enloquecido iconoclasta de su impasible víctima. Resonó por el vestíbulo la carcajada brutal de Domiciano, que exclamó luego:

—¿Y qué te parece ahora, amigo mío? ¿Creías que sabías más que tu emperador? ¿Crees que puedes domesticar a los cristianos con amabilidades?

Emilio Flacco se enjugó el sudor de la frente, y contestó:

—Vuestro es, César. Haced con él lo que queráis.

—Que esté a la puerta de entrada de los gladiadores en el circo una hora antes de que empiecen los juegos —dijo el emperador—. Bien, Emilio: hemos pasado una noche alegre. Mi galera ligur espera junto al embarcadero del río. Ven, refresca tu cabeza con una gira hasta Ostia antes de que los negocios del Estado te llamen al Senado.

EL GIGANTE MAXIMINO

I. LA LLEGADA DE MAXIMINO

La Historia nos ofrece las más extrañas vicisitudes. Con frecuencia se han hundido los grandes en el polvo, amoldándose a su nuevo entorno. Los que eran pequeños subieron hasta lo alto, prosperaron allí durante algún tiempo y nuevamente cayeron en su antigua pequeñez. Monarcas ricos llegaron a ser pobres monjes; valerosos conquistadores perdieron su virilidad; eunucos y mujeres se impusieron a ejércitos y derribaron reinos. No existe, seguramente, una situación, entre cuantas es capaz de idear la imaginación del hombre, a la que no se haya dado forma y representado en el teatro del mundo. Pero entre las vidas más extraordinarias y los acontecimientos más asombrosos —más extraordinario que Carlos en su monasterio y que Justino en su trono—, se destaca el caso del gigante Maximino y lo que él consiguió. Y la manera en que lo consiguió. Voy a ceñirme al sobrio relato de la realidad histórica, aunque coloree los hechos de una manera que el historiador austero no admitiría. Esto mío es, pues, historia y novela.

En el corazón de la Tracia, a unos quince kilómetros al norte de las montañas de Rodope, se encuentra el valle Harpesso, llamado así por el arroyo que lo cruza. Corre por ese valle, de Este a Oeste, la carretera principal. En el mes de junio del año 210, caminaba por esa carretera un ejército romano, pequeño, pero compacto, que regresaba de una expedición contra los alanos. Componían el ejército tres legiones: la Joviana, la Capadociana y los hombres de Hércules. Iba en la extrema vanguardia la caballería gala, y cubría la retaguardia un regimiento de caballería de Batavia, que daba guardia personal al emperador Séptimo Severo, que había dirigido personalmente la campaña. Los campesinos, que estaban alineados en las pequeñas colinas que bordean el valle, miraban con indiferencia las largas filas de los infantes, cubiertos de polvo y cargados de impedimenta, pero

rompieron en murmullos de admiración complacida al ver las corazas doradas y los cascos altos, bronceados, y con penachos de largo pelo de los guardias a caballo; aplaudieron lo recio de sus figuras, su porte marcial y los magníficos corceles negros en que cabalgaban. Si entre los campesinos hubiese habido soldados, se habrían dado cuenta de que el verdadero terror de los enemigos del Imperio eran aquellos hombres pequeños y fatigados, con espadas cortas al cinto, pesadas lanzas sobre sus hombros, y los cuadrados escudos sobre las espaldas; pero, para los ojos de aquellos tracios atónitos, aquellos apolos resplandeciente^ eran los que llevaban sobre sus banderas la victoria de Roma y los que sostenían el trono del príncipe vestido con toga de púrpura que cabalgaba delante de ellos.

Entre los grupos de campesinos desparramados aquí y allá que contemplaban desde una distancia respetuosa el cortejo militar, había dos hombres que atraían mucho la atención de las personas que estaban a su lado. Uno de esos dos hombres era bastante vulgar —un hombrecito de cabeza blanca, toscamente vestido, encorvado y retorcido por una larga vida de duro trabajo cuidando cabras y cortando árboles entre las montañas—. Lo que había llamado la atención de los circunstantes era la apariencia de su juvenil compañero. Era de estatura tan gigantesca como sólo suelen verse uno o dos ejemplares en cada generación humana. Medía dos metros y medio desde la suela de sus sandalias hasta los rizos más altos de su cabello enmarañado. Sin embargo, a pesar de esa estatura tan imponente, aquel hombre no era ni pesado ni torpe de movimientos. Su espalda gigantesca no mostraba carne excesiva, y su cuerpo era tan erguido, resistente y ágil como un pino joven.

Ropa medio deshecha, de cuero pardo, colgaba junto a su cuerpo gigantesco, y a guisa de manto llevaba al hombro una piel de carnero sin curtir. Sus valerosos ojos azules, su melena de rubios cabellos y su tez blanca daban a entender que llevaba en sus venas sangre gótica o norteña, mientras que la expresión de asombro que exteriorizaba su cara ancha y franca al contemplar las tropas que desfilaban por delante, era indicio de haber llevado una vida sencilla y monótona en algún valle retirado de las montañas de Macedonia.

—Estoy creyendo que tu madre estaba en lo cierto cuando aconsejó que te quedases en casa —dijo con ansiedad el anciano—. Después de presenciar un espectáculo como éste, te va a parecer un trabajo aburrido el de cortar árboles y transportar madera.

—La próxima vez que yo vea a mi madre será para colocar en su cuello una cadena de oro —dijo el joven gigante—. En cuanto a ti, padre, no me

moriré sin llenarte de monedas de oro la bolsa de cuero.

El anciano miró a su hijo con ojos sobresaltados.

—¡No irás a abandonarnos, Theckla! ¿Qué sería de nosotros sin ti?

Pero el joven contestó:

—Mi sitio está entre esos hombres. No he nacido para pastorear cabras y llevar leños a cuestas, sino para vender mi hombría al mejor postor. Mi mercado está entre la guardia del emperador. No digas nada, papaíto, porque he tomado ya mi resolución, y si lloráis ahora, será para reír más tarde de alegría. Iré a Roma la Grande con los soldados.

La marcha diaria del legionario romano, pesadamente cargada, estaba fijada en treinta y cinco kilómetros, pero aquella tarde, a pesar de que sólo habían cubierto la mitad de esa distancia, las trompetas de plata lanzaron la grata noticia de que se iba a acampar. Cuando los hombres rompieron filas, los decuriones les hicieron saber el motivo de aquella marcha tan corta. Era el cumpleaños de Jeta, el hijo más joven del emperador, e iban a organizarse juegos en su honor, doblándose también la ración de vino. Ahora bien: la disciplina de hierro del ejército romano exigía que, bajo cualquier circunstancia, se cumpliesen determinados deberes, el más importante de los cuales era el dar seguridad al campamento. Dejando sus armas en el mismo orden en que estaban sus filas, los soldados empuñaron los picos y las palas y trabajaron rápidamente y con alegría, hasta dejar rodeado el campamento de un vallado en declive y de un ancho foso que les daba seguridad contra cualquier ataque nocturno. Después de eso, los millares de hombres formaron multitudes bulliciosas, alegres y gesticulantes en tomo al redondel cubierto de hierba en el que iban a tener lugar los juegos. La ladera de una colina alta y verde descendía suavemente hasta la llanura, y en ese declive se situó el ejército para contemplar las luchas de los atletas selectos que contendieron entre sí delante de ellos. Se tumbaron al claror del sol despojándose de sus pesadas túnicas, con las piernas y brazos formando tijeras abiertas; circulaban entre ellos copas de vino, canastillas de frutas y pasteles, y se dedicaron a gozar del descanso y de la paz como de cosas que muy pocas veces se presentan.

Había terminado la carrera de los siete kilómetros, ganada como siempre por el decurión Brenno, campeón indiscutible en carreras largas de la legión de los herculanos. Capelo, que pertenecía a los jovianos, se llevó entre los alaridos de sus compañeros los premios de salto en longitud y en altura. El corpulento Brebix, galo, había superado al altísimo guardia Serenus con la piedra de cien kilos. En el momento en que el sol trasponía el horizonte por el

Oeste, convirtiendo el arroyo Harpesso en una cinta de oro, terminaban las luchas, y en ellas, el flexible griego cuyo nombre verdadero quedó olvidado tras el apodo de *Pitón*, se enfrentó con el lictor de la policía militar, un hércules velludo y de cuello de toro, cuya pesada mano habían sentido no pocos de los espectadores cuando tuvo que cumplir con su deber.

En el momento en que los dos hombres, sin otra ropa que sus taparrabos, avanzaron hasta el cuadrilátero de la lucha, estallaron aplausos y contraaplausos entre los respectivos partidarios: unos estaban a favor del lietor porque tenía sangre romana, y otros, a favor del griego porque le guardaban rencor al lictor. De pronto, todos los aplausos se apagaron, las cabezas se volvieron a mirar hacia el declive, apartándose de la arena; los soldados se pusieron en pie, mirando en determinada dirección y apuntaron hacia allí con el dedo, hasta que, por último, en medio de un silencio impresionante, toda la gran multitud se olvidó de los atletas y se quedó mirando a un hombre aislado que avanzaba hacia ellos corriendo por la gran ladera verde de la colina. Aquella figura solitaria y gigantesca, que empuñaba una garrota de roble, la piel rugosa que colgaba de sus enormes hombros, y el sol poniente que formaba un halo luminoso en sus cabellos dorados, podría ser el dios tutelar de aquellas montañas salvajes y yermas de donde había salido. Hasta el mismo emperador se levantó de su silla y contempló con ojos dilatados de asombro al ser extraordinario que se le acercaba.

Aquel hombre, al que ya conocemos como Theckla, el tracio, no hizo caso alguno de la curiosidad que había despertado. Siguió avanzando, con paso tan ligero como el de un ciervo, hasta que llegó a la orla que formaban los soldados. Eligió su camino entre las filas abiertas, salvó de un salto las cuerdas que limitaban el cuadrilátero y se adelantó hacia el emperador, hasta que la punta de una lanza aplicada a su pecho le advirtió que no debía acercarse más. Entonces dobló su rodilla derecha y pronunció algunas frases en su lengua gótica.

El emperador exclamó:

—¡Por el gran Júpiter! ¿Quién vio jamás un hombre de esa corpulencia? ¿Qué es lo que dice? ¿Qué le pasa a este hombre? ¿De dónde viene y cómo se llama?

Un intérprete tradujo la contestación del bárbaro de este modo:

—Dice, gran César, que es hombre de buena sangre, nacido de padre godo y mujer alana. Afirma llamarse Theckla y que desea empuñar una espada en el servicio del César.

El emperador se sonrió, y dijo a uno de los prefectos:

—Desde luego, se podría encontrar un cargo para un hombre como éste, aunque sólo fuese de portero en el palacio Palatino. Me gustaría verle caminar, incluso tal como ahora está vestido, por el Foro de Roma. Volvería locas ala mitad de las mujeres. Háblale, Crasso. Tú conoces su lengua.

El oficial romano se volvió hacia el gigante:

—Dice el César que tienes que ir con él y que te colocará de servidor suyo en la puerta de palacio.

El bárbaro se levantó con las mejillas encendidas de resentimiento, y contestó:

—Serviré al César como soldado; pero no seré criado de nadie, ni siquiera de él. Si el César desea ver qué clase de hombre soy, que me ponga frente a uno de los de su guardia.

—¡Por vida de… que es un hombre valiente! —dijo el emperador—. ¿Qué dices tú, Crasso? ¿Le tomaremos la palabra?

—Con vuestro permiso, César —dijo el rudo soldado—, hoy no abundan los hombres que manejen bien la espada, y no podemos permitir que se maten los unos a los otros por pura diversión. Quizá si el bárbaro se aviniese a una lucha…

—¡Magnífico! —exclamó el emperador—. Ahí tenemos a *Pitón*, y ahí tenemos a Varo, el lictor, desnudos ambos para empezar la pelea. Échales un vistazo, bárbaro, y mira cuál de los dos eliges. ¿Qué contesta? ¿Que peleará con los dos? Si lo hace, será el rey de los luchadores o el rey de los fanfarrones, y pronto vamos a verlo. Déjale salirse con la suya, y si resulta desnucado, sólo a sí mismo tendrá que agradecerlo.

Se oyeron algunas risas cuando el campesino tiró al suelo su capa de piel de oveja y, sin siquiera tomarse la molestia de despojarse de su túnica de cuero, avanzó hacia los dos luchadores, pero las risas se convirtieron en carcajadas estrepitosas cuando, mediante un salto rápido, sujetó al griego debajo de uno de sus brazos y al romano debajo del otro, apretándolos igual que un tornillo. Acto seguido, mediante un tirón terrorífico, los levantó en vilo, se los llevó pateando y retorciéndose alrededor de la pista y, por último, avanzó hasta el trono del emperador y tiró al suelo a los dos atletas delante de él. Luego, tras inclinarse ante el César, el gigantesco bárbaro retrocedió y se sentó entre las filas de los soldados que le ovacionaban, contemplando desde allí con estólida despreocupación el resto de los juegos.

Aún era de día cuando terminó el último número del programa y los soldados regresaron al campamento. El emperador Severo había pedido su caballo y, acompañado por su prefecto favorito Crasso, cabalgó por el sendero

serpenteante que sigue el curso del Harpesso, conversando sobre la futura dispersión del ejército. Llevaban andados varios kilómetros cuando Severo miró hacia atrás y quedó sorprendido al ver que una figura gigantesca avanzaba al trote ligero junto a los mismos cascos traseros de su caballo.

—Por lo que veo, hemos encontrado entre las montañas de Tracia no sólo a Hércules, sino también a Mercurio —dijo sonriente—. Veamos la ventaja que nuestros caballos sirios le sacan.

Los dos romanos se lanzaron al galope y no tiraron de las riendas hasta llevar cubiertos un par de kilómetros largos a toda la velocidad de sus espléndidos corceles. Entonces se volvieron para mirar hacia atrás; pero allí estaba, a poca distancia, corriendo con la misma ligereza y agilidad que pregonaban unos músculos de hierro y una resistencia inagotable, el gigantesco bárbaro.

El emperador romano esperó hasta que el atleta llegó a donde estaban ellos, y le preguntó:

—¿Por qué me sigues?

—Espero, César, que pueda seguiros siempre. Mientras hablaba, su rostro encendido alcanzaba casi el nivel del rostro del romano, que iba a caballo. El emperador exclamó:

—¡Por el dios de la guerra, que no creo que pueda encontrar otro servidor igual en todo el mundo! Tú serás mi guardia de cuerpo, el hombre que estará siempre más cerca de mí.

El gigante dobló una rodilla y dijo:

—Mi vida y mi fuerza os pertenecen. No pido otra cosa que consagrarlas al César.

Crasso había traducido este breve diálogo. Ahora se volvió hacia el emperador, y le dijo:

—Si de veras ha de permanecer siempre al alcance de vuestra voz, César, convendría dar al pobre bárbaro un nombre que vuestros labios pudiesen pronunciar. El de Theckla es palabra ruda y áspera, propia de sus rocas nativas.

El emperador meditó un instante, y contestó:

—Si he de ser yo quien le ponga nombre, tendré por fuerza que llamarle Máximo, porque es el gigante máximo de toda la tierra.

—¡Bien! —dijo el prefecto—. El emperador se ha dignado otorgarte un nombre romano, puesto que has entrado a su servicio. De aquí en adelante ya no serás Theckla, sino Máximo. ¿Puedes repetirlo?

—Maximino —repitió el bárbaro, tratando de aprender la palabra romana.

El emperador se echó a reír al ver los esfuerzos que hacía, y dijo:

—Bueno, bueno; dejémoslo en Maximino. Para todo el mundo eres ya Maximino, el guardia de cuerpo de Severo. Cuando lleguemos a Roma, lo arreglaremos todo rápidamente para que vistas como corresponde a tu cargo. Por ahora camina con la guardia hasta que recibas nuevas órdenes mías.

Así fue como al reanudar su marcha al día siguiente el ejército romano, dejando atrás el hermoso valle de Harpesso, caminaba junto ala tropa imperial un recluta gigantesco, vestido de cuero pardo, con una tosca piel de oveja colgándole de los hombros. Pero allá lejos, en la casita de madera de un lejano valle de Macedonia, dos viejos campesinos lloraban lágrimas amargas y suplicaban a los dioses que protegiesen al muchacho que caminaba de cara hacia Roma.

II. LA ELEVACIÓN DEL GIGANTE MAXIMINO

Habían transcurrido exactamente veinticinco años desde el día en que Theckla, el gigantesco campesino de Tracia, se había convertido en Maximino, el guardia de la escolta personal del César. No habían sido aquellos años buenos para Roma. Ya no se vivía en los gloriosos tiempos imperiales de Adriano y de Trajano. Tampoco era la época de oro de los dos antoninos, cuando, por una vez, los más dignos y los más sabios ocuparon los cargos más elevados. Había sido una época de hombres débiles y crueles. Severo, el moreno africano, hombre rígido y entero, había muerto allá lejos, en York, después de luchar durante todo el invierno con los montañeses de Caledonia, una raza que de entonces acá ha adoptado el atuendo marcial de los romanos. Su hijo, conocido únicamente por el apodo de *Caracalla*, había reinado durante seis años de rijosidad y crueldad propias de un loco, antes que el cuchillo de un soldado furioso vengase la dignidad del nombre de Roma. El insignificante Macrino había ocupado el peligroso trono durante un solo año, para luego encontrar la muerte sangrienta dejando paso al más absurdo de todos los monarcas, al indecible Heliogábalo, de alma dañina y rostro pintado. Éste fue, a su vez, despedazado por la soldadesca, y Severo Alejandro, joven encantador que apenas había cumplido los diecisiete años, fue colocado en su puesto. Gobernó por espacio de trece años, esforzándose, con cierto éxito, por inyectar alguna energía y estabilidad al imperio que se derrumbaba; pero levantó contra él en esa tentativa a muchos

feroces enemigos, a unos enemigos a los que no tuvo ni energía ni talento para anular.

¿Y qué había sido, mientras tanto, del gigante Maximino? Había llevado sus dos metros y medio de humanidad por las tierras bajas de Escocia y por los desfiladeros de los Grampianos. Había visto morir a Severo y había servido bajo su sucesor. Había combatido en Armenia, en Dacia y en Germania. Le hicieron centurión sobre el campo de batalla cuando arrancó uno a uno, con sus propias manos, los pilotes de la empalizada de una población norteña, abriendo de ese modo camino para los asaltantes. Su fuerza física había provocado las bromas y la admiración de los soldados. Habían corrido por el ejército leyendas, que eran el comentario corriente en torno a las hogueras de los campamentos, sobre un duelo con un hachero germano en la isla del Rin, y cómo había roto una pata al caballo de un escita del puñetazo que le pegó. Se había ido abriendo camino hacia arriba gradualmente, y ahora, al cabo de un cuarto de siglo de servicio, era tribuno de la cuarta legión y jefe de reclutamiento para todo el ejército. El soldado novato sobre el que Maximino clavara su mirada furiosa, o al que levantara en vilo con una de sus manazas mientras le abofeteaba con la otra, recibía de ese modo su primera lección de disciplina en el servicio militar.

Cerraba la noche en el campamento de la cuarta legión, establecido en la orilla gálica del Rin. Al otro lado de las aguas iluminadas por el claror de la luna, entre espesos bosques que se extendían a lo lejos hasta el horizonte crepuscular, vivían las salvajes e indómitas tribus germánicas. Aguas abajo, en la orilla del río, la luz de la luna se reflejaba sobre los cascos de los centinelas romanos que allí mantenían la guardia. A lo lejos se agrandaba y empequeñecía en la oscuridad un punto rojo, que no era otra cosa sino la hoguera de la guardia del enemigo en la otra orilla.

El gigante Maximino estaba sentado fuera de su tienda, junto a algunos leños encendidos, en compañía de una docena de sus oficiales. Mucho había cambiado desde el día aquel en que le conocimos por vez primera en el valle de Harpesso. Su gigantesco cuerpo se mantenía tan erguido como siempre, y no había indicio de que hubiese disminuido su fuerza. Sin embargo, había avanzado en años. La rubia maraña de sus cabellos no existía ya, porque la presión continua del casco la había hecho desaparecer. El rostro fresco y juvenil se había endurecido y secado y mostraba las severas arrugas producidas por las preocupaciones y las privaciones. La nariz había tomado una forma más aguileña, los ojos tenían una mirada más astuta, la expresión de sus facciones era más cínica y más siniestra. Cuando era joven, cualquier

niño se le habría echado a los brazos. Ahora habría retrocedido, llorando ante su sola mirada. Eso era lo que veinticinco años con las águilas del ejército romano habían hecho de Theckla, el campesino de Tracia.

Ahora escuchaba la charla de sus centuriones, porque él era hombre de pocas palabras. Uno de ellos, el siciliano Balbo, había estado en el campamento principal de Maguncia, que sólo distaba siete kilómetros, y había presenciado el día anterior la llegada desde Roma del emperador Alexander. Los demás esperaban con ansiedad las noticias, porque eran tiempos de desasosiego, y palpitaba en el aire el rumor de que se preparaban grandes cambios.

—¿Cuánta gente traía? —preguntó Labieno, veterano de negras cejas, procedente del sur de la Galia—. Apostaría la paga de un mes a que su confianza no llegó hasta presentarse sin más compañía que su propia persona entre sus fieles legiones.

—No traía mucha fuerza —contestó Balbo—. Diez o doce cohortes de pretorianos y un puñado de gentes a caballo.

—Pues entonces ha metido su cabeza en la boca del león —exclamó Sulpicio, que era un joven acalorado de la Pentápolis africana—. ¿Cómo fue recibido?

—Con bastante frialdad. Apenas se oyó algún vítor cuando recorrió la línea.

—Esa gente está madura para lanzarse a hacer daño —dijo Labieno—. ¿Y qué tiene de extraño cuando somos nosotros, los soldados, quienes mantenemos el Imperio sobre nuestras lanzas, en tanto que los ociosos ciudadanos de Roma recogen toda la cosecha de la semilla que nosotros sembramos? ¿Por qué el guerrero no ha de quedarse con lo que el guerrero gana? Ellos creen que han cumplido con nosotros con echarnos nuestro denario por día.

—Sí —cloqueó un viejo refunfuñón de barba blanca—. ¿Qué les importa a ellos que nosotros perdamos nuestros miembros, nuestra sangre, nuestras vidas, mientras contengamos a los bárbaros, y ellos puedan seguir disfrutando en paz de sus festines y de sus fiestas del circo? El pan gratis, el vino gratis, los juegos gratis; todo, en una palabra, para el vagabundo que vive en Roma. Para nosotros, la guardia en la frontera y la soldada.

Maximino dejó escapar una carcajada ronca y dijo:

—El viejo Planeo había de ese modo; pero todos sabemos que por nada del mundo cambiaría él su escudo de acero por la toga del ciudadano. Viejo

sabueso, te ganaste ya la perrera, si así lo deseas. Vete, roe tu hueso y gruñe en paz.

—No, porque soy demasiado viejo para cambiar. Seguiré las águilas hasta que me muera. Sin embargo, preferiría morir sirviendo a un amo que fuese guerrero que a un sirio de larga túnica que procede de una raza de la que las mujeres son hombres y los hombres son mujeres.

Se oyó una carcajada en el círculo de soldados, porque la sedición y el motín estaban a punto de madurez en el campamento, y ni siquiera aquella salida del viejo centurión fue capaz de levantar una protesta. Maximino levantó su gran cabeza de mastín y miró a Balbo, preguntándole con voz significativa:

—¿Oíste en la boca de los soldados algún nombre? Recibió por toda contestación el silencio. El suspirar del viento entre los pinos y el apagado palmoteo del río parecían más sonoros en medio del silencio. Balbo miró con fijeza a su jefe y le contestó:

—Dos eran los nombres que se murmuraban de fila en fila. Uno, el de Ascenio Polio, el general. El otro…

El impetuoso Sulpicio saltó en pie, agitando por encima de su cabeza un tizón encendido y gritó:

—¡Maximinus! ¡Maximinus Imperator Augustus! ¿Quién podría decir de qué manera ocurrieron las cosas? Nadie lo había pensado una hora antes, y en un instante llegó a su plena realización. Apenas el grito del joven africano exaltado acabó de resonar en la oscuridad cuando desde las tiendas, desde las hogueras de guardia, desde los puestos de los centinelas, llegó la respuesta como un eco resonante: «¡Ave Maximinus! ¡Ave Maximinus Augustus!». Llegaron desde todas las direcciones en un alud los hombres a medio vestir, con ojos atónitos, alocados, con las bocas abiertas y ondeando por encima de sus cabezas gavillas de paja encendida o antorchas llameantes. Veintenas de manos alzaron en vilo al gigante y le entronizaron sobre los cuellos de toro de los legionarios, mientras vociferaban:

—¡Al campamento! ¡Al campamento! ¡Salve, salve el César soldado!

Severo Alexander, el joven emperador sirio, se paseaba aquella noche fuera del campamento de sus pretorianos, en compañía de su amigo Licinio Probo, capitán de la guardia. Hablaban con mucha gravedad de las caras ensombrecidas y el comportamiento sedicioso de los soldados. Negros barruntos de desgracia oprimían el corazón del emperador y se reflejaban en el rostro severo y barbudo de su acompañante. Este dijo:

—No me gusta todo esto. Mi consejo, César, es que con las primeras luces de la mañana nos pongamos en camino otra vez hacia el Sur.

—Pero sería una vergüenza que yo volviese de esa manera la espalda al peligro —contestó el emperador—. ¿Qué es lo que tienen contra mí? ¿Cómo los he perjudicado yo para que se olviden de sus juramentos y se subleven contra mí?

—Son igual que niños, que necesitan siempre alguna novedad. Ya escuchasteis el rumor que corrió por las filas cuando los pasabais en revista. Huid mañana, César, os digo, y vuestros pretorianos cuidarán de que no seáis perseguido. Quizá haya entre la legión algunas cohortes leales, y si juntamos nuestras fuerzas…

Su conversación se vio cortada por un griterío lejano, una especie de retumbo apagado y constante, parecido al crecimiento tumultuoso de una ola que avanza. Allá lejos, en la carretera misma en que ellos se encontraban, pestañearon muchas luces que se movían, alzándose y hundiéndose al mismo tiempo que avanzaban rápidamente; mientras tanto, el bramido áspero y tumultuoso se iba concretando en palabras articuladas, palabras tremendas, y siempre las mismas, repetidas mil veces. Licinio agarró por una muñeca al emperador y le arrastró a un lado, colocándose a cubierto de unas matas de arbustos.

—¡No os mováis, César! ¡No os mováis, por vida vuestra! —cuchicheó—. Una palabra y estamos perdidos.

Agazapados en la oscuridad, vieron pasar aquella loca procesión, en la que avanzaban atropelladamente figuras de hombres que daban alaridos, agitaban los brazos en alto, mostrando sus caras barbudas y congestionadas, tan pronto de color escarlata como grises, según las antorchas se inflamaran o se extinguieran. Oyeron el pataleo de muchísimos pies, el clamor de las voces enronquecidas, el golpear de metal sobre metal. Y de pronto, por encima de todo, vieron la figura de un hombre gigantesco, de unas colosales espaldas inclinadas, de salvaje expresión y ojos amenazadores de ave de presa, que miraba por encima de los escudos ondulantes. La vieron durante un instante en el centro de un círculo de fuego orlado de humo, y enseguida desapareció en la noche.

—¿Quién es ese hombre? Le llaman César —tartamudeó el emperador, agarrándose a la manga del jefe de su guardia.

—Con seguridad que se trata de Maximino, el pastor de Tracia.

El oficial pretoriano miró a su amo en la oscuridad con ojos extraños.

—Todo se acabó, César. Huyamos juntos a vuestra tienda.

Pero, cuando se dirigían a ella, estalló un nuevo griterío diez veces más clamoroso que el primero. Si éste había sido como un trueno de la ola que avanzaba, el otro era el bramido de la tempestad en pleno torbellino. Veinte mil voces habían estallado dentro del campamento en un grito salvaje, que repercutió en la noche y que escucharon los germanos, alrededor de sus lejanas hogueras de guardia, con admiración y con alarma.

—¡Ave! —clamaban aquellas voces—. *¡Ave Maximinus Augustus!*

El gigante, alzado en alto sobre los escudos, permanecía erguido y miraba hacia el enorme empedrado de caras vueltas hacia arriba que tenía a sus pies. Su alma salvaje se sintió removida por aquel clamor, pero sólo sus ojos llameantes pregonaban el fuego que ardía dentro. Saludó con un vaivén de la mano a los vociferantes soldados, igual que saluda el cazador a la jauría que salta en torno a él. Le entregaron una corona de hojas de roble, y golpearon sus espadas contra sus escudos en señal de homenaje cuando se la puso en la cabeza. Entonces se produjo un remolino entre la multitud que había delante del nuevo emperador; se abrió un pequeño pasillo, y un oficial con uniforme de pretoriano se arrodilló. Tenía la cara ensangrentada, tenía el desnudo antebrazo ensangrentado, tenía ensangrentada su espada desnuda. También Licinio se había visto arrastrado por la marea. Inclinó su cabeza ante el gigante y gritó:

—¡Salve, César, salve! Vengo desde donde quedó Alexander. Ya no os molestará nunca más.

III. LA CAÍDA DE MAXIMINO

Tres años llevaba sobre el trono el emperador soldado. Su tienda había sido su palacio, y su pueblo habían sido los legionarios. Entre ellos lo era todo: lejos de ellos no era nada. Con ellos había marchado desde una a otra frontera. Peleó contra los dacios, contra los sármatas, y nuevamente contra los germanos. Pero Roma no sabía nada de él, y toda su turbulencia se resolvió contra un amo que no se preocupaba de ella ni de lo que pensaba, hasta el punto de no dignarse poner jamás los pies dentro de sus muros. Se formaron camarillas y conspiraciones contra el César ausente. Entonces, la pesada mano de Maximino cayó sobre ellos y recibieron sus bofetadas lo mismo que los jóvenes reclutas que habían tenido que pasar por su disciplina. El emperador no sabía nada, y no le importaba, de cónsules, senados y leyes civiles. Sólo existían para él como fuerzas su propia voluntad

y la voluntad de su espada. Seguía siendo tan ignorante del comercio y de las artes como cuando abandonó su hogar de Tracia. Todo el inmenso Imperio era para él una máquina de producir dinero con el que pagar a las legiones. Si él no lo conseguía, sus compañeros soldados le cobrarían rencor. Para que cuidase de sus intereses le alzaron aquella noche sobre sus escudos. Había que reunir el dinero, aunque para ello hubiese que saquear los tesoros de las ciudades y profanar los templos. Ese era el punto de vista del gigante Maximino.

Pero surgió la resistencia, y entonces toda la feroz energía de aquel hombre, toda la dureza que le había llevado a la jefatura de otros hombres duros, saltó para aplastarla. Había vivido desde su juventud en medio de la matanza. La vida y la muerte significaban poco para él. Descargó con salvajismo sus golpes contra todos cuantos se le ponían por delante, y si éstos contestaban a su vez, seguía golpeándolos con mayor salvajismo todavía. Su sombra gigantesca se proyectaba trágica a lo largo de todo el Imperio, desde la Bretaña hasta Siria. Se desarrolló en él un extraño y sutil sentimiento vengativo. La omnipotencia hizo que llegasen a su máximo desarrollo todos sus defectos, hasta granar en crímenes.

Antaño se habían mofado de él por su rudeza. Ahora se despertó en Maximino un rencor sordo y peligroso contra todos los que le habían hecho objeto de sus burlas. Permanecía horas enteras sentado, con la áspera barbilla entre las manos y los codos apoyados en las rodillas, haciendo memoria de todas las desgracias y de todas las vejaciones de su primera juventud, cuando los ingenios romanos habían disparado sus pequeñas sátiras, ridiculizando su gigantismo y su ignorancia. No sabía escribir; pero su hijo Verus escribía los nombres en tablillas, y Maximino los enviaba al gobernador de Roma. Algunas gentes, que se habían olvidado hacía mucho tiempo de los insultos que le habían dirigido, se vieron de pronto llamadas para rendir una sangrienta reparación.

Estalló una rebelión en África, pero fue aplastada por un lugarteniente suyo. Sin embargo, el simple rumor de la misma conmocionó a Roma. El Senado recobró una parte de su antiguo espíritu, y lo mismo hizo el pueblo italiano. Se resistieron a seguir siendo constantemente atropellados por las legiones. Cuando Maximino se fue acercando desde la frontera, con la idea del saqueo de la rebelde Roma en su mente, se vio enfrentado por todos los síntomas de una resistencia nacional. Los campos quedaron desiertos, las explotaciones agrícolas abandonadas, y desaparecieron las cosechas y los ganados. Tropezó con la población fortificada de Aquileya. Se lanzó

furiosamente al asalto, pero encontró una resistencia no menos enconada. No hubo manera de forzar las murallas, y tampoco se pudieron encontrar víveres para sus legiones en toda la zona. Los hombres estaban hambrientos y descontentos. ¿Qué les importaba a ellos quién era emperador? Maximino no valía más que ellos. ¿Por qué habían de atraer sobre sus cabezas la maldición de todo el Imperio, sosteniéndole a él? Maximino vio sus rostros ceñudos y las miradas que esquivaban la suya, y comprendió que el final había llegado.

Aquella noche permaneció dentro de su tienda con su hijo Verus, y habló a éste con una dulzura y cariño que el joven no le había oído jamás. Así era como hablaba con Paulina, la madre del muchacho; pero hacía muchos años que había muerto, y se había llevado con ella todo cuanto aquel hombrachón tenía de gentileza y de cariño. En esos momentos parecía que el espíritu de la mujer estaba muy cerca de él, y el espíritu del gigante se veía amansado por su presencia.

—Querría que regresases a las montañas de Tracia —le dijo—. Mira, muchacho: yo he probado ambas cosas y puedo asegurarte que ninguna de las satisfacciones que proporciona el poder se iguala con la del soplo de la brisa y el perfume del ganado en una mañana veraniega. Esta gente nada tiene contra ti. ¿Por qué habrían de maltratarte? Mantente alejado de Roma y de los romanos. El viejo Eudoxio tiene dinero de sobra y te espera con dos caballos a la salida del campamento. Dirígete al valle de Harpesso, muchacho. De allí salió tu padre, y allí encontrarás a sus parientes. Compra y amuebla una casa y permanece alejado de los caminos de la grandeza y del peligro. Dios te guarde, Verus, y te haga llegar sano y salvo a Tracia.

Una vez que su hijo le besó la mano y se marchó, el emperador se embozó en su capa y permaneció largo rato meditando. Daba vueltas en su lento cerebro al pasado: a sus primeros días transcurridos en paz, a los años que había servido con Severo, a sus recuerdos de Bretaña, a sus largas campañas, a sus empresas y combates que desembocaron en aquella noche loca a orillas del Rin. Sus compañeros de armas le amaban entonces. Ahora había leído en sus ojos la muerte. ¿En qué les había faltado? Con otros quizá había sido injusto; pero los legionarios, al menos, ninguna queja podían tener contra él. Si pudiera volver a empezar, pensaría menos en los legionarios y más en su pueblo; trataría más bien de inspirar amor que terror; viviría para la paz y no para la guerra. ¡Si pudiera volver a empezar! Fuera de su tienda se oían pasos furtivos, cuchicheos tenebrosos y el apagado roce de armas. Un rostro barbudo asomó en el interior de la tienda y le miró: era un rostro moreno,

africano, que él conocía bien. Se echó a reír y, desnudando su brazo, empuñó la espada que estaba encima de una mesa próxima a él y dijo:

—Hola Sulpicio. No has venido para gritar: «*¡Ave Imperator Maximinus!*», como gritaste junto a la hoguera del campamento. Estáis cansados de mí, y por todos los dioses que también yo estoy cansado de vosotros y me siento feliz de acabar. Ea, avanzad y llevad a cabo lo que habéis decidido, porque yo tengo el capricho de ver a cuántos de vosotros soy capaz de llevarme conmigo al morir.

Se habían arracimado frente a la puerta de la tienda y miraban los unos por encima de los hombros de los otros, porque ninguno de ellos quería ser el primero en acometer a aquel gigante burlón y sonriente. Pero empujaron de pronto hacia delante algo que estaba clavado en la punta de una lanza. Cuando Maximino lo vio, dejó escapar un gemido y soltó la espada que cayó a tierra.

—Podías haber perdonado al muchacho —sollozó—. Ningún daño os hubiera hecho él. Acabad, pues, porque yo te seguiré muy gustoso.

Entonces le acometieron a puñaladas, mandobles y lanzazos, basta que se le doblaron las rodillas y cayó al suelo. Entonces gritaron:

—¡Murió el tirano! ¡Murió el tirano!

De todo el campo que se extendía a sus pies y desde lo alto de las murallas de la ciudad sitiada repercutió como un eco el grito de:

—¡Murió ya! ¡Murió Maximino!

Estoy sentado en mi despacho y tengo encima de la mesa una moneda de Maximino, tan nuevecita como cuando la envió desde la Casa de la Moneda el triunviro del templo de Juno Moneta. Alrededor figuran los sonoros títulos: «Imperator Maximinus, Pontifex Maximus, Tribunitia potestate», etc. En el centro está el cuño de una gran cabeza angulosa, de mandíbula maciza, cara ruda y combativa y frente ceñuda. A pesar de todos aquellos títulos pomposos, es la cara de un campesino, y yo le veo no como emperador de Roma, sino como el gigantesco patán de Tracia, el mismo que bajó por la ladera de la colina aquel lejanísimo día de verano en el que las águilas le llamaron por primera vez a Roma.

LA ESTRELLA ROJA

La mansión de Teodosio, el célebre mercader oriental, se alzaba en la mejor parte de Constantinopla, en la punta de mar que cae cerca de la Iglesia de San Demetrio. Allí era donde festejaba a sus amigos de manera tan principesca que hasta el emperador Mauricio solía acudir en secreto, desde el cercano palacio de Bucoleón para tomar parte en los festines nocturnos. Sin embargo, la noche en cuestión, que era la del día *4* de noviembre del año 630 de Nuestro Señor, sus numerosos invitados se habían retirado temprano, y sólo quedaban dos amigos íntimos, ricos mercaderes como él ambos, que siguieron charlando y bebiendo en la terraza de mármol, desde la que se distinguían a un lado las luces de las embarcaciones en el mar de Mármara, y al otro los faros que señalaban la ruta del Bosforo. A sus pies mismos, se extendía la estrecha faja de agua, sobre la que surgían al fondo, pequeñas y oscuras, las colinas asiáticas. Una tenue neblina ocultaba el firmamento; pero allá lejos, hada el Sur, brillaba ceñudamente en la oscuridad una única estrella roja.

La noche era fresca, la luz suave, y los tres hombres conversaban libremente, dejando volar su memoria hacia los días tempranos de su vida, cuando arriesgaban su capital, y con frecuencia sus vidas, en empresas que habían servido de base a sus riquezas actuales. El anfitrión hablaba de sus largos viajes por el norte de África, la tierra de los moros, de cómo había viajado, teniendo siempre el mar azul a su derecha, hasta más allá de las ruinas de Cartago, siguiendo luego siempre adelante hasta llegar a un océano de grandes mareas, cuyas olas rompían contra una playa amarilla que tenía delante, mientras a su derecha, por encima de las olas, podía distinguir la alta roca que señala las Columnas de Hércules. Hablaba de hombres de tez morena y rostro barbudo, de leones y de serpientes monstruosas. A continuación, Demetrio, el austero anciano de Cilicia, que había cumplido los sesenta, hizo un relato de cómo había conseguido reunir sus inmensas riquezas. Habló de un viaje aguas arriba del Danubio, atravesando el país de los feroces hunos, hasta que él y sus amigos se encontraron en la inmensa

selva de Germania, en las orillas del gran río al que llaman Elba. Habló en su relato de hombres corpulentos de inteligencia torpe, pero de instintos asesinos cuando estaban bebidos; de súbitas peleas de medianoche y de fugas nocturnas; de aldeas sepultadas entre apretados bosques; de sangrientos sacrificios paganos; de osos y de lobos que salían a los caminos de la selva. Los dos hombres más antiguos se sobrepujaron mutuamente en sus relatos y despertaron el uno en el otro los recuerdos, mientras que Manuel Ducas, el joven mercader que negociaba en oro y plumas de avestruz, cuyo nombre era ya conocido por todo Levante, permanecía callado y escuchaba la conversación de los otros dos. Sin embargo, acabaron por pedirle que contase él también una anécdota; entonces, apoyando su mejilla en la mano y el codo en la mesa, mientras sus ojos miraban fijamente la gran estrella roja que ardía en el Sur, empezó el joven su relato:

—La vista de esa estrella me trae a la memoria un hecho que me ocurrió. Yo desconozco el nombre que tiene la estrella, y el viejo astrónomo Lacaris me lo diría si yo se lo preguntase; pero no tengo ningún deseo de saberlo. Sin embargo, la busco siempre en el cielo en esta época del año, y nunca dejo de verla brillar en el mismo sitio. Pero me parece que hoy está más roja y es más grande que otros años. Hará diez años que realicé una expedición al interior de Abisinia, donde comercié con tan buen resultado que inicié mi viaje de regreso con más de un centenar de camellos cargados de pieles, marfil, oro, especias y otros productos africanos. Los traje hasta la costa del mar de Arsinoe, y desde allí los transporté en cinco pequeñas embarcaciones del país por el golfo de la Arabia. Por último desembarqué cerca de Saba, punto de arranque de las caravanas, y una vez reunidos mis camellos y contratada una guardia de cuarenta hombres, compuesta de árabes vagabundos, me puse en camino para Macoraba. Desde este punto, que es la ciudad sagrada de los idólatras de aquellas regiones, resulta siempre posible agregarse a las grandes caravanas que marchan dos veces al año, en dirección Norte, hacia Jerusalén y la costa de Siria. Nuestra ruta era larga y cansada. Quedaba a nuestra izquierda el golfo de Arabia, igual que un estanque de metal derretido bajo el resplandor del día, pero adoptando un color rojo de sangre todas las tardes en el momento en que el sol se hundía detrás de la lejana costa de África. A nuestra derecha teníamos un inmenso desierto, que se extiende, según he oído decir, a través de toda la Arabia y se pierde en el lejano reino de los persas. Durante muchos días no vimos señal alguna de vida fuera de nuestra larga y desperdigada línea de camellos cargados y de sus guardianes andrajosos y renegridos. En esos desiertos, la blandura de la arena apaga las pisadas de los

animales, y su caminar silencioso, día tras día, cruzando un escenario que nunca cambia, y que es también mudo, llega, por fin, a convertirse en una especie de rara pesadilla. Muchas veces, cuando yo cabalgaba detrás de mi caravana y contemplaba las figuras grotescas que transportaban mis mercancías delante de mí, encontraba difícil creer que todo ello fuese cosa real, y que yo, Manuel Ducas, que vivía cerca de la puerta de Teodosio, en Constantinopla, y que animaba con mis gritos en el hipódromo todos los domingos por la tarde a los Verdes, pudiera ser el mismo que se encontraba allí, en un país tan extraño y con camaradas tan especiales. De cuando en cuando, allá muy lejos, en el mar, teníamos la visión de las blancas velas triangulares de las embarcaciones que emplea aquella gente; pero como todos son barcos piratas, nos alegrábamos mucho de encontrarnos a buen seguro en tierra. En algunas ocasiones vimos también a orillas del agua unos hombres enanos (a decir verdad, era difícil asegurar que fuesen hombres o monos) que excavan sus habitaciones entre las algas marinas, beben agua de charcos nauseabundos y comen cualquier cosa que les venga a mano. Son los comedores de peces, los ictiófagos, de los que habla Heródoto, y que son, con toda seguridad, lo más bajo de la raza humana. Nuestros árabes retrocedían horrorizados al verlos, porque es bien sabido que, si alguien muere en el desierto, esos enanos se acercan a los cadáveres, igual que grajos comedores de carroña, y sólo dejan los huesos mondos. Al vernos pasar nos hacían muecas, cloqueaban y agitaban sus brazos desmedrados, sabiendo que, si nosotros los perseguíamos, ellos podían lanzarse al mar y ponerse a nado fuera de nuestro alcance. Se dice que hasta los tiburones rechazan con repugnancia sus cuerpos venenosos. Llevábamos caminando de esa manera diez días, y todas las tardes acampábamos en unos pozos repugnantes, que ofrecían una cantidad pequeña de agua nauseabunda. Teníamos por costumbre madrugar mucho y viajar hasta muy avanzada la noche, pero hacíamos alto durante las horas de calor intolerable de la tarde; entonces, a falta de árboles, nos acurrucábamos a la sombra de alguna duna o, si tampoco la había, detrás de nuestros propios camellos cargados, para salvarnos del insoportable calor del sol. Ai séptimo día nos hallábamos próximos al punto en que la ruta se desvía de la costa para tirar tierra adentro en dirección a Macoraba. Habíamos terminado nuestro descanso del mediodía y estábamos a punto de reanudar la marcha cuando, al levantar la vista, vi un espectáculo extraordinario. En pie sobre un montículo que quedaba a nuestra derecha se veía a un hombre que tendría sus doce metros de estatura y que empuñaba una lanza del tamaño del mástil de una gran embarcación. Habéis puesto cara de

sorpresa, amigos míos, de modo que ya imaginaréis los sentimientos que yo experimenté a la vista de aquello. Pero no tardó mi razón en hacerme comprender que lo que tenía delante de mí era en realidad un árabe vagabundo, cuya figura se me aparecía enormemente agrandada por los extraños efectos de distorsión de las imágenes que produce a veces el aire cálido del desierto. Sin embargo, la aparición real causó entre mis compañeros una alarma superior a la que la aparición imaginaria me había causado a mí. Retrocedieron, lanzando un alarido de abatimiento, y formaron un grupo asustado; miraban hacia la figura del montículo y señalaban hacia ella entre gesticulaciones. El jefe de la escolta vino corriendo hacia mí y me comunicó cuál era la causa de su terrón habían reconocido, yo no sé por qué características de las prendas con que se cubrían la cabeza, a los hombres de la tribu de los Dilwas, la más feroz y menos escrupulosa de las tribus de beduinos. Era evidente que nos habían preparado una emboscada en aquel punto, con el propósito de apoderarse de nuestra caravana. Al pensar en todos los esfuerzos que yo había hecho en Abisinia, en lo largo de mis viajes y en los peligros y fatigas por los que había pasado, no quise imaginar el desastre total que se me venía encima en el último momento, y que no sólo iba a despojarme de los beneficios que pensaba alcanzar, sino también del dinero que había invertido primitivamente. Resultaba evidente, sin embargo, que los merodeadores eran demasiado numerosos para que nosotros pudiésemos ofrecerles resistencia y que deberíamos considerarnos muy afortunados si salvábamos la vida. Sentado encima de un fardo, encomendé mi alma a la bienaventurada Santa Elena, mientras contemplaba con ojos abatidos el avance furtivo y amenazador de los ladrones árabes.

Quizá se debió a nuestra buena suerte, o quizá a la magnífica ofrenda de velas de cera, de las de cuatro en libra, que prometí mentalmente a la bienaventurada Elena; lo cierto es que un instante después escuché un clamoreo de júbilo que lanzaban mis propios seguidores. Me subí encima del fardo para ver mejor y me sentí invadido de alegría al distinguir una larga caravana, de no menos de quinientos caballos, protegida por una numerosa guardia armada, que venía por la ruta de Macoraba. No hará falta que os diga que entre las caravanas existe la costumbre de unir sus fuerzas contra los ladrones del desierto. Eramos ahora los más fuertes, con la ayuda de los recién llegados. Los merodeadores lo reconocieron enseguida, porque desaparecieron como si se los hubiesen tragado las arenas en que nacieron. Corrí hasta lo alto de un montículo de arena y llegué a tiempo para ver alzarse en remolinos una nube de polvo por la amarilla llanura adelante, los largos

cuellos de los camellos y el ondular de las anchas ropas de los jinetes, junto con el centelleo de las puntas de sus lanzas, que sobresalían del corazón de la misma. Así desaparecieron aquellos merodeadores. Pero pronto pude ver que no había hecho sino cambiar un peligro por otro. Tuve al principio la esperanza de que aquella caravana pudiera pertenecer a algún ciudadano romano o, por lo menos, a algún sirio cristiano, pero me encontré con que estaba compuesta totalmente de árabes. Los comerciantes árabes establecidos en las numerosas ciudades de Arabia son, desde luego, gente mucho más pacífica que los beduinos del desierto, que son los hijos de Ismael, de los que habla la Sagrada Escritura. Pero la raza árabe es avariciosa y desleal, y por eso temí lo peor al ver a varios centenares de hombres formados en semicírculo frente a nuestros camellos, contemplando con ojos ansiosos mis cajas de metales preciosos y mis fardos de plumas de avestruz. El jefe de la caravana era un hombre de aspecto digno y que producía una impresión extraordinaria: andaría por los cuarenta años. Era de perfil aguileño, de majestuosa barba negra y de mirada tan luminosa, tan investigadora y tan intensa, que no alcanzo a recordar otra que pueda comparársele en todas mis andanzas. Contestó con una inclinación formularia a mis expresiones de gracias y a mis saludos, y permaneció acariciándose la barba y contemplando en silencio las riquezas que tan súbitamente habían caído en su poder. Un murmullo que se alzó de entre sus seguidores fue la expresión de la ansiedad con que todos esperaban la orden de lanzarse sobre el botín. Un joven bergante que parecía hallarse en relación íntima con el jefe se acercó a su lado y le expresó con palabras los deseos de sus compañeros. «Desde luego, ¡oh venerable!, estas gentes y este tesoro han sido entregados a nuestras manos. Si regresamos con él al lugar santo, ¿quién, entre todos los Koraish, dejará de ver el dedo de Dios que nos ha guiado a nosotros?. —Pero el jefe movió la cabeza negativamente, y contestó—: No, Alí; no puede ser. Este hombre es, por lo que veo, ciudadano romano, y no conviene que le tratemos como a un idólatra». «Pero no es un creyente —exclamó el joven, palpando un gran cuchillo que colgaba de su cinturón—. Si yo fuera quien sentenciase, no sólo perdería sus mercancías, sino también la vida, a menos que aceptase nuestra fe. —El de más edad se sonrió y volvió a negar con la cabeza—: No, Alí; eres demasiado arrebatado, si tenemos en cuenta que todavía no llegan a trescientos los creyentes que hay en el mundo. Si tuviéramos que quitar las vidas y las haciendas a todos los que no están con nosotros, no alcanzarían nuestras manos a todo. Nunca olvides, querido muchacho, que la caridad y la honradez son el cabestro y la bandera de la verdadera fe». «Entre los

creyentes, —dijo el feroz mozalbete—. No; para todos. Es la ley de Alá. Y, sin embargo —y al decirlo se ensombreció su rostro y sus ojos brillaron con luz siniestra—, pronto vendrá el día en que habrá pasado la hora de la misericordia, ¡y ay entonces de los que no quisieron escuchar! Entonces se desenvainará la espada de Alá y no volverá a envainarse hasta que esté segada toda la cosecha. Caerá primero sobre los idólatras, y será el día en que mis mismos parientes, mi propio pueblo, los descreídos koraishitas, serán dispersados, y la Caaba de los trescientos sesenta ídolos será después casa y templo del Dios único, que no admite rival en la tierra ni en el cielo». Los seguidores de aquel hombre se habían reunido en torno a él empuñando sus lanzas y tenían clavados en él sus ojos ardientes. El entusiasmo fanático que convulsionaba aquellos rostros atezados indicaba el grado de amor y de respeto que sentían por su jefe. «Sabremos esperar —les dijo—, pero llegará el instante, el año que viene o al siguiente, en que el ángel Gabriel me traerá el mensaje de que ha pasado ya el momento de las palabras y ha llegado el de las espadas. Somos pocos y débiles, pero si tal es su voluntad, ¿quién podrá contra nosotros? ¿Perteneces a la fe judaica, extranjero?. —Le contesté que no, y él me dijo, con la misma expresión de ira furiosa en su rostro moreno—: Tanto mejor para ti. Primero caerán los idólatras; después, los judíos, porque éstos no han reconocido a los profetas que ellos mismos habían anunciado. Les tocará por último a los cristianos, que siguen a un auténtico profeta, más grande que Moisés y que Abraham, pero que han pecado por haber confundido a una criatura con el Creador. A cada cual, por su turno, les llegará el día en que tendrán que rendir cuentas: al idólatra, al judío, al cristiano». Los harapientos que tenía detrás blandían sus lanzas mientras él hablaba. No podía dudarse de la seriedad con que tomaban todo aquello; pero al fijarme en sus ropas miserables y en su armamento sencillo, no pudieron menos que hacerme sonreír sus ambiciosas amenazas, porque me representé la muerte que correrían si tuviesen que batallar contra nuestros guardias imperiales armados de hachas, o contra la caballería pesada de los lanceros armenios. No hará falta que diga que fui lo suficientemente discreto para guardarme para mí esas reflexiones, porque no deseaba ser el primero de los mártires de ese nuevo enemigo de nuestra santa fe.

Había llegado ya la noche, y decidimos que las dos caravanas acamparían juntas, resolución que yo acogí con verdadera satisfacción, porque no estábamos seguros de que no volverían a presentarse los merodeadores. Yo había invitado al jefe de los árabes a que cenase conmigo. Después de largas oraciones, hechas en compañía de sus seguidores, acudió a reunirse conmigo,

pero rechazó mi tentativa de mostrarme espléndido. No probó ni una gota del vino excelente que yo había desempaquetado para él, ni quiso tocar ninguno de los finos manjares míos, contentándose con pan duro, dátiles secos y agua. Después de aquella colación, nos quedamos a solas junto a la hoguera en brasas, teniendo sobre nosotros el arco magnífico del firmamento, de un azul vivo y oscuro, tachonado de estrellas límpidas y centelleantes como sólo pueden verse en aquella atmósfera seca del desierto. Delante de nosotros se extendía nuestro campamento, no llegando a nuestros oídos otros ruidos que el apagado murmullo de las voces de nuestros compañeros y, de cuando en cuando, el agudo aullido de algún chacal entre las dunas que nos rodeaban. Permanecí sentado frente a aquel hombre extraño; el resplandor del fuego proyectaba su luminosidad sobre sus facciones imperiosas y se reflejaba en sus ojos apasionados. Fue aquélla una vigilia de lo más extraordinaria, que no se borrará nunca de mi recuerdo. En el transcurso de mis viajes he tenido ocasiones de conversar con hombres sabios y célebres, pero ninguno me ha producido la impresión de aquél. Y, sin embargo, una gran parte de las cosas que me decía me resultaban ininteligibles, a pesar de que, según ustedes saben, hablo el idioma de los árabes como si fuese uno de ellos. Su conversación se elevaba y descendía de la manera más sorprendente. Era unas veces balbuceo de niño, incoherente alucinación de fanático otras, y a veces, altísimo ensueño de un profeta y de un filósofo. Sus anécdotas de demonios, de milagros, de sueños, de presagios, parecían en ocasiones cuentos de vieja para entretener en una velada a los niños. Otras hablaba, con el rostro resplandeciente, de sus conversaciones con los ángeles, de los propósitos del Creador, del final del Universo, y entonces experimentaba yo la sensación de encontrarme en compañía de alguien que era más que mortal, de alguien que era mensajero directo del Altísimo. Había razones poderosas para que me tratase con tanta confianza. Me consideraba como mensajero que podía llevar su mensaje a Constantino pía y al Imperio Romano. De la misma manera que San Pablo había llevado el cristianismo a Europa, esperaba que yo pudiera traer sus doctrinas a mi ciudad nativa. Pero, valgan lo que valgan esas doctrinas, yo no estoy hecho del material con que se fabrican los Pablos. Durante aquella larga noche arábiga se esforzó aquel hombre por convertirme a su fe por todos los medios a su alcance. Llevaba un libro santo, que, según dijo, le había sido dictado por un ángel y estaba escrito en tablillas de hueso, que guardaba en la morralera de un camello. Me leyó algunos de sus capítulos; pero aunque sus preceptos eran buenos por lo general, el lenguaje me pareció fantástico y extravagante. Había momentos en los que apenas

conseguí conservar mi seriedad. Aquel hombre tenía planeados ya sus pasos futuros. A decir verdad, oyéndole hablar resultaba difícil hacerse a la idea de que era sólo un jefe trashumante de una caravana árabe, y no precisamente de las mayores. «Dentro de algunos años, cuando el Señor me haya otorgado poderío suficiente, reuniré bajo mi bandera toda Arabia. Extenderé desde allí mis doctrinas a Siria y a Egipto. Hecho esto, las llevaré a Persia, dándoles a elegir entre la verdadera fe y la espada. Cuando me haya apoderado de Persia, me será fácil dominar Asia Menor y abrirme paso hasta Constantinopla. —Me mordí los labios para no reírme, y le pregunté—: ¿Y cuánto tiempo pasará antes de que vuestras tropas victoriosas lleguen al Bosforo?». «Esas cosas están en manos de Dios, cuyos servidores somos. Es posible que para cuando ocurran yo haya pasado a otra vida; pero todo cuanto te he dicho se cumplirá antes de que lleguen a su término las vidas de nuestros hijos. Mira esa estrella —me dijo, apuntando hacia un hermoso lucero que brillaba con claridad por encima de nuestras cabezas—. Ése es el símbolo de Cristo. Fíjate con qué paz y serenidad brilla, lo mismo que sus enseñanzas y la memoria de su vida». Extendió entonces su mano en dirección a una borrosa estrella roja que había sobre el horizonte, esa misma estrella que estamos viendo ahora, y continuó: «Pero mi estrella es esa otra, que anuncia ira, guerra y castigo para los pecadores. Y, sin embargo, ambas son estrellas, y cada cual obra según los mandatos de Alá».

Ésta es la aventura que surgió a mi memoria a la vista de esa estrella. Sigue allá en el Sur, roja y amenazadora, tal como yo la vi aquella noche del desierto. Por allí, yo no sé dónde, aquel hombre trabaja y se esfuerza. Puede haber muerto apuñalado por algún fanático, o puede acabar en alguna escaramuza entre las tribus. Pero si vive, había en su mirada y en su expresión algo que me asegura que Mohamed, hijo de Abdalá, porque así se llamaba, presentará de alguna manera extraordinaria el testimonio de la fe que lleva en su interior.

EL ESPEJO DE PLATA

3 de enero

Esta tarea de las cuentas de White y Whotherspoon ha resultado gigantesca. Son veinte gruesos archivadores los que hay que estudiar y comprobar. ¿No aspiro a socio joven de la firma? Ahora bien: éste es el primer asunto de importancia que han dejado totalmente en mis manos. Es preciso que yo justifique esa aspiración. Pero mi labor deberá estar completa a tiempo, para que puedan los abogados disponer de los datos antes de la vista de la causa. Johnson dijo esta mañana que tendría que comprobar hasta la última cifra antes del día 20 de este mes. ¡Válgame Dios! Vamos, pues, a ello, y si el cerebro y los nervios de una persona son capaces de sostener semejante esfuerzo, llegaré en el asunto hasta el final. Esto supone trabajo de oficina desde las diez hasta las cinco, y más tarde, otra sentada desde las ocho de la noche hasta la una de la madrugada. La vida de un contable es dramática. Cuando yo me veo en las tranquilas horas de la madrugada, mientras todo el mundo duerme, persiguiendo columna tras columna las cifras que faltan y que presentarán como delincuente a quien es hoy un respetado concejal, tengo conciencia de que, después de todo, la profesión de contable no es tan prosaica como podría parecer.

El lunes descubrí el primer rastro del desfalco. Jamás un cazador de caza mayor sintió escalofrío tan delicioso al descubrir la primera huella de la pieza que busca. Pero miro a los veinte legajos y me pongo a pensar en la manigua por entre la cual tendré que perseguirlo hasta conseguir cazarlo. ¡Duro trabajo, sí; pero también, a su manera, un deporte extraordinario! Una vez vi al voluminoso individuo en cuestión durante una comida en la City. Su cara rubicunda resplandecía por encima de una blanca servilleta. Miró él también al hombrecito pálido que estaba sentado al otro extremo de la mesa. También su cara rubicunda habría empalidecido si hubiese sabido cuál era la tarea que me esperaba.

6 de enero

¡Qué sandez la que cometen los médicos cuando prescriben reposo a quienes el reposo es imposible! ¡Qué asnos! Lo mismo podrían decirle a gritos a un hombre perseguido por una manada de lobos que lo que necesita es tranquilidad absoluta. Tengo que tener preparadas mis cuentas para una fecha fija: si no lo consigo, habré perdido la gran oportunidad de mi vida.

¿Cómo diablos, pues, voy a tomar un descanso? Después de que haya tenido lugar la vista del proceso, me tomaré una semana o cosa así.

Quizá el insensato fui yo presentándome al médico. Pero la verdad es que cuando trabajo de noche y solo, me siento nervioso e inquieto en alto grado. No es que me duela nada. Se trata de una especie de plenitud dentro del cráneo, acompañada de cuando en cuando de una bruma delante de la vista. Pensé que quizá me beneficiase tomar algo de bromuro, de doral o de alguna otra cosa por el estilo. Pero ¿suspender el trabajo? Es absurdo pedirme semejante cosa. Es como una carrera de fondo. Empieza uno a sentir una cosa rara, con palpitaciones del corazón y jadeos de los pulmones; pero basta con que se tenga la energía de resistir y continuar en la carrera para que se consiga lo que se llama el segundo resuello. Seguiré firme, pues, en mi trabajo y esperaré el segundo resuello. Y si éste no llega nunca, seguiré, a pesar de todo, firme en mi trabajo. Revisé ya dos legajos, y llevo muy adelantado el tercero. El muy granuja ha tenido buen cuidado de borrar sus huellas; pero, con todo y con eso, las descubro.

9 de enero

Tenía el propósito de no volver a visitar al médico; pero no tuve más remedio. «Que estoy forzando mis nervios, que corro el peligro de un derrumbe total, que puedo, incluso, terminar loco». ¡Bonita cosa el que le disparen a uno a quemarropa un dictamen así! Bueno; pues seguiré forzándolos, correré ese peligro y seguiré el rastro de ese viejo tunante mientras pueda permanecer sentado en la silla y sea capaz de mover la pluma.

A propósito, bien puedo poner aquí por escrito la extraña experiencia que me llevó esta segunda vez a ver al médico. Llevaré un registro exacto de mis síntomas y sensaciones, porque resultan interesantes por sí mismas… El médico ha dicho que se trata de un curioso estudio psicofisiológico… y también porque tengo la absoluta seguridad de que cuando haya acabado con ellos han de parecerme una cosa borrosa e irreal, algo así como una extraña ensoñación que se tiene, medio dormido, medio caminando. Por eso ahora, mientras aún están frescos, los pondré por escrito aunque sólo sea para distraer mi pensamiento después de tanto revisar números.

Hay en mi habitación un antiguo espejo con marco de plata. Me lo regaló un amigo aficionado a las antigüedades, y él, según me enteré, se lo proporcionó en una almoneda sin siquiera sospechar su procedencia. Es un artefacto grande (tres pies de ancho por dos pies de alto), y mientras escribo lo tengo a mi izquierda, apoyado contra un lado de la mesa. El marco es liso, de unas tres pulgadas de anchura, y muy antiguo; demasiado antiguo para determinar su edad por las marcas de contraste y otros métodos corrientes. La parte de cristal tiene los bordes biselados y se proyecta hacia delante, poseyendo la magnífica potencia de reflejo que, según mi parecer, sólo puede encontrarse en los espejos muy antiguos. Cuando uno se mira en éste, recibe una sensación de perspectiva que no puede proporcionar ninguno de los espejos modernos.

El espejo está colocado de manera que, mientras yo trabajo sentado delante de la mesa, no suelo ver en su luna otra cosa que la imagen de las cortinas rojas de la ventana. Pero la noche pasada me ocurrió algo extraño. Llevaba trabajando varias horas, muy a contra voluntad, con ataques continuos de esa niebla ante los ojos de la cual ya me he quejado. Una y otra vez me vi obligado a interrumpir el trabajo para que se me aclarasen. Pues bien: en una de esas ocasiones miré por casualidad al espejo. Observé que tenía la más sorprendente apariencia. Las cortinas rojas que hubieran debido reflejarse en él no se veían por parte alguna y, en cambio, la luna de aquél parecía nebulosa y cubierta de vaporosidad, pero no en la superficie, que brillaba igual que el acero, sino allá al fondo, en la misma fibra del material. Al quedarme mirando fijamente esa opacidad, tuve la impresión de que giraba lentamente de un lado para otro, hasta que se convirtió en una nube blanca y espesa que remolineaba, formando pesadas espirales. Era tan real y palpable, y tan razonador seguía siendo yo, que me volví con la idea de que las cortinas estaban ardiendo. Sin embargo, en la habitación estaba todo en una inmovilidad de muerte; no se oía ningún ruido fuera del tictac del reloj, ni se advertía otro movimiento que el lento remolinear de aquella extraña nube lanuda, allá en lo más profundo del antiguo espejo.

Mientras miraba, la niebla, humo, nube o como quiera llamársele, pareció coagularse y solidificarse en dos puntos muy próximos el uno al otro, y yo advertí, con un escalofrío de interés más que de temor, que eran dos ojos y que miraban hacia el interior de la habitación. Conseguí distinguir los perfiles confusos de una cabeza, que, a juzgar por los cabellos, tenía que ser de mujer, aunque todo eso estaba muy confuso. Lo único claro eran los ojos; ¡y qué ojos! Negros, brillantes, rebosando emoción apasionada, no podría decir si de

enojo o de horror. Jamás he visto yo unos ojos tan llenos de vida intensa y palpitante. No estaban fijos en mi persona, sino que miraban al interior de la habitación. Me erguí en mi asiento, me pasé la mano por la frente e hice un gran esfuerzo consciente por tensar mi voluntad; entonces, aquella cabeza difusa se esfumó en la opacidad general, el espejo se fue clareando poco a poco y volvieron a aparecer las cortinas rojas.

Las personas escépticas dirán, sin duda, que yo me quedé dormido sobre mis números, y que mi pretendida experiencia no fue otra cosa que un sueño. La realidad es que en toda mi vida nunca estuve más despierto que entonces. Incluso mientras veía todo aquello, razonaba conmigo mismo, y me decía que todo era una impresión subjetiva, una quimera de los nervios, producida por la preocupación y el insomnio. Pero ¿por qué razón había de tomar esa forma concreta? ¿Y quién era la mujer, y qué espantosa emoción era la que yo leía en aquellos maravillosos ojos color castaño? Esos ojos se han interpuesto entre mi voluntad y mi trabajo. Por vez primera he quedado por debajo de la tarea diaria que me marqué desde el principio. Quizá por esa razón no he padecido esta noche sensaciones anormales. Mañana, ocurra lo que ocurra, tengo que permanecer despierto.

11 de enero

Todo avanzaba bien, y avanzo mucho en mi trabajo. Voy echando la red, espiral tras espiral, alrededor del hombre de cuerpo voluminoso. Pero si mis nervios no aguantan hasta el fin, quizá le corresponda a él la última sonrisa. El espejo parece una especie de barómetro que señala mi presión cerebral. Me he fijado todas las noches en que se cubría de nubes cuando yo todavía no había terminado mi tarea.

Mi relato despertó de tal manera el interés del doctor Sinclair (que tiene, por lo visto, sus ribetes de psicólogo), que esta noche se presentó con el propósito de examinar el espejo. Yo me había fijado en que había unos garabatos, trazados en caracteres antiguos, sobre la parte metálica del reverso del espejo. El doctor examinó esos garabatos con una lupa, pero no consiguió sacar nada en limpio. «Sane. X. Pal.» fue lo que finalmente puso en claro; pero eso no nos decía nada. Me aconsejó que colocase el espejo en otra habitación; ahora bien: bien mirado todo, lo que yo pueda ver en él sólo será un síntoma, según él mismo me dijo. Todo el peligro radica en la causa. Lo que yo debería empaquetar y arrumbar son los veinte legajos, y no el espejo de plata. He llegado ya al octavo, de manera que sigo progresando.

13 de enero

Quizá, a fin de cuentas, habría sido más prudente que hubiese arrumbado en otra parte el espejo. La noche pasada me ha ocurrido con él una cosa extraordinaria. Y, sin embargo, lo encuentro tan interesante, tan fascinante, que aun después de lo ocurrido lo dejaré en su sitio. Pero ¿qué diablos puede querer significar todo eso?

Creo que sería la una de la madrugada, y ya estaba yo cerrando mis libros antes de retirarme tambaleante a la cama, cuando la vi a ella delante de mí. La etapa de nebulosidad y de desenvolvimiento se me pasaría inadvertida, de modo que la vi de pronto en toda su belleza, pasión y dolor, con tanta nitidez como si en verdad la tuviera en carne y hueso delante de mí. La figura era pequeña, pero muy clara; tanto, que tengo grabados en la memoria sus facciones y todos y cada uno de los detalles de sus ropas. La vi sentada en el lado izquierdo, al borde mismo del espejo. Junto a ella se ve una sombra de persona agazapada en el suelo (aunque confusamente veo que es un hombre), y luego, detrás de ellos, hay una nube en la que veo figuras, figuras que se mueven. No es lo que yo veo un simple cuadro, no; se trata de una escena vivida, de un episodio real. Ella se encoge y se estremece. El hombre que tiene a su lado se pega contra el suelo. Las figuras confusas realizan movimientos y ademanes bruscos. Mi interés se tragó todos mis miedos. Era cosa de volverse loco el ver todo aquello y el no ver sino aquello.

Pero a la mujer, por lo menos, la puedo describir en sus menores detalles. Es muy bella y muy joven; creo que no tendrá más de veinticinco años. Sus cabellos son de un vivísimo color castaño, con una cálida tonalidad que en los bordes se afina hasta convertirse en dorado. Un pequeño gorro achatado forma ángulo delante, y está confeccionado de encajes con bordes de perlas. La frente es alta, quizá demasiado para una belleza perfecta; sin embargo, así es como debe ser, porque da un toque de energía y de fuerza al rostro que de otro modo resultaría suavemente femenino. Las cejas forman una delicadísima curva sobre los párpados gruesos, y debajo de éstos aparecen aquellos ojos maravillosos… unos ojos grandes, oscuros, rebosantes de emoción dominadora, de rabia y de espanto, en lucha con un orgullo de propio dominio que le impide caer en un puro frenesí. Las mejillas son pálidas; los labios, blancos de angustia; la barbilla y la garganta, de curvas exquisitas. La figura está sentada en la silla y se inclina hacia delante, tensa y rígida, cataléptica de espanto. Su vestido es de terciopelo negro; centellea como una llama sobre su pecho una joya, y un crucifijo de oro brilla como un ascua en la sombra de un pliegue. Tal es la dama cuya imagen sigue viviendo en el antiguo espejo de plata. ¿Qué hecho pudo ser el que ha quedado impreso

allí, hasta el punto de que en una época distinta pueda el espíritu de un hombre tener conciencia de su realidad sólo con acercarse a él estando abatido?

Otro detalle: en el lado izquierdo de la falda del negro vestido había, según creí al principio, un lazo de cinta blanca. Después, al mirar con mayor atención, o al definirse con mayor claridad la imagen, vi de qué se trataba. Era la mano de un hombre, crispada y cerrada en las angustias de la agonía, agarrándose convulsivamente a un pliegue del vestido. El resto de la figura acurrucada es un simple boceto; pero aquella mano enérgica se distinguía con toda claridad sobre el fondo negro, sugiriendo siniestramente algo execrable. Lo veo con toda claridad. ¿A qué obedece su terror? ¿Por qué se aferra al vestido de la mujer? La respuesta se esconde en aquellas figuras movedizas del fondo. Ellas son un peligro para él y para ella. Me sentía fascinado por el interés de todo aquello. Ya no pensé en la relación que pudiera tener con el estado de mis nervios. Miraba y miraba con ojos dilatados, igual que en un espectáculo de teatro. Pero no logré avanzar más. La neblina se aclaraba. Se veían tumultuosos movimientos en los que intervenían confusamente todas las figuras. Y de pronto volvió a estar completamente limpio el espejo.

Me dice el médico que debo abandonar el trabajo durante un día, cosa que puedo hacer, porque últimamente he avanzado mucho en el mismo. Salta a la vista que las visiones dependían por completo de mi propio estado nervioso, porque esta noche he permanecido delante del espejo por espacio de una hora, sin resultado alguno. Mi día de sosiego las ha alejado. ¿Llegaré alguna vez a penetrar en el sentido que encierran? Esta noche he examinado el espejo con buena luz: además de la misteriosa inscripción: «Sane. X. Pal.», logré distinguir unos dibujos heráldicos, grabados muy débilmente sobre la plata. Son seguramente muy antiguos, ya que están casi borrados. Por lo que yo pude sacar en limpio, se trata de tres puntas de lanza, dos encima y una debajo. Se las enseñaré al médico cuando venga mañana a visitarme.

14 de enero

Vuelvo a sentirme perfectamente bien, y he tomado la resolución de no interrumpir por nada mi tarea hasta terminarla. Hice ver al médico las marcas que había en el espejo y estuvo conforme en que se trataba de distintivos heráldicos. Se ha interesado vivamente por todo cuanto le he contado, y me preguntó detenidamente acerca de todos los detalles. Yo me divierto viéndole inquieto por dos deseos contrapuestos: el de conseguir que su paciente sane de los síntomas enfermizos, y el de que ese mismo paciente aclare el misterio

de tiempos pasados, actuando de médium, porque por tal me tiene. Me aconsejó un prolongado descanso; pero no se opuso con demasiada violencia cuando le declaré que no había ni que pensar en ello hasta que hubiese examinado los diez archivadores restantes.

17 de enero

Llevo tres noches sin haber experimentado fenómeno alguno. Se ve que mi descanso de un día ha sido fructífero. Ya sólo me queda por realizar una cuarta parte de mi tarea; pero tengo que terminarla a marchas forzadas, porque los abogados están reclamando sus elementos probatorios. Se los daré en abundancia y hasta con exceso. Lo tengo amarrado en un centenar de cuentas. Este caso me hará ganar alguna fama cuando se den cuenta de lo astuto y escurridizo que ha sido este granuja. Cuentas comerciales falsas, hojas de balance falsas, dividendos pagados del capital, pérdidas asentadas como beneficios, supresión de gastos generales, manipulación de la pequeña caja: en una palabra, una magnífica hoja de méritos.

18 de enero

Dolores de cabeza, tics nerviosos, brumosidad en la vista, sensación de plenitud en las sienes: en una palabra, todas las premoniciones de perturbación. La perturbación se presentó como no podía menos. Sin embargo, mi verdadero pesar no consiste tanto en que se haya presentado la visión como en que ésta haya terminado antes de que me fuese revelado todo.

Pero esta noche he visto más. El hombre acurrucado era tan visible como la dama a cuyo vestido se aferraba. Es un hombre pequeño y moreno, con barba negra en punta. Viste un amplio ropón de damasco orlado de piel. Las tonalidades que dominan en su traje son encarnadas. Sin duda alguna, está aterrorizado. Se encoge, tiembla, mira hacia atrás por encima de su hombro.

Empuña en la otra mano un puñal pequeño, pero está demasiado trémulo y acobardado para emplearlo. Empiezo a entrever las figuras del fondo. Rostros feroces, barbudos, morenos, van dejando ver sus líneas por entre la brumosidad. Hay un individuo terrible, un hombre esquelético, de mejillas chupadas y ojos hundidos en sus alvéolos. También él empuña un cuchillo. A la derecha de la dama está en pie un hombre alto y muy joven, de cabellos blondos, de cara ceñuda y severa. La hermosa dama alza sus ojos suplicantes hacia él. Lo mismo hace el hombre que está en el suelo. Este joven parece tener en sus manos la clave de la situación. El hombre acurrucado trata de acercarse aún más y se esconde bajo las faldas de la mujer. El joven alto entra

violentamente en acción y trata de apartarla a ella. Todo eso vi anoche, antes de que el espejo se quedase limpio. ¿No sabré nunca en qué termina todo y cuáles son sus comienzos? Estoy seguro de que no se trata de una simple imaginación. Esta escena se desarrolló en algún lugar, alguna vez, y este antiguo espejo la reflejó. Pero ¿cuándo, dónde?

20 de enero

Mi trabajo toca a su fin, y ya es hora. Siento dentro de mi cráneo una gran tensión, como si algo fuera a estallar y que me avisa que no es posible seguir. He trabajado hasta el punto límite que pueden dar de sí mis fuerzas. Pero esta noche será la última. Es preciso que haga un esfuerzo supremo para terminar el examen del último legajo, dejando completas las pruebas antes de levantarme de mi silla. Así lo haré. Quiero hacerlo.

7 de febrero

Lo hice. ¡Qué momentos, Señor! No sé ni si tendré fuerzas suficientes para ponerlo por escrito.

Empezaré por explicar que escribo esto en la clínica particular del doctor Sinclair, unas tres semanas después del último escrito hecho en mi Diario. Mi sistema nervioso se derrumbó por fin en la noche del 20 de enero, y ya nada más recuerdo después, sino que desperté, hace tres días, en la casa de descanso. Puedo descansar con la conciencia tranquila. Mi trabajo había quedado completo antes de mi derrumbamiento. Mis cifras están en las manos del procurador. La caza ha terminado.

Ahora tengo que pasar a describir la última noche. Yo había jurado dar fin a la tarea, y aunque mi cabeza estaba a punto de estallar, me apliqué a aquélla con tal fijeza, que no consentí siquiera en levantar la vista hasta que estuvo hecha la suma de la última columna. Era ésa una magnífica manera de dominarme a mí mismo, porque durante todo ese tiempo tenía la sensación de que en el espejo pasaban cosas de asombro. Lo sentía con todos los nervios de mi organismo. Si levantaba la vista, ya no trabajaría más. No miré, pues, hasta que todo estuvo acabado. Entonces, cuando entre un fuerte latir de mis sienes tiré la pluma y levanté los ojos… ¡qué espectáculo el que se ofreció a mi vista!

El espejo de marco de plata era un escenario brillantemente iluminado, en el que se desarrollaba un drama. No había ahora brumas. Era la tensión de mis nervios la que había creado tan asombrosa claridad. Veía todas las facciones y todos los movimientos como podría verlos en la vida misma. ¡Pensar que yo,

un contable fatigado, el ser más prosaico de todo el género humano, en el momento en que tenía delante de mí los libros de contabilidad de un quebrado fraudulento, había sido elegido, entre toda la raza humana, para contemplar una escena como aquélla!

Era el mismo escenario con los mismos personajes, pero el drama había entrado en otro acto. El joven alto retenía entre sus brazos a la dama. Esta pugnaba por desasirse de él, y le miraba con expresión de aborrecimiento. Los demás habían arrancado al hombre encogido, hasta obligarle a soltar la falda a la que se asía desesperadamente. Una docena de aquellos hombres le rodeaba… una docena de hombres salvajes y barbudos. Le cosieron a puñaladas. Parecía que todos le clavaban los puñales al mismo tiempo. Sus manos se alzaban y descargaban el golpe. Más que fluir, la sangre salía de su cuerpo a chorros. Sus ropas encarnadas estaban empapadas en ella. Púrpura sobre escarlata, igual que una ciruela demasiado madura; aquel hombre se ladeaba de aquí para allá. Seguían apuñalándolo, y seguían brotando de su cuerpo chorros de sangre. ¡Era horrible, espantoso! Le arrastraron hacia la puerta, pataleando. La dama le miraba volviendo la cabeza por encima del hombro, con la boca abierta de espanto. No oí nada, pero sabía que ella lloraba a gritos. Y, de pronto, ya fuese por efecto de aquella visión que torturaba mis nervios, ya fuese porque, terminada mi tarea, se dejó sentir sobre mí como un peso agotador todo el exceso de trabajo de las semanas anteriores, empezó a girar a mi alrededor toda la habitación, el suelo pareció hurtarse debajo de mis pies, y ya no recordé nada más de lo sucedido. Mi patrona me encontró en las primeras horas de la mañana tendido en el suelo y sin conocimiento, delante del espejo de plata, pero nada he sabido hasta hace tres días, cuando desperté en medio de la paz profunda de la enfermería del médico.

9 de febrero

Hasta hoy no he referido al doctor Sinclair todo lo que me ocurrió, porque él no me permitía tocar ese tema. Ahora me escuchó con el interés más profundo, y me preguntó con expresión de recelo en la mirada:

—¿No ha logrado usted identificar esa visión con algún suceso histórico muy conocido?

Le aseguré que yo no sabía nada de historia. Él prosiguió:

—¿No sospecha usted de dónde procedía el espejo y a quién perteneció?

Como hablaba con intención, yo le pregunté:

—¿Y usted?

—Pues verá —dijo—: es increíble, pero ¿de qué otra manera podría explicarse? Las escenas que usted me describió al principio me lo sugirieron; pero con esto de hoy pasa ya de una simple coincidencia. Esta noche le traeré algunas notas.

El mismo día

Acaba de marcharse. Voy a transcribir sus palabras con toda la exactitud que me sea posible. Empezó colocando encima de mi cama varios libros viejos, y luego me dijo:

—Puede consultarlos a placer. Aquí tengo unas notas que puede usted confirmar en ellos. No cabe duda de que ha presenciado usted el asesinato de Rizzio por los nobles escoceses en presencia de Mary, hecho que ocurrió en marzo de 1566. La descripción que ha hecho usted de la dama es exacta. La frente alta y los párpados pesados, unidos a una gran belleza, son cosas que apenas pueden aplicarse a dos mujeres. El joven de gran estatura era Darnley, su marido. Rizzio, cuenta la crónica, «vestía un amplio ropón de damasco forrado, con calzas de punto de terciopelo bermejo». Con una mano se aferró al vestido de Mary, con la otra empuñaba un puñal. El individuo de expresión feroz y de ojos hundidos era Ruthven, que acababa de levantarse del lecho en que una enfermedad le tenía postrado. Todos los detalles son exactos.

—Pero ¿por qué razón a mí? ¿Por qué precisamente a mí entre toda la humanidad? —pregunté lleno de desconcierto.

—Porque se encontraba usted en un estado mental apropiado para recibir esa impresión. Porque tenía casualmente el espejo que transmitía la impresión.

—¡El espejo! Según eso, usted cree que era el espejo de Mary, el espejo que había en la habitación en que se consumó el hecho.

—Estoy convencido de que era el espejo de Mary. Esta había sido reina de Francia. Sus objetos personales llevarían grabado el escudo real. Lo que usted tomó por tres puntas de lanza son, en realidad, tres flores de lis.

—¿Y la inscripción?

—«Sane. X. Pal. —Puede ampliarla y leer—: Sanctae Crucis Pala ti um». Alguien anotó la procedencia del espejo. Procedía del palacio de la Santa Cruz.

—¡De Holyrood! —exclamé.

—Exactamente. Su espejo procedía de Holyrood. Ha pasado usted por un trance sumamente extraño, y ha salido del mismo con bien. Confío en que jamás vuelva a exponerse a otro igual.

EL REGRESO AL HOGAR

En la primavera del año 528, un pequeño bergantín iba y venía transportando pasajeros entre Calcedonia, en la costa asiática, y Constantinopla. La mañana en cuestión, que era la de la fiesta de San Jorge, el barco navegaba lleno de excursionistas que marchaban a la gran ciudad para participar en las ceremonias religiosas y en las fiestas profanas que caracterizaban la celebración del día del Megalo mártir, uno de los más notables del inmenso santoral de la Iglesia Oriental. El día era hermoso y soplaba una ligera brisa, de manera que los pasajeros que llevaban humor de día de vacaciones podían disfrutar sin mareos las muchas vistas interesantes que se les presentaban a medida que se iban acercando a la capital más grande y más bella del mundo.

A la derecha, conforme avanzaban por el angosto estrecho, surgía la costa asiática salpicada de blancas aldeas y de numerosas villas que asomaban por entre los bosques de la que estaba adornada. Delante de ellos, las islas Príncipe, tan verdes como esmeraldas que brotan del profundo azul zafiro del mar de Mármara, tapaban momentáneamente la vista de la capital. Cuando el bergantín fue bordeándolas, surgió de pronto a la vista la gran ciudad, y la multitud que se apretaba en la cubierta dejó escapar un murmullo de admiración y de asombro. Hilera de casas sobre hilera de casas, se alzaba blanca y resplandeciente: un centenar de tejados de bronce y de estatuas doradas brillaban al sol, y muy por encima de todos, la cúpula magnífica y luminosa de Santa Sofía. Vista sobre el fondo del cielo azul, era una ciudad de ensueño, demasiado delicada, demasiado encantadoramente grácil para cosa de la tierra.

En la proa del pequeño barco iban dos viajeros de extraño aspecto. Era el uno un muchacho hermosísimo, de diez a doce años de edad, moreno, de limpio perfil, cabellos negros ensortijados y ojos negros llenos de vivacidad, rebosantes de inteligencia y de alegría de vivir. Era el otro un hombre anciano de rostro enjuto y barba cana, cuyas severas facciones se iluminaron con una sonrisa al observar la emoción y el interés con que su joven acompañante contemplaba la bella ciudad lejana y las numerosas embarcaciones que cubrían el angosto estrecho.

—¡Vea usted, vea! —gritó el muchacho—. Mire aquellos barcos pintados de rojo que zarpan de aquel puerto que hay allí. Seguro, Su Santidad, que no hay embarcaciones mayores en todo el mundo.

El anciano, que era abad del monasterio de San Nicéforo de Antioquía, apoyó su mano en el hombro del niño, y le habló así:

—Sé precavido, León, y no hables tan alto, porque debemos pasar inadvertidos hasta que nos entrevistemos con tu madre. En cuanto a esas galeras rojas, son, desde luego, tan grandes como la mayor del mundo, porque se trata de los barcos imperiales de guerra, que salen del puerto de Teodosio. Aquel cabo verde de más allá es el Cuerno de Oro, donde anclan los barcos mercantes. Y ahora, León, si sigues la línea de edificios que hay más allá de la iglesia grande, verás una larga hilera de columnas que miran al mar. Es el palacio de los césares.

El muchacho lo miró con atención concentrada y cuchicheó:

—Y allí vive mi madre.

—Sí, León; tu madre, la emperatriz Teodora, y su marido, el gran justiniano, residen en aquel palacio.

El muchacho miró con ansiedad el rostro del anciano:

—¿Estáis seguro, padre Lucas, de que mi madre se alegrará, en efecto, de verme?

El abad miró a otro lado para esquivar aquellos ojos interrogadores.

—No podemos afirmarlo, León. Lo único que podemos hacer es intentarlo. Si resulta que en ese palacio no hay sitio para ti, siempre serás bienvenido junto a los hermanos de San Nicéforo.

—¿Y por qué no avisasteis a mi madre por adelantado de nuestro viaje? ¿Por qué no esperasteis a recibir una orden suya?

—Porque, desde lejos, sería fácil rechazarte. Un mensajero imperial nos habría detenido. Pero cuando ella te vea, León, cuando vea esos ojos, tan parecidos a los suyos, y tu cara, que le traerá el recuerdo de alguien, a quien ella amó, entonces, si dentro de su pecho queda algo de corazón de mujer, te apretará contra el mismo. Dicen que el emperador no le niega nada. No tienen hijos propios. Se te presenta un gran porvenir, León. Cuando llegue, no te olvides de los pobres hermanos de San Nicéforo, que te acogieron cuando no tenías un solo amigo en el mundo.

El anciano abad se expresaba alegremente, pero resultaba fácil adivinar en lo ansioso de su expresión que cuanto más se acercaban a la capital, más dudosa se le aparecía su gestión. Lo que le había parecido sencillo y natural desde los claustros tranquilos de Antioquía, se le representaba dudoso y negro ahora que veía resplandecer tan cerca las doradas cúpulas de Constantinopla. Diez años antes, una mujer desdichada, cuyo solo nombre constituía una ofensa para todo el mundo oriental, en el que era tan conocida por su

conducta infame como por su belleza, había llegado a las puertas del monasterio, y había logrado que los monjes se hiciesen cargo de su hijo, del fruto de su vergüenza. En el monasterio había vivido desde entonces. Pero ella, Teodora, la prostituta, había regresado a la capital, y por un giro sorprendente de la rueda de la Fortuna, había logrado ser primero el capricho y luego el amor permanente de Justiniano, el heredero del trono. Cuando, a la muerte de su tío Justino, se había convertido el joven en el monarca más poderoso de la tierra, no sólo había hecho de Teodora la esposa suya y la emperatriz, sino que le otorgó también poderes de gobierno iguales a los suyos e independientes de éstos. Y ella, la contaminada, había sabido estar a la altura de su dignidad, había cortado rigurosamente con toda su vida pasada y había demostrado ser una gran reina, más sabia y más enérgica que su esposo; impetuosa, vengativa e inflexible, era un sólido apoyo para sus amigos, pero el terror de sus enemigos. Esa era la mujer a la que el abad Lucas de Antioquía traía ahora a León, su hijo olvidado. Si alguna vez recordaba Teodora los días en que, abandonada por su amante Ecébolo, gobernador de la Pentápolis africana, había cruzado a pie el Asia Menor, dejando su hijo a los monjes, era únicamente para decirse que los monjes, enclaustrados lejos del mundo, no identificarían jamás a Teodora, la emperatriz, con Teodora, la mujer pública errante, y que el fruto de su pecado seguiría oculto por siempre a su esposo imperial.

El pequeño bergantín acababa de contornear la punta de la Acrópolis y tenía delante el Cuerno de Oro.

Las elevadas murallas de Teodosio guarnecían todo el puerto, peto entre éste y el borde del agua se había dejado una lengua de tierra que servía de muelle. El bergantín atracó a lo largo de éste, cerca de la puerta de Neorion, y los viajeros, después de un breve examen por parte del grupo de guardianes que lucían cascos y estaban apostados allí, pudieron pasar adelante y entrar en la ciudad por esa puerta.

El abad, que llevaba ya hechas varias visitas a Constantinopla para tratar asuntos de su monasterio, avanzó con el paso de quien conoce el terreno que pisa, mientras que el muchacho, asustado, aunque complacido, por el movimiento de la gente, por el retumbo y estrépito de los coches que pasaban y por la vista de los magníficos edificios, se agarraba con fuerza al hábito holgado de su guía, sin dejar de mirar con avidez en todas direcciones. Subiendo por las calles empinadas y estrechas que arrancan desde la orilla del mar, desembocaron en el espacio abierto que rodea el espléndido edificio de Santa Sofía, la inmensa iglesia cuya construcción inició Constantino y que fue

consagrada por San Crisóstomo, siendo en la actualidad la sede del patriarca y el centro mismo de la Iglesia Oriental. Santiguándose y arrodillándose infinidad de veces, el piadoso abad cruzó por fin por delante del reverenciado santuario de su religión y marchó presuroso a su dificultosa misión.

Dejando atrás Santa Sofía, los dos viajeros cruzaron el Augusteum, pavimentado de mármol, y descubrieron a su derecha las puertas doradas del hipódromo, por las que cruzaba apretujándose una inmensa multitud, porque si la mañana había estado consagrada a la ceremonia religiosa, la tarde se dedicaba a los festejos profanos. Era tan grande el alud de populacho, que los forasteros tuvieron alguna dificultad en salir de entre aquel río de gente para llegar al enorme arco de mármol negro que servía de puerta exterior al palacio. Una vez traspuesto ese arco, un magnífico centinela de penacho dorado los detuvo, cruzando por delante de sus pechos la reluciente alabarda, en espera de que su oficial superior los autorizase a pasar. Pero el abad venía advertido de que para vencer todos los obstáculos le bastaba con pronunciar el nombre del eunuco Basilio, que actuaba de chambelán de palacio y además ocupaba el cargo de *pa-rakimonen*> es decir, que dormía a la puerta del dormitorio imperial, siendo ésta una de las dignidades más importantes. La frase mágica actuó maravillosamente; bastó aquel nombre para que el *protosphataire*, o jefe de la guardia de palacio, que se encontraba allí, destacase a uno de sus soldados con órdenes de acompañar a los dos extranjeros ante la presencia del chambelán.

Cruzando una tras otra la guardia intermedia y la guardia interior, los viajeros llegaron por último al palacio propiamente dicho, y siguieron a su majestuoso guía por habitaciones y más habitaciones, cada una más maravillosa que la anterior. Mármoles y oro, terciopelos y plata, mosaicos relucientes, tallas maravillosas, biombos de marfil, cortinajes de tisú de Armenia y de sederías de la India, damascos de Arabia y ámbar del Báltico…, todas esas cosas se confundían en la mente de los sencillos provincianos, y sus ojos empezaron a escocerles y sus sentidos sintieron mareos en presencia del esplendor y la magnificencia de la que era la mansión más gloriosa de las construidas por los hombres. Por último, se abrieron unas cortinas incrustadas de oro y su guía los puso en manos de un eunuco negro que estaba de guardia dentro. Era un hombre voluminoso, gordo, de piel oscura, de cara ancha, fofa, barbilampiña, que se paseaba de aquí para allá dentro de la pequeña habitación, y que se volvió hacia ellos con una sonrisa abominable y amenazadora. Sus labios flácidos y sus mejillas colgantes eran los de una

mujer vieja y gruesa, pero por encima de ellos brillaban unos ojos negros y malignos, dotados de una feroz intensidad de observación y de juicio.

—Habéis entrado al palacio valiéndoos de mi nombre —les dijo—. Una de las cosas de las que yo me vanaglorio es de que cualquier persona del populacho puede llegar de ese modo hasta mi presencia. Pero quien sin causa justificada se vale de ese recurso se arrepiente.

Volvió a reaparecer en sus labios la sonrisa que asustó de tal manera al niño, que le hizo agarrarse fuertemente a los amplios faldones de sarga del hábito del abad.

Pero el hombre de Iglesia era valeroso y no se asustó por el aspecto siniestro del gran chambelán, ni por la amenaza que había en sus palabras. Apoyó su mano en el hombro de su joven acompañante y se enfrentó al eunuco, sonriendo confiadamente.

—No me cabe duda alguna, Excelencia, de que la importancia de la misión que traigo me autoriza a entrar en el palacio. Lo único que me turba es pensar que esa misión es tan importante que quizá me obliga a no confiarme a nadie, como no sea a la emperatriz Teodora, que es la única persona a quien concierne.

Las espesas cejas del eunuco se arrugaron sobre sus ojos malignos, y dijo:

—Es preciso que hagáis buenas esas palabras. Si mi magnífico señor, el siempre glorioso emperador Justiniano, no tiene a menos el compartir conmigo sus más íntimos secretos en todo, tiene que resultar extraño que sepáis algo que yo no puedo escuchar. Por vuestra vestimenta y vuestro porte deduzco que sois abad de algún monasterio asiático.

—Habéis acertado, Excelencia; soy el abad del monasterio de San Nicéforo de Antioquía. Pero os repito que estoy seguro de que lo que tengo que decir deberían oírlo únicamente los oídos de la emperatriz Teodora.

El eunuco se encontraba evidentemente intrigado, y la insistencia del viejo había despertado su curiosidad. Se acercó más, adelantó su gruesa cara y apoyó sus manos flácidas, parecidas a dos negras esponjas, sobre la mesa de jaspe amarillo que tenía delante, y dijo:

—Viejo, no hay secreto que concierna a la emperatriz que no me pueda ser revelado a mí. Pero si os negáis a hablar, podéis estar seguro de que no lograréis llegar hasta ella jamás. ¿Cómo os voy a introducir en presencia suya desconociendo la misión que traéis? ¿Quién me dice que no sois un hereje maniqueo que trae un puñal escondido en el pecho y que está sediento por derramar la sangre de la madre de la Iglesia?

El abad no vaciló ya, y dijo:

—Si es una equivocación lo que voy a hacer, que caiga sobre vuestra cabeza. Sabed que este muchacho, León, es el hijo de la emperatriz Teodora, que ella entregó en nuestro monasterio hace diez años, cuando aún no tenía un mes. Este papiro que os entrego os demostrará que lo que digo está fuera de toda duda.

El eunuco Basilio echó mano del papel, pero sus ojos estaban clavados en el muchacho, mientras su cara expresaba una mezcla de asombro ante aquella noticia, y de astuto cálculo sobre el modo de explotarla en provecho suyo.

«Cierto que es la imagen viva de la emperatriz», masculló para sí; pero de pronto dijo con súbito recelo:

—¿No será que la casualidad de ese parecido os ha hecho concebir semejante plan, anciano?

—Sólo hay un modo de contestar a eso —dijo el abad—. Preguntad a la emperatriz si lo que digo no es verdad, y llevadle la alegre nueva de que su hijo vive y está bien.

El tono de seguridad con que se expresaba, junto con el testimonio del papiro y el bellísimo rostro del muchacho, borraron hasta la última sombra de duda del espíritu del eunuco. Era, en verdad, un acontecimiento; pero ¿qué uso podía hacer del mismo? Por encima de todo, ¿qué ventaja personal podía sacar? Permaneció un rato con su regordeta barbilla en la mano, dándole vueltas a esa idea en su astuto cerebro, y dijo por último:

—Anciano, ¿a cuántas personas habéis descubierto ese secreto?

—A una sola en el mundo —contestó el abad—. Nadie lo sabe, fuera del diácono Bardas, también del monasterio, y de mí.

—¿Estáis seguro de que nadie más?

—Absolutamente seguro.

El eunuco había tomado ya su resolución. Si nadie sino él sabía en palacio aquel secreto, ello le daba un arma poderosa para influir en su dominante señora. Estaba seguro de que el emperador Justiniano no sabía nada acerca de aquello. Sería para él una sorpresa dolorosa que pudiera incluso enajenar a Teodora el amor de su esposo. Quizá ella quisiera tomar precauciones para impedir que él pudiera llegar a saberlo. Y si él, Basilio el eunuco, actuaba de aliado suyo en esa tarea, ese hecho los ligaba a ambos estrechamente. Todas estas ideas pasaron como relámpagos por su cerebro mientras, con el papiro en la mano, contemplaba al anciano y al niño.

—Quedaos aquí —dijo—. Volveré.

Desapareció en la habitación entre un rápido frufrú de sus ropas de seda.

Habrían transcurrido algunos minutos cuando se alzó una cortina a un lado de la habitación, y el eunuco, que había reaparecido, la sostuvo en alto manteniendo doblado su cuerpo, falto de flexibilidad, en señal de profundo respeto. Entró una mujer pequeña, despierta, vestida de tisú de oro, con amplio manto exterior y zapatos de púrpura imperial. Basta este color para indicar que no podía ser sino la emperatriz; pero la dignidad de su porte, la imperiosa mirada de sus magníficos ojos negros, y la belleza perfecta de su altivo rostro, proclamaban a una que no podía ser otra que Teodora, la mujer de bajo origen que era la más majestuosa y la más perfectamente adorable de todas las mujeres de su reino. Habían desaparecido los trucos bufonescos que la hija de Acacio, el guardián de fieras, había aprendido en el anfiteatro; habían desaparecido también los livianos atractivos de la ramera, y la mujer que subsistía era la digna compañera de un gran rey, la mujer que si se la midiese por su noble conducta y porte, se la encontraría emperatriz hasta la última pulgada.

Teodora se adelantó hasta el muchacho, sin hacer caso de los dos hombres; le puso sus dos blancas manos sobre los hombros y clavó su mirada inquisitiva, una mirada que empezó siendo de implacable suspicacia y acabó en tierno reconocimiento, en los ojos grandes y luminosos del niño, que eran un reflejo de los suyos propios. El sensible muchacho se quedó al principio helado ante aquella mirada fría, profundamente penetrante; pero a medida que aquélla se fue suavizando, también la del muchacho respondió con su ternura, hasta que de pronto, con un grito de: «¡Madre, madre mía!», se arrojó a los brazos de ella, cerró los suyos alrededor del cuello de Teodora y hundió el rostro en su pecho. Arrastrada la madre por aquel súbito estallido de emoción espontánea, estrechó también entre sus brazos el cuerpo del niño, apretándolo un momento contra su corazón. Pero su energía de emperatriz se sobrepuso enseguida a su pasajera debilidad maternal; apartó de sí al muchacho, y con un vaivén de la mano indicó que la dejasen sola. Los esclavos de servicio acudieron rápidamente y se llevaron fuera a los dos visitantes. El eunuco Basilio se rezagó, mirando a su señora, que se había arrojado encima de una meridiana de damasco; tenía los labios blancos y su pecho jadeaba tumultuosamente a impulsos de la emoción. Teodora alzó la vista y tropezó con la del canciller, preñada de sentido; su instinto de mujer leyó la amenaza que acechaba en el fondo de la del eunuco.

—Estoy en tu poder —le dijo—. Es preciso que el emperador no sepa esto jamás.

—Soy vuestro esclavo —dijo el eunuco, sonriendo ambiguamente—. Soy un instrumento en vuestras manos. Si la voluntad vuestra es que el emperador lo ignore, ¿quién va a decírselo?

—Pero ¿y el monje? ¿Y el muchacho? ¿Qué vamos a hacer con ellos?

—Sólo hay un camino para la seguridad —dijo el eunuco.

Teodora le miró y sus ojos se horrorizaron. Sus manos esponjosas apuntaban hacia el suelo. Aquel palacio magnífico tenía un mundo subterráneo, una región de tinieblas cerrada siempre a la luz, una serie de pasadizos en penumbra, de rincones tenebrosos, de esclavos descalzos y sin lengua, de súbitos alaridos entre tinieblas. Hacia allí apuntaba el eunuco.

Una lucha espantosa desgarraba el corazón de Teodora. Aquel precioso muchacho era hijo suyo, carne de su carne, sangre de su sangre. Tenía la más absoluta seguridad. Era hijo suyo, y hacia él se lanzaba todo su corazón. ¡Pero Justiniano! Conocía la estrechez de criterio del emperador. Había arrojado al olvido el pasado de Teodora. Lo había anulado mediante un decreto especial imperial, hecho público por todos los ámbitos del Imperio, haciendo de ella como una recién nacida, por la fuerza de su mando, y porque la asociaba a su persona. Pero no tenían hijos, y pudiera herirle en lo más vivo la vista de aquél, que no era suyo. Teodora había podido borrar del recuerdo de Justiniano su pasado de infamia; pero si ese pasado tomaba la forma corpórea de aquel hermoso muchacho, ¿podía hacerlo a un lado como si jamás hubiese existido? Todo su instinto y el conocimiento íntimo que tenía de aquel hombre le decían que quizá en tales circunstancias no bastasen sus encantos y su influjo para salvarla de la ruina. Divorciarse de ella sería para el emperador cosa tan fácil como lo había sido el elevarla hasta su altura. Teodora se mantenía en equilibrio en lo alto de un vertiginoso pináculo, el más alto del mundo, y por eso mismo la caída sería más profunda. Tenía ahora a sus pies todo lo que el mundo era capaz de dar. ¿Arriesgaría el perderlo todo? ¿Y por qué? ¿Por una debilidad indigna de una emperadora, por un espasmo de amor insensato y nuevo, por algo que aquella misma mañana no existía para ella? ¿Cómo podía llegar en su insensatez a poner en peligro una realidad tan sólida por algo que era una simple sombra?

—Dejadlo de cuenta mía —dijo por encima de ella la cara morena y al acecho.

—¿No hay otro recurso que… la muerte?

—No hay otro que ofrezca verdadera seguridad. Pero si vuestro corazón es tan bondadoso como veo, quizá con la pérdida de la vista y del habla…

—¡No, no! ¡La muerte antes que eso!

—Sea, pues, la muerte. Obráis con sabiduría, gran emperatriz, porque únicamente hay seguridad de que no hablan los muertos.

—¿Y el monje?

—También él.

—¿Qué diría el Santo Sínodo? Se trata de un sacerdote con tonsura. ¿Qué hará el patriarca?

—Silenciad vos su lengua charlatana, y dejadlos que hagan lo que quieran. ¿Cómo íbamos a saber nosotros, la gente de palacio, que este conspirador, al que hemos sorprendido con un puñal escondido dentro de la manga, era realmente lo que decía ser?

Otra vez Teodora sintió un escalofrío y se acurrucó entre los almohadones.

—No habléis de él, no penséis en él —prosiguió el eunuco—. Decid únicamente que encomendáis el asunto a mis manos. No digáis ni eso siquiera, haced una inclinación de cabeza, y me bastará.

En aquel momento cruzó como un relámpago por el cerebro de Teodora una visión de todos sus enemigos, de todos cuantos envidiaban su elevación, de todos aquellos cuyo rencor y desprecio se transformarían en un clamoreo de júbilo si viesen caer de nuevo a la hija del guardián de las fieras en el abismo del que había sido sacada. El rostro de Teodora se endureció, sus labios se apretaron, sus pequeñas manos se crisparon con la angustia de sus pensamientos.

—¡Hazlo! —dijo.

El mensajero de la muerte, con una terrible sonrisa en sus labios, salió apresuradamente de la habitación. Teodora dejó escapar un gemido ruidoso, y se sepultó más hondo aún entre los almohadones de seda, aferrándose a ellos frenética, con manos convulsas y retorcidas.

El eunuco no perdió tiempo, porque una vez realizado aquel acto, él se convertía —salvo un monje insignificante del Asia Menor, cuyo destino se iba a decidir enseguida— en la única persona que compartía el secreto de Teodora, y, por consiguiente, en la única persona capaz de doblar y torcer aquel carácter por demás imperioso. Entrando a toda prisa en la habitación donde esperaban los visitantes, dio la siniestra señal, demasiado bien conocida en aquella época de hierro. Los negros sin lengua que estaban de servicio se apoderaron al instante del anciano y del muchacho, y los llevaron rápidamente, a empujones, por un pasillo adelante, hasta meterlos en una parte del palacio de aspecto mucho más ruin, y en la que los espesos olores de una cocina empalagosa proclamaban la proximidad de ese departamento. Un

pasillo lateral conducía hasta una puerta de gruesos barrotes, y ésta se abría a su vez a una empinada escalera de piedra, iluminada débilmente por la luz de las lámparas de pared. Al pie y en lo alto de la misma había sendos centinelas mudos, que parecían dos estatuas de ébano. Debajo, a lo largo de pasillos oscuros y repugnantes, a los que daban las puertas de las celdas, había en la pared una serie de nichos, en cada uno de los cuales montaba guardia otro negro, mudo también. Los desdichados visitantes fueron arrastrados brutalmente por una sucesión de lamentables corredores pavimentados de losas, hasta que descendieron por otra larga escalera que penetraba en la tierra profundamente; la atmósfera húmeda y pesada y el gotear del agua por todas partes indicaban que habían llegado hasta el nivel del mar. Una sucesión de lamentos y de gritos, parecidos a los de bestias enfermas, que salían de las puertas enrejadas de hierro delante de las cuales iban cruzando, daban a entender lo numerosas que eran las personas que pasaban toda su vida en aquella atmósfera húmeda y ponzoñosa.

Ai final de aquel pasillo, el más profundo de todos, había una puerta que daba a una habitación, única, espaciosa y abovedada. No había en ella mueble alguno, pero en el centro se veía un tablero de pesados maderos sujeto al suelo con grapas de hierro. El tablero descansaba sobre un tosco parapeto de piedra, en el que se veían inscripciones superiores al ingenio de los orientales estudiosos, porque aquel pozo databa de tiempos anteriores a la fundación de Bizancio por los griegos, es decir, a la época en que los caldeos y los fenicios lo construyeron, valiéndose de enormes bloques de piedra sin mortero, a un nivel muy inferior al de la ciudad de Constantino. Se cerró la puerta y el eunuco hizo seña a los esclavos de que quitasen el tablero que cubría el pozo del centro. El aterrorizado muchacho dio un grito y se agarró al abad; éste, lívido y temblando, se deshacía en súplicas para derretir el corazón del feroz eunuco, exclamando:

—¡Pero cómo! ¡Con seguridad que no iréis a matar al inocente muchacho! ¿Qué ha hecho él? ¿Fue culpa suya que yo le trajese? Yo únicamente, yo y el diácono Bardas merecemos el castigo. Castigúenos, pues, a nosotros, puesto que alguien ha de ser castigado. Somos viejos. Hoy o mañana tendremos que morir. Pero el muchacho es joven y hermoso y tiene toda su vida por delante. ¡Oh, señor, excelencia, no tendréis corazón para hacerle daño!

Se arrodilló y se abrazó a las rodillas del eunuco, mientras el muchacho sollozaba lastimeramente mirando horrorizado a los esclavos negros que arrancaban el tablero de madera dejando al descubierto el antiguo parapeto. La única respuesta que dio el chambelán a las súplicas frenéticas del abad fue

agarrar una piedra que había en el brocal del pozo y tirarla dentro. Se la oyó golpear repetidas veces contra las paredes viejas, húmedas y mohosas, hasta que cayó con un sonido hueco en algún profundísimo estanque subterráneo. Hizo, acto seguido, otro ademán con sus manos, y los esclavos negros se arrojaron sobre el muchacho y lo apartaron a la fuerza de su guardián. Tan vivo fue el alarido que dejó escapar, que nadie sintió acercarse a la emperatriz, que penetró con una súbita carrera, y rodeó a su hijo con los brazos, gritando:

—¡No se hará! ¡Esto no puede ser! ¡No, no, corazón mío, corazón mío! No te harán daño alguno. Estaba loca cuando lo pensé. Loca y malvada fui al soñar tal pesadilla. ¡Querido niño mío! ¡Pensar que tu madre pudiese manchar su cabeza con tu sangre!

Las cejas del eunuco se fruncieron hasta juntarse viendo el fracaso de sus planes y aquel nuevo ejemplo de versatilidad femenina, y dijo:

—¿Por qué, gran señora, hemos de matarlos si con ello sufre vuestro generoso corazón? Basta un cuchillo y un hierro de marcar al rojo para que queden para siempre imposibilitados de hacer daño.

Pero ella no prestaba atención a sus palabras, y repetía:

—¡Bésame, León! Quiero sentir una vez más los dulces labios de mi hijo sobre los míos. ¡Otro beso más! No, más no, porque desfallecería mi corazón para lo que tengo todavía que hablar y que hacer. Anciano, usted está muy cerca de una muerte natural, y no puedo pensar, a juzgar por su aspecto venerable, que vuestros labios sean capaces de pronunciar fácilmente palabras de falsedad. ¿Es cierto que ha guardado mi secreto durante todos estos años?

—Lo he guardado en verdad, gran emperatriz. Os lo juro por San Nicéforo, patrono de nuestra casa. Nadie lo sabe, fuera del anciano diácono Bardas.

—Pues que tus labios sigan sellados. Si me fuiste fiel en el pasado, no veo razón para que hables alocadamente en el porvenir. ¿Y tú, León? —y Teodora miró al muchacho con sus ojos maravillosos en los que se advertía una extraña mezcla de severidad y de amor—, ¿puedo confiar en ti? ¿Guardarás un secreto que nada ganarías publicando, pero con el que podrías acarrear para tu madre la ruina y la desgracia?

—¡Oh, madre mía, yo no os haré daño jamás! Juro que sabré guardar silencio.

—Tengo confianza en vosotros dos. Se tomarán disposiciones encaminadas a la prosperidad de vuestro monasterio y a la comodidad de vuestras personas, que os harán bendecir el día en que vinisteis a mi palacio.

Y ahora, podéis marcharos. No deseo volver a veros. Si lo hiciese, quizá me encontraseis de un humor más tierno, o quizás más severo, y lo primero traería como consecuencia la ruina mía, mientras que lo segundo equivaldría a la ruina vuestra. Pero si corren rumores o habladurías que me hicieran pensar que vosotros me habéis faltado, entonces vuestros monjes y vuestro monasterio acabarán de tal manera que serviréis de lección eterna para cuantos sean desleales a su emperatriz.

—Yo no hablaré jamás; y tampoco hablará el diácono Bardas, ni León —dijo el anciano abad—; de los tres respondo. Pero no somos nosotros solos… Ahí están estos esclavos y el chambelán. Podríamos ser castigados por un pecado cometido por otros.

—No ocurrirá eso —dijo la emperatriz, y sus ojos adquirieron dureza de pedernales—. Estos esclavos son mudos y no tienen tampoco medios para divulgar los secretos que conocen. En cuanto a ti, Basilio…

Teodora alzó su blanca mano haciendo con ella el mismo ademán mortal que Basilio había empleado un poco antes. Los esclavos negros se arrojaron sobre el eunuco lo mismo que sabuesos contra un ciervo.

—¡Oh, graciosísima señora mía! ¿Qué significa esto? ¿Qué significa esto? ¡No es posible que sea vuestra voluntad! ¿Qué hice yo? ¿Por qué he de morir?

Así clamaba Basilio con voz aguda y crepitante. Teodora habló así:

—Me enfrentaste contra mi hijo. Me incitaste a matar a mi propio hijo. Te proponías servirte de mi secreto contra mí misma. Lo leí desde el primer momento en tus ojos. Villano cruel y asesino, muere de la misma manera que mataste a tantos otros. Llegó tu última hora. He dicho.

El anciano y el muchacho salieron corriendo, horrorizados, de aquella bodega. Al mirar hacia atrás distinguieron la figura de la emperatriz erguida, inflexible, brillante en sus vestiduras de oro. Más allá tuvieron una visión rápida del revestimiento interior del pozo, que rezumaba espuma verdosa y de una gran boca roja abierta, la del eunuco, que daba alaridos, suplicaba mientras cada tirón de los esclavos forcejeantes lo iba acercando un paso más al brocal. Se taparon los oídos con las manos y huyeron; pero aun así no pudieron por menos de escuchar el último alarido, con timbre de voz de mujer, y acto seguido el ruido de una pesada zambullida allá, en los negros abismos de la tierra.

UN PUNTO DE CONTACTO

El pensamiento se adentra por caminos curiosos cuando nos ponemos a pensar en una cualquiera de las grandes figuras que han cruzado por el escenario de este mundo, y que incluso han representado sus papeles en el transcurso del mismo acto, pero sin encontrarse jamás cara a cara, y sin estar siquiera mutuamente enterados el uno de la existencia del otro. Por ejemplo, en el momento mismo en que Hernán Cortés conquistaba México, Baber, el gran mongol, conquistaba la India, sin que jamás oyesen hablar el uno del otro. Tomemos otro ejemplo todavía más grandioso: ¿Qué supo el emperador César Augusto de cierto taller de carpintería en el que trabajaba un muchacho de ojos soñadores que estaba llamado a cambiar la fa2 de toda la Tierra? Sin embargo, ha podido ocurrir a veces que dos de estas grandes fuerzas contemporáneas se acercasen, se tocasen, y luego se apartasen, desconociendo mutuamente su verdadero alcance y significado. Eso ocurrió en el caso que voy a relatar.

Anochecía en el puerto de Tiro, unos mil cien años antes de la llegada de Cristo. Esa ciudad tenía en aquel entonces cerca de un cuarto de millón de habitantes, la mayoría de los cuales vivían en la tierra firme, en la que las casas de los mercaderes ricos, cada una dentro de su propio jardín cercado de árboles, se extendían en un trayecto de siete millas a lo largo de la costa. Sin embargo, la gran isla de la que la ciudad había tomado su nombre estaba situada a alguna distancia de la costa y encerraba dentro de sus estrechos límites los templos y edificios públicos más famosos. El principal de esos templos era el de Melmoth, que cubría con sus largas columnatas la mayor parte del lado de la isla que daba hacia el puerto sidonio, llamado así porque la vieja ciudad de Sidón, situada a sólo veinte millas de distancia, mantenía una corriente continua de tráfico con su retoño en franca prosperidad.

No estaban entonces en boga todavía los mesones, y los viajeros pobres recibían alojamiento en casa de ciudadanos hospitalarios, mientras que los viajeros distinguidos se hospedaban frecuentemente en un anejo del templo, donde los servidores de los sacerdotes atendían a sus necesidades. Aquella

noche había en el pórtico del templo de Melmoth dos figuras extraordinarias que constituían el centro de la atención de un número considerable de ociosos fenicios. A juzgar por su rostro y por su porte, veíase claramente que uno de aquellos hombres era un gran jefe. Sus facciones pronunciadas eran las de un hombre que ha llevado una vida aventurera, y sugerían todas las cualidades viriles, desde la resolución valerosa hasta la inflexible puesta en ejecución. Su frente, ancha y alta, y sus ojos contemplativos denotaban al hombre inteligente, tanto como al hombre valeroso. Vestía tal como cuadraba a un griego noble de aquella época: túnica blanquísima de hilo puro, cinturón claveteado de oro del que colgaba una espada corta, y manto de púrpura. Llevaba las piernas desnudas, y los pies calzaban sandalias de cuero rojo, mientras que cubría su cabeza con una tela blanca echada hacia atrás sobre sus rizos color castaño, porque había pasado el calor del día y la brisa del atardecer acariciaba los rostros.

Su compañero era un hombre de corta estatura, fornido, de cuello corto y color moreno, que vestía una tela oscura que le daba aspecto sombrío, alegrado únicamente por el color rojo escarlata de su gorra de lana. Trataba a su compañero con deferencia, pero también con cierta espontaneidad y franqueza, que nacen de haber corrido peligros juntos y de tener finalidades comunes.

—No os impacientéis, señor —le decía—. Dadme dos días o tres a lo sumo y nos presentaremos tan gallardamente como cualquiera, cuando se toque a llamada. Desde luego que sonreirían si nos viesen llegar a rastras hasta Tenedos, con diez remos perdidos y la vela mayor hecha pedazos.

El otro arrugó el ceño y dio una patada de rabia en el suelo.

—Deberíamos estar allí si no hubiese sido por esta maldita mala suerte —dijo—. Eolo nos hizo una jugarreta de las suyas soltando una tempestad de aire como aquélla en un cielo sin nubes.

—Dos de las galeras cretenses se fueron a pique, señor, y el piloto Trofimes jura que una de las embarcaciones de Argos se vio en apuros. Pida a Zeus que no sea la galera de Menelao. No seremos nosotros los últimos en acudir a la concentración.

—Menos mal que Troya está a sus buenas diez millas de distancia del mar, porque si hiciesen una salida con una flota podrían atacarnos con ventaja. No tuvimos otro remedio que refugiarnos aquí y repostarnos; pero yo no descansaré hasta que vea surgir otra vez la blanca espuma que levantan nuestros remos. Marcha, Seleucas, y dales toda la prisa posible.

El oficial se inclinó y se alejó, mientras el jefe permanecía con los ojos fijos en la gran galera desmantelada, donde un enjambre de carpinteros y de jarcieros trabajaba activamente. Más allá, en el fondeadero, había otras once galeras más pequeñas, esperando a que estuviese lista su desmantelada capitana. El sol, al quebrar sus rayos de soslayo en ellas, hacía brillar centenares de cascos de bronce y de escudos, delatando la índole guerrera de la empresa a la que estaban lanzados. Fuera de esas galeras, el puerto estaba repleto de ajetreados barcos mercantes que cargaban o descargaban en los muelles. Tres anchas barcazas estaban atracadas a los pies mismos del jefe griego, y cuadrillas de trabajadores con palas de madera descargaban los mejillones traídos desde Dor, destinados a las célebres tintorerías de Tiro, de las que salían las telas de púrpura de los mantos de los reyes. Junto a esas barcazas había un barco procedente de Bretaña con cargamento de estaño, y las cajas cuadradas de este precioso metal, tan necesario para la fabricación del bronce, eran pasadas de mano en mano hasta los grandes carros que habían de transportarlas. El griego no pudo menos que sonreírse al ver el asombro de patán que un hombre de Cornualles, que había venido acompañando al estaño, mostraba al contemplar las largas columnatas del templo de Melmoth y la alta fachada del templo de Astarot que había detrás. Estaba aún mirando, cuando algunos de sus compañeros de tripulación le agarraron del brazo y se lo llevaron hasta una taberna, edificio mucho más al alcance de su comprensión. El griego, sonriente aún, iba a girar sobre sus talones para regresar al templo, cuando uno de los bien afeitados sacerdotes de Baal se le acercó y le dijo:

—Ha corrido el rumor, gran señor, de que marcháis a una aventura lejana y peligrosa. Desde luego, se ha sabido perfectamente por las conversaciones de vuestros guerreros cuál es esa aventura.

—Es cierto que tenemos por delante una empresa difícil —dijo el griego—. Pero se nos habría hecho más duro todavía el permanecer en nuestro país con la sensación de que ese perro asiático estaba mancillando el honor del jefe de los argivos.

—Me aseguran que toda Grecia se ha declarado parte en la pelea.

—Sí; no hay desde la Tesalia hasta la Malea jefe que no haya convocado a sus hombres, y en el puerto de Aulis se reunieron mil doscientas galeras.

—Es una numerosa hueste —dijo el sacerdote—. Pero ¿tienen acaso ustedes videntes y profetas capaces de anunciarles lo que ocurrirá?

—Sí, teníamos uno, que se llama Calcas. Nos ha anunciado que pelearemos por espacio de nueve años y que sólo al décimo conseguiremos la

victoria.

—No es un gran consuelo —dijo el sacerdote—. Muy importante ha de ser el premio que se lleva diez años de la vida de un hombre.

—No diez años, sino toda mi vida daría yo con tal de ver reducida la orgullosa Ilium a cenizas, y de volver con Elena a su palacio de la colina de Argos.

—Yo suplico a Baal, de quien soy sacerdote, que os depare buena suerte —dijo el fenicio—. He oído decir que estos troyanos son soldados fornidos, y que Héctor, el hijo de Príamo, es un gran jefe.

El griego se sonrió con altanería, y dijo:

—Falta les hará ser fornicios y tener un buen jefe para que hagan frente a los argivos de larga cabellera, que cuentan con capitanes como Agamenón, hijo de Atreo, el de la dorada Micenas, o a Aquiles, hijo de Peleo, con sus mirmidontes. Pero el porvenir está en las manos del destino. Y ahora, amigo mío, me agradaría saber quién es esa gente extraña que viene calle abajo, porque su jefe parece hombre llamado a grandes hazañas.

Un hombre alto, vestido con túnica larga y blanca, y con los cabellos de un color pardo rojizo sujetos con redecilla dorada, venía calle abajo con el caminar ágil y elástico propio de quien ha llevado una vida activa por los campos. Su cara, rubicunda y noble, tenía mandíbulas fuertes y cuadradas, cubiertas de barba corta y rizada. En sus ojos, de un color azul claro, que contemplaban el cielo del atardecer, se advertía algo de la exaltación del poeta, mientras que un joven que caminaba a su lado con un arpa hacía pensar en las gracias de la música. Pero al otro lado marchaba otro caballero portador de bronceado escudo y pesada lanza, para que los enemigos de su señor no le sorprendiesen jamás desprevenido. Su cortejo estaba formado por una alborotada ralea de hombres morenos, de perfil aguileño, armados hasta los dientes, y que contemplaban con expresión de avidez todas las señales de riqueza de que estaban rodeados. Eran árabes atezados, pero vestían mejor e iban mejor armados que los salvajes hijos del desierto.

—Son nada más que bárbaros —dijo el sacerdote—. Él es un reyezuelo de la región montañosa que hay frente a la de los filisteos, y acude aquí porque está construyendo la ciudad de Jebus, de la que se propone hacer su capital. Sólo aquí puede encontrar la madera, la piedra y los artesanos que necesita. El joven del arpa es hijo suyo. Y ahora, jefe, escuchadme: si deseáis conocer lo que os espera en Troya, acompañadme hasta el vestíbulo exterior del templo, porque tenemos una célebre vidente, la profetisa Alaga, que es también sacerdotisa de Astarot. Quizá pueda ella hacer por vos lo que ha hecho por

tantos otros, y consiga que salgáis de Tiro en vuestros huecos barcos con el corazón más alegre que cuando llegasteis a nuestra ciudad.

Una sugerencia de esa clase era siempre bien acogida por los griegos, que se pasaban la vida procurando otear en el porvenir valiéndose de oráculos, presagios y augurios. El griego siguió al sacerdote hasta el santuario interior, en el que tenía su trono la célebre pitonisa, que era una mujer alta y bien parecida, de edad mediana. Delante de ella había una mesa de piedra sobre la que se veía un recipiente o bandeja llena de arena. Tenía en sus manos un estilete de calcedonia con el que trazaba sobre la superficie alisada una serie de líneas y de curvas misteriosas, mientras apoyaba la barbilla sobre la otra mano y mantenía los ojos bajos. No alzó la vista cuando el jefe y el sacerdote se acercaron: aceleró los movimientos de su estilo o lápiz, de modo que las curvas sucedieron a las curvas en rápido desfile. Luego, siempre con los ojos bajos, empezó a hablar con una voz de entonación extraña, aguda, suspirante, como el gemido del viento entre los árboles.

—¿Quién es, pues, el que se acerca a Alaga de Tiro, la servidora de la gran Astarot? He aquí que estoy viendo una isla hacia el Occidente, y un anciano que es el padre, y al gran jefe, y a su esposa, y a su hijo que le está esperando en casa, porque es demasiado joven para ir a la guerra. ¿No es cierto?

—Sí, virgen; tú has dicho la verdad —contestó el griego.

—He tenido delante de mí muchos grandes personajes, pero ninguno superior a ti, porque de aquí a tres mil años las gentes seguirán hablando de tu bravura y de tu sabiduría. También se acordarán de la fiel esposa que ha quedado en casa y del nombre del anciano, tu padre, y también del nombre del muchacho, tu hijo. Sí, de todos ellos quedará memoria cuando ya no existan ni las piedras de la noble Sidón y de la real Tiro.

—¡No digas eso, Alaga! —exclamó el sacerdote.

—No digo lo que desearía decir, sino aquello que se me manda decir. Tendrás que luchar por espacio de diez años, y luego triunfarás; pero la victoria que para los demás supondrá descanso, sólo te traerá a ti nuevos sinsabores. ¡Ah!…

La profetisa experimentó un súbito sobresalto violento, y su mano empezó a trazar signos cada vez más rápidos sobre la arena.

—¿Qué es lo que te ocurre, Alaga? —preguntó el sacerdote.

La mujer había levantado la vista y miraba con ojos insensatos, interrogadores. Su mirada no se dirigía ni al jefe ni al sacerdote, sino más lejos, hacia la puerta que tenían detrás. El griego se volvió a tiempo de ver

dos nuevas figuras que habían entrado en la habitación. Era uno el bárbaro rubicundo que le había llamado la atención en la calle, y el otro, su hijo, el que portaba el arpa.

—Prodigio de prodigios es el que dos personajes como vosotros se hayan presentado en mi habitación el mismo día —exclamó la sacerdotisa—. Apenas he acabado de decir que vos sois el personaje más ilustre de cuantos acudieron a mí, cuando he aquí que se presenta otro todavía más grande. Porque él también, y su hijo, este joven que veo ante mí, seguirán estando en las memorias de todos los hombres cuando unos países que caen más allá de las Columnas de Hércules ocupen los lugares que hoy ocupan Fenicia y Grecia. ¡Salud a ti, extranjero, salud! Sigue entregado a tu obra, que te espera, y que supera con mucho a mis palabras.

Levantándose de su taburete, dejó la mujer caer su estilo encima de la arena, y salió rápidamente de la habitación.

—Se acabó —dijo el sacerdote—. Jamás le oí hablar de esta manera.

El jefe griego miró con interés al bárbaro, y le preguntó:

—¿Habláis griego?

—No lo bastante bien —contestó el otro—. Debería, sin embargo, comprenderlo, puesto que he pasado un año largo en Ziklag, el país de los filisteos.

—Según parece —dijo el griego—, los dioses nos han elegido para representar un papel en el mundo.

—Extranjero —le contestó el bárbaro—, no hay más que un solo Dios.

—¿Eso creéis? Bien: ése sería un tema para discutirlo en mejor ocasión. Pero me agradaría conocer vuestro nombre y vuestra condición, y los proyectos que tenéis, porque quizá oigamos hablar el uno del otro en los próximos años. Yo soy Odiseo, conocido por Ulises, rey de Itaca, y tengo por padre al buen Laertes, y por hijo al joven Telémaco. La tarea que me espera es la conquista de Troya.

—Y la que traigo entre manos es la construcción de Jebus, que ahora llamamos Jerusalén. Nuestros caminos siguen rumbos distintos, pero quizá algún día recordéis que os habéis cruzado en el camino de David, segundo rey de los hebreos, acompañado en este momento por mi joven hijo Salomón, que quizá me suceda en el trono de Israel.

Después de decir estas palabras, dio media vuelta y salió a las oscuras calles, donde le esperaban sus lanceros, mientras el griego marchaba hacia su barco, para ver lo que aún quedaba por reparar antes de reanudar su viaje.



ARTHUR CONAN DOYLE. Médico, novelista y escritor de novelas policíacas, creador del inolvidable maestro de detectives Sherlock Holmes. Conan Doyle nació el 22 de mayo de 1859 en Edimburgo y estudió en las universidades de Stonyhurst y de Edimburgo. De 1882 a 1890 ejerció la medicina en Southsea (Inglaterra). *Estudio en Escarlata,* el primero de los 68 relatos en los que aparece Sherlock Holmes, se publicó en 1887. El autor se basó en un profesor que conoció en la universidad para crear al personaje de Holmes con su ingeniosa habilidad para el razonamiento deductivo. Igualmente brillantes son las creaciones de los personajes que le acompañan: su amigo bondadoso y torpe, el doctor Watson, que es el narrador de los cuentos, y el archicriminal profesor Moriarty. Conan Doyle tuvo tanto éxito al principio de su carrera literaria que en cinco años abandonó la práctica de la medicina y se dedicó por entero a escribir. Los mejores relatos de Holmes son *El signo de los cuatro* (1890), *Las aventuras de Sherlock Holmes* (1892), *El sabueso de Baskerville* (1902) y *Su último saludo en el escenario* (1917), gracias a los cuales se hizo mundialmente famoso y popularizó el género de la novela policiaca. Surgió, y todavía pervive, el culto al detective Holmes. Gracias a su versatilidad literaria, Conan Doyle tuvo el mismo éxito con sus novelas históricas, como *Micah Clarke* (1888), *La compañía blanca* (1890), *Rodney Stone* (1896) y *Sir Nigel* (1906), así como con su obra de teatro

Historia de Waterloo (1894). Durante la guerra de los bóers fue médico militar y a su regreso a Inglaterra escribió *La guerra de los Bóers* (1900) y *La guerra en Suráfrica* (1902), justificando la participación de su país. Por estas obras se le concedió el título de *sir* en 1902. Durante la I Guerra Mundial escribió La campaña británica en Francia y Flandes (6 volúmenes, 1916-1920) en homenaje a la valentía británica. La muerte en la guerra de su hijo mayor le convirtió en defensor del espiritismo, dedicándose a dar conferencias y a escribir ampliamente sobre el tema. Su autobiografía, *Memorias y aventuras*, se publicó en 1924. Murió el 7 de julio de 1930 en Crowborough (Sussex).